



PRECUELA,
SOULMATE

ALPHA

AZAHARA VEGA

ALPHA



-PRECUELA DE LA SERIE SOULMATE-

AZAHARA VEGA

Primera edición: junio 2020.

Todos los derechos de la obra: © Azahara Vega.

Registro SafeCreative: 2006064332901.

Portada: ©Azahara Vega.

Imágenes: Pixabay.

Maquetación y corrección: © Azahara Vega.

Corrección: Azahara Vega.

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

ÍNDICE:

PRÓLOGO:

(Nunca hagas enfadar al lobo feroz)

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

(Nunca digas no a un lobo feroz)

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

EPÍLOGO

El Halloween que cambió mi vida

AMAR DESDE LAS SOMBRAS

UNA NOCHE ENCANTADA

ACLARACIÓN:

Gracias por darle una oportunidad a esta novela. Alpha nació hace años, ya que escribí el primer relato: Nunca hagas enfadar al lobo feroz para participar en la antología del RA.

Luego nació Nunca digas no al lobo feroz con la que participé en una antología solidaria para la editorial Khabox Editorial.

Pero he decidido corregirlas, ampliarlas un poco y publicarlas como una precuela dentro del mundo SoulMate. Creo que la historia de Luke y su Alpha merece un lugar en este mundo de cambiantes.

Aviso: la pareja principal es hombre/hombre. Es una novela corta.

A mayores he añadido tres relatos románticos que tienen un argumento en común: un amor inmortal y criaturas de la noche. Espero que los disfrutéis.

Gracias por leer esta novela.

PRÓLOGO:

(Nunca hagas enfadar al lobo feroz)



—¿Qué es lo que está haciendo esa mujer?

Kenneth O'Brian dejó a un lado el periódico que estaba leyendo y miró al frente. A unos metros de donde estaban se encontraba el coche cebo que tocaba esa semana. Se sorprendió al encontrar a una mujer rondándolo, mirándolo con atención ya que habitualmente los que caían en la trampa eran pandilleros o delincuentes comunes que pisaban los calabozos de la Comisaría varias veces al año.

—¡Joder! ¡A dónde vamos a parar! Va a ser la primera detención de una mujer en lo que llevamos de año.

—Cierto —asintió Kenneth, mirando alternativamente a su compañero de patrulla y al coche cebo en el que la mujer seguía observándolo con atención a un palmo de distancia como si aún no supiera muy bien qué hacer. Esperaba que no fuera estúpida y siguiera su camino, le jodía detener a mujeres y llevaba un día de mierda, lo único que quería era que acabara de una vez su turno y largarse al bar de los O'Brian para beber hasta perder el conocimiento—. Pero sabes bien que no podemos actuar hasta que no entre en el coche y lo encienda.

—Mierda, vaya día que llevamos, con esta sería la número veinte del día. ¿Cómo coño pueden robar un coche con las llaves puestas? A estas alturas del año ya deberían sospechar, sobre todo tras ese programa de televisión de mierda en el que muestran cómo actúa nuestra Unidad. Aun no me explico cómo nuestros jefes accedieron a que nos filmaran.

—Pasta —respondió llanamente Kenneth, encogiéndose de hombros. El mundo giraba en torno al dinero y siempre sería así.

—Pues me cago en todos por eso, ahora soy el hazmerreír en las cenas con la familia. «¡Oh,

pero si lo único que haces es esperar sentado en el coche a que el ladrón haga su trabajo!» — Kenneth soltó una carcajada ante el tono de voz de su amigo, ver a Luke poner voz de mujer y hacer esos gestos con las manos imitando a su hermana, con la que mantenía una extraña relación de hermandad que mostraba el amor-odio que se tenían los dos, no tenía precio. Un día de estos lo iba a grabar con el móvil para chantajearlo cuando quedaran a tomar algo en el bar O'Brian—. Maldita arpía de los cojones.

Kenneth se carcajeó unos segundos, sin dejar de mirar de reojo el coche cebo, no olvidaba ni un segundo que estaban trabajando.

—Recuerda que es tu hermana, Luke. Si tus padres te oyen hablar así de ella... —Negó con la cabeza burlándose de su amigo. Se conocían desde que coincidieron en una clase de defensa personal en la Academia de policía y desde ese día, eran amigos. Podía asegurar que su amistad era lo más cercano a tener un hermano pequeño al que atormentar cuándo podía y al que apoyar cuándo este más lo necesitara. Era uno de sus mejores amigos y agradecía al destino que siguiera siéndolo tras descubrir este su secreto.

—Ya. —Este se cruzó de brazos y le miró con petulancia, antes de responderle—. No me lo recuerdes, tú por suerte no tienes a unos padres frikis de *Star Wars* que llamaron a sus hijos Luke y Leia, ni tienes que aguantar el pitorreo de la horda de primos que cada año no dejan de regalarnos *merchandising* de esa maldita saga para burlarse de nosotros. ¡Joder! —Se pasó la mano por los cabellos rubios, revolviéndolos—. La Navidad pasada tuve que luchar contra mi primo con las espadas láser de plástico, y aguantar eso de... «Luke, uggg uggg, soy tu padre».

No pudo contenerse y se echó a reír, doblándose en dos, palmeando con fuerza el volante del coche de incógnito.

—Maldito hijo de puta, tú riéte, regodéate de mí patética vida.

Kenneth tosió varias veces, miró al frente comprobando que la mujer que vigilaban estaba rebuscando algo en su gran bolso y, se giró, comentando a su compañero de patrulla:

—Sí, sí, quéjate, ¿acaso no fuiste tú quien compró a tu novia un traje de Star Trek? ¿Cuál era? ¡Ah, sí! Ese rojo apretado y corto que lleva la Teniente Uhura, ¿no?

Luke se puso rojo y abrió los ojos con una mueca de sorpresa que estuvo a punto de hacerle reír de nuevo. Era tan fácil burlarse de él que todos los O'Brian le pedían que lo llevara más a menudo al bar para poder reírse del humano.

—¡Maldito cabrón! Me prometiste que no lo ibas a decir nunca.

Kenneth se encogió de hombros y le aconsejó:

—Amigo mío, si no quieres que media familia mía y yo sepamos de tus fetiches y tu amor por Star Trek, no bebas como un cosaco, y...

—Joder, lo ha abierto.

Ante el cambio brusco de conversación, Kenneth se giró y miró al frente. Era cierto, la

mujer había abierto el coche y se la veía con medio cuerpo en el interior.

«Bonito culo», pensó asombrándose al imaginarse la escena de apoyar a esa curvilínea y pequeña mujer contra el coche y arrancarle la ropa para... «Stop. No sigas por ahí». Vale que llevaba dos semanas sin sexo, le dolían las pelotas y estaba escocido al maniobrar tanto con su mano derecha, pero de eso a soñar despierto el placer que sentiría al follarse a esa humana contra el coche... Negó con la cabeza y apretó los dientes. No. Él no era un cachorro que comenzaba a experimentar el influjo de la luna llena, ya era un *lycan* adulto que había controlado su lado animal, pero en esos momentos le estaba resultando un poco difícil mantener tranquilo a su “gran Kenneth” que quería evolucionar y mostrarse orgulloso ante la hembra que llamó la atención a su lobo interior.

Un gruñido se escuchó en el coche y Luke se pegó contra el cristal de la puerta del acompañante.

—Joder, Kenneth, ¿estás bien? ¿Qué coño te pasa? Te ves a un paso de saltar contra una presa.

—No me pasa nada —no se reconoció, el tono de su voz se volvió más grave, más animal. Estaba perdiendo el control de su cuerpo y se odiaba por dentro, permitiendo que la mezcla de sentimientos: ira, rabia, deseo, necesidad... hicieran más fuerte a su lobo. Nunca en su vida se había sentido así.

Luke tragó con dificultad y tuvo que desviar la mirada cuando los ojos de su amigo conectaron con los suyos. Habían pasado de ser negros a un amarillo que daba miedo, y verlo mostrando los dientes con esa expresión de salvaje, le recordaba que Kenneth era miembro de una familia de hombres lobo, valeee *lycans* como les gustaba a ellos llamarse, que vivían sin dificultad entre los humanos, solo dejando salir a su lobo los días de luna llena en las grandes extensiones de tierra que poseían a las afueras de la ciudad.

Pero en esos momentos no reconocía al siempre tranquilo e hijo de puta de su amigo.

—Ummm, lo que tú digas, tío, pero si tenemos que detener a esa mujer, tú te quedas en el coche, y...

—¡No la vas a tocar!

No lo vio venir, el agarre de acero con el que le sujetó la muñeca a un paso de rompérsela. Luke jadeó en alto y se quedó completamente quieto.

«¿Qué era lo que me decía siempre?, ¡¿qué era?! ¡Ah, sí! Cuando veas a mis primos luchar entre ellos gruñendo y mostrando los dientes no intervengas, si uno de ellos te mira a los ojos baja la mirada o lo tomará como un desafío, si se ponen posesivos al ir con sus parejas ni siquiera te acerques y... ».

—¡Ella es mía!

Wuooo. Había llegado el momento de bajar la mirada, y no enfrentarse a esos ojos amarillos, ni a esos colmillos prominentes que comenzaban a asomar entre los entreabiertos labios de Kenneth. Joder, era... espeluznante y agradecía mentalmente que su Rosa adorara los gatos, porque no podría tener un perro en su vida tras ver esos colmillos y escuchar esos gruñidos de advertencia.

—Ok, toda tuya, yo no la quiero, recuerda que tengo novia. Rosa es la única a la que me tiro y espero que acepte ser mi mujer cuando le pida este fin de semana que se case conmigo. Recuerda que me ayudaste a elegir el anillo de compromiso y que vas a ser mi padrino de bodas, si no me arrancas ningún miembro del cuerpo con esos dientes tuyos y dejás de gruñirme como un perro en celo.

Valeee, esto último lo podría haber mantenido para sí mismo pero cuando estaba nervioso su lengua iba por un lado y su mente por otro y hablaba más de la cuenta, para luego golpearse la cabeza contra la primera pared que veía por lo bocazas que era.

Pero que lo llamaran hijo de puta con suerte, porque en el momento en que cerró la boca y se maldijo por dentro por no saber cuándo mantener el pico cerrado, su amigo/hombre lobo a punto de aullar y mover la cola, se tensó y se mostró sorprendido, calmándose al momento.

—Lo siento... —Se le veía confuso, perdido, aunque sus ojos seguían siendo amarillos, al menos había retraído ese par de colmillos que nada tenían que envidiar a los de un lobo real... No sé que me ha sucedido... Estoy... intentando no perder el control pero mi lobo se resiste a ocultarse, solo quiere... —Se giró y miró con intensidad a la mujer que había cerrado la puerta del coche y ahora hablaba por teléfono con alguien.

Luke soltó un suspiro de alivio, siempre era una alegría no ser el tentempié de media tarde de un lobo y se recostó contra el asiento del copiloto, contando los minutos que faltaban para poder regresar a Comisaria y salir pitando para su casa. Cuando viera a Rosa la abrazaría y le haría el amor en cada habitación del piso que compartían para celebrar que seguía entero y de una pieza. ¡Oh, sí, lo juraba!

—Está bien, tío, a todos nos pasa, ver a una tía y querer follarla hasta que nos saciemos de ella. Pero recuerda que estamos trabajando y ella puede ser una posible detenida si no deja de mirar así el coche. No me explico a qué espera, o lo roba o no lo roba, es así de simple.

Kenneth esperaba que no lo robara porque si lo hacía tendría que detenerla, y cuando la tocara... iba a perder el control por completo, lo sabía, lo intuía y su lobo interior arañaba dentro de su mente aullando necesitado, reclamando a esa humana como suya. Era doloroso ver cómo al final sus instintos animales eran capaces de acallar su parte racional, cómo podía perder el juicio por culpa de su lobo. Él era un hombre de treinta y seis años, con una carrera en la policía, una casa con jardín a las afueras de la ciudad y una familia unida que matarían por protegerle, que...

estaba a un paso de jadear en alto cuando miró a la cara a la mujer por primera vez. ¿Conocéis esa expresión de: se quedó sin aliento? Pues era lo que le sucedió cuando la vio.

—No, no, no... —murmuró sin ser consciente de hacerlo, al ver como la causante de su alterado estado se había girado y caminaba hacia ellos con resolución.

CAPÍTULO 1



Luke soltó una retahíla de maldiciones y palabras variopintas al ver lo que había dejado blanco a su amigo. Ok. Problema número uno, su amigo seguía tenso, con esos ojos amarillos y esa evidencia en su entrepierna que... No era gay, ¡eh! Que quede claro, pero era más que evidente que Kenneth estaba excitado. Problema número dos, ¿por qué coño la supuesta ladrona se dirigía hacia ellos? Problema número tres... ¿Hace falta más problemas que sumar a esa mierda de tarde? No, él no lo creía.

—Intenta calmarte, Kenneth y haznos un favor a los dos y tápate tu... tu... —tartamudeó al no saber ni cómo decirlo. «Cúbrete tus partes nobles, oculta esa pirámide que sobresale de tu uniforme...» No, joder. Se negaba. Él no hablaba de pollas—. Pon el periódico encima para que no note que quieres tirártela. Lo que nos faltaba para rematar este día era que te denunciara por acoso sexual.

Las palabras de su amigo le hicieron reaccionar. Con manos temblorosas dobló el periódico como pudo, arrugando todas las páginas y colocándolo sobre el regazo, aplastándolo contra su creciente excitación, maldiciéndose por dentro al no poder controlarse. Joder, estaba a un paso de ponerse a jear y solo porque había mirado a los ojos a esa mujer. ¿Qué era lo que tenía que le afectaba tanto?

La miró con cuidado, sintiendo como su lobo babeaba por ella y no precisamente de hambre. Debía andar en torno a los treinta y era más bien pequeña y con un cuerpo curvilíneo que mostraba sin pudor con esa camiseta de verano apretada y esos vaqueros que marcaban su cadera.

Era un suculento pastelito que quería devorar por completo después de lamerla y grabar su sabor para siempre en su mente. Pero lo que le mantenía duro y dolorido eran sus ojos, dos lagunas violetas que mostraban un brillo intenso que lo atraía. No era hermosa como las modelos de Victoria Secret pero sí que tenía un andar y una sensualidad innata con cada uno de sus gestos, con esa carita redonda y esos labios... Ummm esos labios entreabiertos, sonrosados, humedecidos por esa lengua traviesa que sacó unos segundos para humedecerlos y... De rodillas ante él, con los labios entreabiertos, los ojos brillantes y dispuesta a acogerle, a chuparle como nunca antes ninguna otra mujer lo hiciera antes, para llevarle al placer con su lengua, con su boca, y...

—Cojones, Kenneth, aplasta ese periódico o piensa en el Comisario Jones en bikini en estos momentos, porque eso es imposible que no lo note la mujer y estará ante nosotros en unos segundos.

—No puedo controlarlo, yo... mi lobo...

Luke se pasó de nuevo la mano por los cabellos, un gesto que hacía cuando estaba nervioso.

—Ok, lo capto, mira para otro lado, ya hablo yo.

Bajó la ventana y sacó medio cuerpo. No iba a permitirle a la mujer que se acercara al conductor, o más bien, a un Kenneth medio lobo a punto de comérsela enterita y no de la manera en que salían en las películas de terror de hombres lobo.

—¿Necesitas algo?

Ella asintió y avanzó los últimos metros con zancadas largas y decididas. Cuando llegó a su altura los miró a los dos, para luego decir:

—Sí, estaba haciendo turismo por este barrio y vi ese coche de ahí —lo señaló con el brazo—, con las llaves puestas. Intenté encontrar algo dentro que me ayudara a localizar al dueño pero nada, no había nada y...

Luke asintió.

—Muy bien, ¿para qué querías contactar con el dueño?

Ella lo miró como si fuera estúpido.

—Para decirle que es un imbécil porque se olvidó las llaves dentro del coche y que moviera su culo hasta aquí. Así que, al no encontrar nada, llamé a la policía pero ellos se rieron y me dijeron que me acercara a la patrulla que había a unos metros ocultos tras una esquina. Estuve a punto de mandar a la mierda a la operadora, pero aquí estoy. Ese coche de ahí atrás está con llaves, las puertas abiertas y si no lo lleva la grúa ahora lo van a robar.

Luke contó hasta diez. Uno. No reírse de esa mujer porque seguro de que le sacaba los ojos. Dos. No reírse por lo absurdo de la situación. Tres. No reírse porque no iba a quedar muy bien. Cuatro... ¿Cuál era el cuarto punto...?

—Ja, ja, ja.

Definitivamente no era reírse en la cara de una ciudadana que quería hacer lo correcto. Sí,

aquel no era uno de sus mejores días pero era lo que pasaba cuando llevabas más de siete horas encerrado en el coche patrulla junto a tu compañero.

—¿Es que todos los humanos machos de esta ciudad tienen dos neuronas? ¡Una la que controla su pene y la otra la que le indica cuándo comer y cómo pulsar los botones del mando para ver el fútbol!

Luke se quedó con la boca abierta. ¿La tendría que detener por alteración de orden público? ¿Por insulto a todos los hombres de la ciudad? ¿Por ser una arpía con las mejores tetas que había visto en mucho tiempo y un escote en uve que daban ganas de lamer y...? No. Él era un hombre feliz a un paso de casarse si Rosa le decía que sí, nada de pechos ajenos a su mujer.

—¿Humanos machos?

La voz de Kenneth devolvió a Luke a la realidad. Se giró al escuchar la carcajada de su amigo. Valeee, el que iba a pensar que estaba rodeado de trastornados con necesidad de pastillas varias iba a ser él, a su derecha una mujer desquiciada que despotricaba contra el género masculino y a su izquierda un lobo de ascendencia irlandesa que era capaz de beber como un ruso y, que en esos momentos, se reía como un loco, dejando caer el periódico arrugado al suelo del coche mostrando la tienda de campaña...

—¿Me he perdido algo? —preguntó finalmente, cabreado ante el silencio que se impuso cuando el maldito de Kenneth dejó de reír y se quedó prendado de la mirada de ella. Se sentía como la chaperona que sobraba en la fiesta del instituto vigilando que no hubiese acercamientos a menos de un metro de distancia. Distancia, niños y niñas, distancia, que corra el aire.

Kenneth sonrió y rompió la mirada, sus ojos seguían amarillos y brillaban con sorpresa y lujuria. Observó a su compañero de patrulla y exclamó emocionado ante el descubrimiento que hizo:

—¡Ella es como yo!

—¿Un chucho que aúlla a la luz de la luna?

—¿A quién llamas perro, humano? —siseó la mujer metiendo medio cuerpo dentro, sorprendiéndolo al ver que se acercó a él hasta quedar a unos centímetros de su cara. Ahí quedó mudo. Ni por todo el oro del mundo podría articular palabra. Ella tenía... Los ojos amarillos con el iris como un...

—¿Eres un gato? —murmuró Luke sin poder dar crédito a lo que veía. Aceptaba que había personas que se transformaban en lobos cuando quisieran, porque su amigo se lo mostró, dándole el susto más grande de su vida. Además, conocía a su familia y en el bar al que iban cada día descubrió que no eran los únicos *lycans* de la ciudad. Pero... ¿gatos? ¿En serio? ¿Qué era lo próximo? ¿Los vampiros existen y son fans de la famosa saga Crepúsculo?

Ella siseó y rugió, haciendo que él saltara en el sitio.

—Joder... —susurró Luke sin poder apartar la mirada de ella. «No me muerdas, no me

muerdas», se repetía una y otra vez en su mente, temblando de pies a cabeza.

—¡Joder! —gruñó excitado Kenneth, atrayendo la atención por completo de ella.

Al notar que ya no iba a ser la pelota de lana de la gata, Luke echó hacia atrás el asiento alejándose de esa mujer todo lo que el coche le permitía, y fue testigo mudo del intercambio de miradas, gruñidos y siseos entre esos dos.

¿Y luego el raro era él por comprarle el uniforme rojo de la Teniente Uhura de Star Trek a su novia? Si esos dos estaban gruñendo como animales a un paso de saltar sobre el otro. ¿Qué podía hacer para romper el «ambiente erótico festivo» que se formó en el coche patrulla? ¿Silbar para atraer su atención? ¿Gritar que venía la furgoneta de la perrera?, ¿o que se buscaran un hotel?

—Sí... —Inhaló la mujer y ronroneó. Sí, ronroneó. Lamiendo los labios y estirando el brazo hasta lograr acariciar la mejilla de Kenneth—... Sí, lobo, eso es lo que haremos. Mi pantera te ha reconocido como su compañero y esta noche te marcaremos como nuestro cuando estemos apareándonos.

¿Apareándonos? ¿Marcarte? ¿Ronroneos varios y gruñidos? ¿Por qué coño tenía que ser testigo de esto? Sí, lo sabía, eso le pasaba por ser amigo de un chucho pulgoso desde la Academia. Si tuviera un loquero al que contarle sus problemas seguro de que acababa con una camisa de fuerza en algún psiquiátrico sacado de una película de terror. Nadie le iba a creer si contara lo que allí estaba pasando.

¡Debía pararles antes de que comenzaran algo que...!

—Ummm, antes de que esto llegue a más, señorita. —Esta se giró y le fulminó con la mirada. La hostiaaaa y luego se quejaba de que su Rosa era una mandona, esa mujer era una arpía en toda regla—... mi amigo y yo aun seguimos de servicio, si le parece, cuando él termine podréis quedar... —«Lejos de mí, de este coche y jugar a aullar a la luna o a olisquearos el culo el uno al otro»—... para conoceros mejor. ¿Le parece?

Ella entrecerró los ojos y los miró a los dos, suspirando con fuerza, moviéndose, quedando parada a un lado muy cerca de la ventanilla.

—Tiene razón agente, mis disculpas por mi actuación. Estoy cerca de mi celo y...

—¿Celo? —preguntaron los dos hombres a la vez. Uno con evidente excitación ansioso por ser el macho que calmara el celo de la felina y el otro con una cara de “tierra, trágame y dame de hostias que no quiero recordar nada de esto, no deseo saber nada más de estos imbéciles cambiaformas”.

—Sí, celo —admitió ella sin ningún tipo de pudor, cruzando los brazos sobre el pecho, marcándolos sin percatarse, provocando que dos pares de ojos se le quedaran mirando fijamente —. Mi felina anda nerviosa y cuando te vio... —Miró a Kenneth a los ojos, sonriendo

abiertamente por primera vez—... supimos que eras nuestro. Nunca creí lo que los Ancianos de mi clan nos contaban; que existía el enlace de almas entre los nuestros, pero cuando nuestros ojos se encontraron, lo sentí.

Kenneth asintió y le devolvió la sonrisa. Y sí, seguía excitado, no podía evitarlo, esa mujer era todo lo que alguna vez soñó, un regalo que el destino había dispuesto para él y que se juró venerar y saborear cada día. No la conocía pero estaba deseando hacerlo, poder averiguar qué gustos compartían y, cuáles no, qué le gustaba hacer, leer, cuál era su comida favorita... Sí, los enlaces entre cambiantes eran extraños, mágicos, unía a dos personas para siempre, enlazando sus almas. En contadas ocasiones se produjo enlaces que eran abocados a la tragedia, pero cada cambiante confiaba en que el destino le diera una tregua y les ofreciera el regalo que ansiaban desde que eran unos cachorros.

—Sí, también lo sentimos mi lobo y yo, esa unión, el calor, la necesidad de aullar a la luna de alegría, de ponerte a cuatro patas y tomarte hasta que mi esencia cubra todo tu cuerpo y ningún otro macho se atreva a acercarse a ti, a...

«¡No! Otra vez no», gritó Luke al ver que esos dos volvían a devorarse con la mirada. Era el momento de intervenir o esos dos tortolitos iban a comenzar a arrancarse la ropa en medio del coche y de la calle, ante la vista de todos sin importarles una mierda lo que les rodeaban.

—Sí, sí, está claro. —Los dos le fulminaron con sus ojos extraños entre enfadados y sorprendidos. «Sí, tortolitos, sigo aquí, soy testigo de este extraño y loco cortejo, y no voy a olvidar nada para poder devolvérsela a Kenneth cuando estemos en el bar O'Brian». Oh, sí, los primos de su amigo se lo iban a pasar en grande cuando supieran lo que pasó esa tarde, cuando contara como el orgulloso y mujeriego lobo quedó atrapado por una gatita—. Queréis follar como conejos y estáis sorprendidos porque os habéis unido con algo de vudú mágico de vuestra raza. Pero os recuerdo que estamos de servicio y hasta dentro de... —Miró el reloj y soltó una maldición, antes de continuar—... media hora no acabamos. Así que, señorita, espero que pueda esperar una hora para atacar al chucho de aquí lado y hacer todo eso que tenéis en mente, pero lejos, muy lejos de este coche, de mí y de los ojos sensibles de cualquier otro pobre humano. ¿Ok?

Los dos cambiantes rompieron a reír.

—¿Es siempre así? —preguntó ella, sonriendo abiertamente.

—Sí, por eso es mi mejor amigo pese a que no es un *lycan*.

Ella asintió y miró a Luke a los ojos.

—Tienes razón, amigo de mi compañero, lo que quiero compartir con él. —Devoró con la mirada a Kenneth antes de continuar—... no quiero que nadie lo vea, los felinos no comparten y tendría que arrancarle los ojos si alguna perra se atreva a acercarse a ti. Me llamo Gabrielle y mi

número es...

Luke no escuchó nada más. Por él cómo si se juraban amor eterno ahí mismo. Lo que importaba era ver como ella se alejaba del coche después del breve intercambio de palabras y el imbécil de su amigo, regresó a la normalidad.

Cuando este le devolvió la mirada lucía esa mueca de «soy feliz como una perdiz y sudo azúcar por cada poro de mi cuerpo», mostrando de nuevo su color original de ojos.

—¿Ya pasó ese *uga uga* tuyo de lobo? —le preguntó, cruzándose de brazos.

Kenneth se rio en alto y asintió con la cabeza.

—Sí, amigo mío y tengo su teléfono. Si todo marcha como espero, será una boda doble.

—¡Qué! Ni se te ocurra cabrón, quiero una boda normal, no una en que mis invitados se pongan a mear marcando el territorio cuando se pasen de copas, o se pongan a aullar a la luna o...

—¿No tienes curiosidad qué harán los felinos cuando están borrachos? —se burló Kenneth, marcando el código de la Comisaría. Les tocaba avisar que su turno estaba a punto de finalizar para esperar el cambio. En cuanto llegara el otro coche conduciría a la Comisaría como si no hubiera un mañana. No deseaba perder ni un minuto, esa noche tenía una cita especial con la felina de su vida. Quien le iba a decir que su compañera para toda la vida iba a ser una mujer felina, pero estaba satisfecho con el giro inesperado que le deparó el destino, y con una dolorosa erección que esperaba que la gatita lamiese, para “curarle”.

La voz de su amigo le devolvió a la realidad, alejándole de las imágenes eróticas que se formaron en su mente.

—Estás de broma, ¿no? —Luke no quería ni pensarlo. Él soñaba con una boda sencilla y acogedora, no con una reunión de chuchos y gatos—. No, no quiero saber nada, no me cuentes nada, ni de esta noche, ni de tu boda, ni nada, no quiero ser invitado, no quiero...

—Amigo, no necesitas invitación, haremos una boda doble, ahorraremos dinero además de tiempo y estoy seguro de que será inolvidable.

Las carcajadas de Kenneth acallaron la réplica de Luke.

Sí, inolvidable... Chuchos marcando territorio y los gatos arañando las cortinas de la sala de fiestas...

«Nota mental: pedirle a Rosa que nos fuguemos a Las Vegas para casarnos vestidos de Elvis y Marilyn, y recordar para otra ocasión: Nunca interponerme entre un lobo feroz y su pantera.»

CAPÍTULO 2

(Nunca digas no a un lobo feroz)



—Ponme otra.

Liam O'Brian negó con la cabeza mirando con pesar al humano que tenía frente a él al otro lado de la barra, no era habitual verlo por el bar sin la presencia de Kenneth ya que habitualmente acudían al local juntos desde que los dos se conocieron en la Academia.

Olisqueó el aire notando el tufo a embriaguez que sudaba el policía por cada poro de su piel. Se le veía pálido, más delgado que la última vez que estuvo en el bar, hacía un mes, con unas sombras bajo los ojos que delataban la falta de sueño que estaba sufriendo.

—Mejor no, amigo. Estás borracho, no necesitas más alcohol en tu organismo. Acaba esa copa y vete a tu casa a descansar.

Luke Johnson soltó una carcajada seca y apartó el botellín medio vacío de cerveza fría que estaba tomando. El bar O'Brian daba vueltas a su alrededor y sabía que, si en esos momentos intentaba poner en pie, iba a caer de cabeza contra el suelo, quedando espatarrado en medio del local con ganas de vomitar hasta la primera papilla y llorar como un niño pequeño por su patética vida. Porque sí, su vida era una mierda. Así de claro.

—No estoy suficientemente borracho, aún soy capaz de recordar y, por tanto, de pensar, ponme otra. —Al ver como el maldito chucho que tenía delante negó con la cabeza e intentó agarrarle el botellín para tirarlo a la basura, le gritó—. Joder, ¿qué debo hacer para tener otra cerveza?

—Irte a casa a descansar la borrachera que tienes encima y venir otro día si te quedan ganas de pasar otra resaca. Vete a casa, Luke, sabes bien que no puedo darte más alcohol, ni dejarte coger el coche, voy a llamar un taxi para que venga a recogerte y...

Estaba cansado, harto de su vida, de haberlo perdido todo en apenas unos segundos. Todos los planes que había armado se rompieron en miles de pedazos tras una simple respuesta, lanzándolo al abismo de la desesperación. El último mes, desde el fatídico día, o como él lo llamaba, NDLZ, se metía más y más en la mierda de la autocompasión, encerrándose dentro de un caparazón de ironía y odio al mundo, del que ni quería, ni estaba dispuesto a salir por mucho que su parte racional le dijera que sería lo más sano para él.

Y en esos momentos, le jodía que el maldito chuchito le estuviera mirando con lástima grabada en sus ojos, en cada uno de sus gestos. No era un puto niño que necesitaba ser protegido y lo que estaba sintiendo le estaba asfixiando. Quería emborracharse hasta olvidarlo todo. Estaba harto de ser el centro de las miradas, de ver cómo se apiadaban de él, cómo murmuraban cuando entraba a un lugar en el que acudía antes de que todo le explotara en la cara. Hasta su familia, que no dejaban de telefonarle varias veces al día para preguntarle cómo estaba o recriminarle no haber hecho todo lo posible para mantener a Amanda a su lado, no le comprendían y acabó mandándoles a la mierda, rechazando cada llamada que recibía de ellos. Era asfixiante la sensación de pérdida y fracaso que sentía cada maldito minuto del día. ¡Y no podía evitarlo ni hacer nada más que emborracharse para no sentirla, aunque fuera durante el tiempo en que el alcohol inundara su organismo!

¿El motivo de su lamentable estado? Su Amanda, la mujer con la que quería fugarse a Las Vegas, casarse y formar una familia, le había dicho que no.

No quería casarse con él, no a formar una familia y no a seguir en el piso que compartían. Así que cuando todo sucedió se encontró con una maleta delante de la puerta y un portazo que dio por finalizado los dos años de relación.

NDLZ, o más bien la noche de la zorra, fue la peor noche de su vida, en la que vio cómo su sueño de formar la idílica familia junto a la mujer que creía que era la “elegida” se esfumó entre sus dedos, junto con todos sus ahorros al verse obligado a dejar todo atrás porque a la HDP no le salía de los ovarios abandonar el piso.

Nota de Luke para quien no lo sepa: HDP son las siglas de la frase hija de puta.

Y ahora, tras treinta días en el que se hundió en la mierda, rememorando una y otra vez las últimas horas de la relación, aun se preguntaba qué es lo que había hecho mal, qué era lo que hizo para que Amanda le diera con la puerta en las narices y lo largara del piso.

Kenneth lo tenía claro cuando se lo contó todo al día siguiente de lo sucedido desde el motel de mala muerte al que fue a descansar, o más bien a refugiarse porque no consiguió pegar ojo esa noche. Los dos compartieron las cervezas frías que llevó Kenneth hasta el motel, maldiciendo al género femenino, exceptuando por supuesto a Gabrielle O'Brian la mujer pantera que se desposó

con su amigo.

Kenneth lucía esa cara de recién casado que parecía el protagonista de un anuncio de compresas (valeee, pongamos mejor protagonista de anuncio de desodorante para hombres que le caen mujeres del cielo, sí, esos anuncios que no tenían mucho sentido), con marcas por el cuerpo, sobre todo en el cuello (y sí, esos mordiscos debían doler por mucho que el lobo le dijera que no) y oliendo a sexo por cada poro de su cuerpo.

El cómo esos dos se conocieron era de película, pues estuvieron a punto de detener a Gabrielle y al final acabaron emparejándose uno tras el volante del coche patrulla y la otra desde la ventanilla, entre gruñidos, palabras como “celo”, “aparearnos”, “unión mágica”... vamos, un *uga uga* romántico a morir que poco más y acaban follando contra el capó.

«Tiene a otro. No hay otra explicación, amigo», rememoró las palabras que le dijera Kenneth tras acabar dos botellines de cerveza.

Al principio, dudó, se enfureció con él, defendió a su ex pero... ¿Qué otra cosa podía ser? Y de ser verdad... él no lo había visto, no vio ningún detalle que le indicara que la estaba haciendo infeliz y que ella le estaba poniendo los cuernos.

Pero sí era sincero consigo mismo, tampoco vio que era una zorra disfrazada de linda ovejita que lo remató cuando más expuesto se mostró a ella.

Y ahora... estaba jodido, a un paso de provocarse un hígado graso de tanto alcohol y con una baja médica por recomendación del Comisario Jones al verle tan “apagado”.

Bien.

Perfecto.

Cornudo, sin apartamento, sin trabajo que lo distrajera y teniendo que soportar cada vez que quedaba con Kenneth cómo olía a gata en celo y le brillaban los ojos por TODO el sexo que tenía con su mujer.

Era irónico ahora que lo pensaba, pues al final quien se casó fue el que iba a ser el padrino de su boda y, por todo lo alto, en una celebración que mejor olvidar, porque el que estuvo a punto de marcar territorio, comerse la mesa principal del convite y hacer otras barbaridades fue él, tras beber tres botellas de champán y otras cosas que ni recordaba.

El destino era una puta que se corría haciendo sufrir a tipos como él, porque todo se volvió en su contra, el padrino de su idealizada boda se convirtió en el novio, lo perdió todo de un día a otro, y el que peor se comportó de los invitados en la ceremonia fue él, no los invitados de los novios pese a que eran chuchos y gatos, miembros de una raza de cambiantes que vivían escondiendo su naturaleza de la sociedad humana, ya que muy pocos humanos sabían de su existencia.

El espectáculo que dio aun era comentado y le constaba que había una web privada de *lycans* con la que se reían del vídeo que le grabaron, menos mal que no lo subieron a YouTube o

en esos momentos sería viral por las redes sociales, pues a todo el mundo le gustaba ver cómo un borracho medio desnudo jugaba a ser Tarzán con una de las cortinas de la sala, estrellándose contra los músicos al grito de Ouhhh ouhhh.

Lamentable.

Un gran paso a la fama entre los *lycans* que hasta le pedían *selfies* por la calle si lo reconocían.

¿No querías ser famoso cuando eras niño?

Toma fama.

CAPÍTULO 3



—Vete a casa, Luke, te ves como la mierda, ve a descansar.

La voz del primo más joven de Kenneth le devolvió a la realidad. Parpadeó un par de veces, cerró la boca e intentó que los dos Liam que veía ante él se volvieran uno solo, pero al ver que no iba a suceder, les respondió:

—¿A qué casa? La maldita se quedó con todo, bueno no, me dejó a la gata. ¡Qué coño hago con una gata! Menos mal que el motel de mierda en el que estoy me permiten tenerlo, creo que lo hacen porque hay ratas... —Se rio solo, de algo que nadie más en el bar comprendió. Estaba dando el espectáculo del día siendo el centro de atención pero él no se percataba. Seguía tambaleante, con voz pastosa y mirada turbia sentado en uno de los taburetes de la barra, apestando a cerveza y luciendo como un muerto en vida—... ¡Les voy a cobrar por cada rata que mi leona cace! Así dejo la policía y me forro.

Liam suspiró y negó con la cabeza. No tenía muy claro si llamar o no a Kenneth para que viniera a por su amigo. Pero no quería molestarlo, o más bien, a la compañera de este, porque esa felina daba miedo cuando se enfurecía, podía ronronear a Kenneth pero con los demás era una leona salvaje disfrazada de gatita.

—Luke, ¿te estás escuchando? ¡Quieres prostituir a tu gata de diez años! ¿No ves que estás borracho y que debes ir a tu casa a pasar la mona?

Este negó con la cabeza sin dejar de mostrar esa mueca de borracho feliz, al menos no era como los *lycans* que cuando bebían dejaban salir a la bestia de su interior y acababa el bar pareciendo a una perrera con tanto lobo suelto.

—No lo estoy... bueno si... no... —Negó de nuevo con la cabeza, apoyando las dos manos en la mesa, buscando que el bar dejara de bailar a su alrededor. Tenía el estómago revuelto a un paso de vomitarlo todo—... no estoy muyyy borracho, aún puedo caminar y por eso me tienes que dar

más cerveza, quiero olvidarlo todo, como los vulcanos. Esos sí que molan, ¿sabes? Un *click* y fuera preocupaciones, sin sentimientos... aunque eso del *pon farr* es una perra que les muerde cada siete años y no debe ser muy... —Se carcajeó en alto, atrayendo toda la atención de los lobos que estaban en el bar. Para desgracia de Luke ese día estaba lleno y algunos de ellos estaban pensando seriamente a sacar el móvil para grabarle de nuevo, ya que era el famoso Tarzán de la boda más comentada de la ciudad— ... Qué cojones, ¡el *pon farr* debe ser la puta hostia! Todo el puto día en celo, follando como conejos y así durante días hasta que la fiebre del *pon farr* se vaya.

Liam le sacudió el brazo intentando que dejara de divagar como un borracho y se centrara.

—Luke, ¡por la luna llena! Estás dando el espectáculo y luego te vas a arrepentir y...

—¡No! —Este dio un manotazo fuerte levantándose tambaleante del taburete a un paso de caerse de bruces al suelo—. De lo que me arrepiento es del tiempo que pasé con esa perra...

—¡Eh! Deja de insultar a nuestras hembras —escuchó Luke una voz a su espalda que no pudo reconocer.

No iba a volverse porque se la pegaría seguro, así que levantó un brazo con la mano abierta y gritó a su vez:

—¡Tienes razón, tío! Amanda no es una perra, es una maldita rata que se lo ha quedado todo menos la puta gata. ¿Cómo me pudo decir que no? ¡Soy un partidazo! Tengo un buen trabajo, soy *sexy* como el demonio, mi polla es de buen tamaño. ¿Queréis verla?

Liam giró la cabeza de un lado a otro negando, sin saber muy bien qué hacer. Podía sacar a rastras al humano y meterlo en un taxi para que este lo llevara hasta la casa de su primo pues no tenía ni donde quedaba ese “motel de mala muerte” donde se alojaba el policía. Pero antes de emplear la fuerza bruta temiendo dañarle, intentaría convencerlo de que estaba haciendo el ridículo y que debía irse a casa a sufrir la resaca.

—¡No, Luke! No queremos verte la polla. Tampoco sé porqué te dijo que no. Nadie puede saberlo, solo ella, pero debes pasar página y...

—¡Seis putos polvos le eché esa noche! Gritó como una loca en cada uno de ellos y cuando le suelto la pregunta me dice que no, que no soy lo suficiente hombre para ella. —Alzó la cabeza y miró desafiante al frente, donde ahora tres Liam le devolvían una mueca entre sorpresa e incredulidad que estuvo a punto de reventarle de la risa. Sí, con el alcohol el mundo era más llevadero, todo lo veía de color... comenzamos de nuevo, todo lo veía borroso, doble, a veces triple, pero sin duda las preocupaciones habían desaparecido por completo—. Como un vulcano en *pon farr*, seis putos polvos por toda la casa, ¿y no soy suficiente hombre? ¿Qué cojones buscaba esa perra? —Esta vez nadie le replicó, ni le echó en cara que dejara de usar el apelativo perra como un insulto, todos eran *lycans* y no les sentaban nada bien las bromas “caninas”, porque todo el mundo estaba con la boca abierta, alucinando por las divagaciones del borracho, por lo que estaba soltando.

Liam carraspeó deseando borrar de su mente lo último. ¿Por qué los borrachos tenían la desagradable manía de soltar todo lo vergonzoso de sus vidas cuando bebían? ¡Ah, sí, *In vino veritas!* En el vino está la verdad, cierto y, por desgracia, los camareros se convertían en dueños de secretos que daban ganas de borrar de sus mentes a golpes.

—Amigo, las mujeres son extrañas, no intentes comprenderlas.

—Sí, sí, tienes razón, son raras, y joder lo que hay que soportarles para poder follar... —Se rio con voz pastelosa, sin dejar de tambalearse.

A Liam la actitud del policía le recordó a un árbol a punto de caer al suelo, sin saber muy bien por donde tirar, izquierda, parpadea, derecha, parpadea varias veces, derecha de nuevo y wuooo.

Derecha definitivamente.

La caída fue estrepitosa y el ruido alertó a todos. Luke se golpeó contra las barras de las butacas y se debió abrir la cabeza porque comenzó a oler a sangre.

Sin perder tiempo, Liam saltó la barra y se acercó hacia el gimoteante humano que seguía boca abajo en el suelo.

—¡Luke! ¿Estás bien? —«Debí llamar a Kenneth para que viniera a por él, ahora me va a matar cuando sepa que se ha partido la cabeza en mi turno», pensó mientras se agachaba para levantar al borracho policía—. Te voy a llevar al hospital para que revisen esa cabeza dura que tienes, ¿ok?

Escuchó unos ruidos que no podía identificar, pero parecían sílabas, así que, o bien se había golpeado más fuerte de lo que pensaba o entre la borrachera y el dolor de la caída, el humano estaba balbuceando o, más bien gruñendo, incoherencias más propias de los cachorros recién nacidos que de un adulto.

Le cogió de los brazos y lo levantó poco a poco, para que no le vomitara encima. El olor a vómito era difícil de enmascarar y más para un *lycan* con un olfato super desarrollado.

—¡Oh! Hay cuatro tús, jajaja.

Liam rodó los ojos escuchando las carcajadas de borracho del policía. Este se mantenía a duras penas en pie, riéndose de una broma que solo él le veía la gracia. El resto de los presentes sonreían divertidos ante el espectáculo que estaba dando el único humano que entraba habitualmente en el bar.

—Sí, sí, Luke, lo que tú digas, ahora sé un humano bueno y no te resistas mientras voy a...

—¡Suéltale!

Liam se tensó ante el grito que escuchó. Miró con nerviosismo hacia la puerta mientras su cuerpo luchaba por obedecer la orden. Era como un hormigero que le instaba a hincar las rodillas en el suelo y a ofrecer su cuello.

«Eso solo me sucede cuando estoy delante de...».

Oh, no.

No podía creer lo que estaba viendo. Era imposible, pero ahí estaba, a unos metros de él, cubriendo la puerta de entrada, el lobo *alpha* de las manadas *lycans* del país, mirándole con unos ojos que prometían dolor y muerte, si no cumplía sus órdenes.

—¡No te lo repetiré una segunda vez, lobo! ¡Suéltalo ahora mismo!

Esta vez no pudo luchar contra la orden, así que abrió los brazos y dejó caer al humano que seguía con la risita de borracho, sumergido en su mundo de yupi, felicidad y mucho alcohol.

«Oh, joder», musitó para sus adentros Liam temiendo por su vida.

Al haber obedecido, Luke cayó de nuevo al suelo y este, tras un golpe seco seguido de un quejido de dolor, se había quedado tumbado boca abajo, murmurando incoherencias que, por suerte, no comprendía.

El golpe que se dio era bueno pues cayó de cara, estampándose contra las duras baldosas, rompiéndose posiblemente la nariz y el labio, aunque esperaba que no fuera así, pues el *alpha* miraba alternativamente al humano y a él con una expresión feroz en su rostro.

Lo iba a matar, sí o sí, por tocar al policía o por dejarle caer al suelo.

—¡Tú! —rugió el *alpha* entrando del todo en el local, cerrando la puerta tras él de un portazo, que sobresaltó a todos.

Los lobos presentes no tardaron en arrodillarse al suelo e inclinar la cabeza cuando el recién llegado les barrió con la mirada. Todos le expusieron el cuello en un gesto de sumisión total, evitando mirarle a los ojos, aunque sí que lo hacían de reojillo.

Liam alzó los brazos en señal de paz. No quería problemas, pero parecía que hiciera lo que hiciera los problemas lo iban a cazar a él, quisiera o no.

—No le he hecho nada, solo seguí órdenes. Él es un amigo e iba a llevarlo a casa de...

El gruñido de advertencia le dejó paralizado, saboreando el amargor del miedo. Sin poder pronunciar palabra acabó de rodillas al lado de un gimoteante y balbuceante Luke, exponiendo el cuello.

El *alpha* avanzó por el local hasta detenerse frente a ellos, no dejó de gruñir, mostrando los dientes con furia, los ojos eran de una tonalidad dorada y muy brillantes, el voluminoso cuerpo tenso, a un paso de abalanzarse contra el lobo que consideraba su enemigo en esos momentos.

—¡Tú, le has hecho daño! —Olisqueó el aire, gruñendo de nuevo, con ese tono grave y oscuro que ponía los pelos de punta—. ¡Mío! —gruñó con voz animal, posando la mirada en el cuerpo del policía, quien era ignorante de todo lo que estaba aconteciendo en el local—. ¡Dañaste a mi compañero!

«¡No jodas!», pensó Liam temblando de miedo a un paso de mearse encima.

El destino era una zorra que se burlaba de él y de qué manera. ¿Quién iba a imaginar que Luke era el compañero para toda la vida de un *alpha*? ¿De un macho? ¿Del jefe de todas las

manadas del país? Él no, al menos y, seguro de que el humano tampoco, sobre todo cuando no dejaba de repetir que él no era maricón cuando Kenneth le abrazaba efusivamente.

Al humano le incomodaba las muestras de camaradería de los lobos, que buscaban contacto físico bien en peleas o con abrazos entre sus amigos de camada. El contacto era muy importante en el mundo de los cambiantes, una manera de afianzar la amistad, de captar el olor de tus congéneres y de mostrarles el tuyo, pero para Luke, pese a ser un humano que los conocía era desconcertante y se apartaba realizando bromas, y asegurando que necesitaría una buena ducha para quitarse el olor a chucho mojado.

Estuvo a punto de reír en alto al imaginar la cara del humano cuando se enterara de que había sido marcado públicamente por un hombre, por un *alpha*, que no le iba a dar tregua, que iba a perseguirlo hasta que fuera suyo. Pero las carcajadas se apagaron cuando sintió el aliento del *alpha* sobre el cuello. Le estaba olisqueando, sin dejar de gruñir y mostrándole los dientes. Si daba un paso en falso podría ser atacado por el lobo, y él siendo un beta no le daría tiempo a transformarse para defenderse.

Se quedó quieto, aguantando la respiración.

«No me muerdas, no me muerdas... Joder, Luke, cuando estés sobrio te voy a pegar un tiro», juró cerrando los ojos y dejando su vida en manos del puto del destino.

—No hueles a él, no lo has montado.

«¿Montado?», repitió Liam en su mente, entreabriendo los ojos, suspirando aliviado al ver que ahora el *alpha* estaba olisqueando a Luke. Estaba sobre él, apoyado en sus rodillas y sus manos, en una postura más animal que humana.

—Es mi... —Tragó saliva al ver que el *alpha* le devolvió la mirada al escuchar su voz. Aquel hombre era atemorizante y él, al ser un lobo beta, no solía asistir a ninguna reunión de manadas que se celebraban por todo el país. A Donovan Murray solo lo conocía por los reportajes de las revistas *onlines* que se publicaban en las webs de los cambiantes. Estaba acojonado, lo reconocía, pero tenía que aclarar la situación, el temperamento de un *alpha* era variable, un volcán a punto de erupción que no avisaba cuando iba a estallar y él no quería convertirse en Pompeya, cuanto antes dejara claro su relación con Luke mejor que mejor—. Es mi... amigo. Un humano que...

—Sí, lo huelo. Es humano. —Lo olisqueó de nuevo rozándole la espalda con la mano izquierda.

Y el cabrón de Luke gimiendo como una puta ante esas caricias.

«Eso, mamón, tú gimiendo y yo a punto de ser destrozado por tu compañero».

Esta vez no pudo ocultar la sonrisa que cruzó su rostro al imaginar el momento en que el humano supiera la verdad, lo que había acontecido en el bar, a la vista de todos, cómo había sido marcado por un *lycan* poderoso entre los clanes que se veía dispuesto a cargarlo y llevarlo a la

cueva del lobo para devorarlo por completo.

Oh, Luke, ya sabía que iba a regalarle por su próximo cumpleaños, nada de espadas láser o sables de esos de *Star Wars* para ver cómo se enfadaba y los rompía despotricando contra George Lucas, el creador de la saga, este año tocaba... una capa roja, para el “caperucito” que iba a ser devorado por el lobo feroz.

—¿Qué relación tienes con él? ¿Por qué te has atrevido a tocarle?

Liam se sobresaltó ante la avalancha de preguntas. Al estar de rodillas estaba a la altura de la penetrante y atemorizante mirada del *alpha*, quien seguía acariciando a Luke a lo largo de toda la espalda.

—Es mi amigo. —«Y ya lo he dicho varias veces, joder. Parece que no escuchas, coño.» Esto no se atrevió a decirlo en alto, pero sí que lo pensó, insultando con diferentes palabras al *lycan* que lo mantenía paralizado con solo mirarle a los ojos—. Es policía en esta ciudad y en la Academia se hizo amigo de un primo mío...

—Nombre del *lycan* que es amigo de mi compañero —le interrumpió el otro hombre con voz cortante y grave.

No admitía réplicas y como beta no sería capaz de hacerlo, en sus genes llevaba la obediencia a los *alphas*, y más cuando era el que gobernaba con mano dura los clanes del país.

—Kenneth O’Brian, quien trabaja como compañero...

El gruñido que brotó de los entreabiertos labios del *alpha* le puso los pelos de punta a un paso de gimotear como un cachorro. Mierda, había pasado tanto tiempo con el imbécil, ahora mismo te odio a muerte, de Luke acostumbrándose a su manera de hablar, olvidando la importancia entre los cambiantes de la palabra compañero, un lapsus que le podía costar la vida.

—Es el agente que trabaja con Luke. —Señaló al cuerpo que seguía tendido en el suelo... roncando. «Hijo de puta, ¡te has quedado dormido! Puto borracho de los cojones, cuando estés sobrio te voy a matar. ¡No! Mejor, que el *alpha* te parta el culo en dos y así me reiré cuando vengas arrastrándote al bar cojeando al tener el ano como la bandera de Japón». Sí, no debía pensar eso, podía rozar lo ofensivo pero, en esos momentos, no se sentía generoso con ese humano, ni siquiera le caía bien, le habría gustado darle una patada en el culo y mandarlo lejos para que no le metiera en el problema que estaba. ¿Qué haría si el *alpha* no aceptaba sus palabras? Ese hombre poseía el poder de las manadas en sus manos, podía cerrarle el negocio con una sola palabra. ¡Estaba acojonado!

El *lycan* dejó de acariciar la espalda del policía al notar cómo este se relajó por su toque y al escuchar los suaves ronquidos que resonaban por el silencioso local. Desvió la mirada del beta que seguía en actitud de sumisión ante él y posó los ojos sobre la atlética figura de su compañero.

Llevaba cuarenta años existiendo, viviendo una vida vacía en la que internamente añoraba el tener una compañera, quien lo recibiera siempre con una sonrisa y le lamiese las heridas causadas por la crueldad de su mundo. Ser el *alpha* de los clanes del país conllevaba riesgos que gustoso aceptaba, pero llegaba un momento en la vida que quería tener a alguien con quien compartir la carga. Toda su vida creyó que su compañera iba a ser una *lycan* hembra con quien aullar a la luz de la luna y poseerla en el clamor del influjo lunar tanto en forma animal como humana, pero... Miró con atención el cuerpo de su compañero, sorprendiéndose al notar como su polla reaccionaba ante la fuerza que percibía bajo las capas de ropa que llevaba el humano. Su lobo estaba más que satisfecho con la elección del destino.

La vida le tenía deparadas muchas sorpresas y una de ellas, y la mayor de todas, sin duda, era que en lugar de una compañera, tenía un compañero y para complicar la cosa... humano. Frágil, con quien no podría aullar a la luna, a quien no podría marcar con su forma animal, y a quien sus enemigos lo pondrían en lo alto de su lista para acabar con él a través de su muerte. Y aún así, a pesar de todos los peros que su parte racional le susurraba al oído, estaba orgulloso de haberlo encontrado, de ser afortunado tras cuarenta años en la oscuridad. Poco importaba si fuera hombre, o mujer, si no iba a ser la madre de sus hijos, pues siempre le quedaba la opción de adoptar, o si era humano o un *lycans*, era suyo, su compañero, su lobo ya lo había reconocido como tal y, su corazón ansiaba poder conocerle, poder enamorarse de él y ver el amor en sus ojos al corresponderle.

La unión entre compañeros era algo mágico que no todos tenían la suerte de conocer, muchos morían sin llegar a encontrar a su otra mitad del alma, los que si habían tenido la fortuna de haberlo hecho siempre describían lo mismo: la electricidad en el ambiente, la voz del lobo que le gritaba que era ella, que era él, el furioso ritmo de los latidos, el fuego y el deseo que bullía en su interior, todo su ser gritaba que la había encontrado, a la mitad de su alma, la luz de su vida.

Nunca creyó en esas palabras hasta que lo experimentó desde la limusina, que lo trasladaba del aeropuerto a su hotel, cuando esta pasó cerca del bar. Ni siquiera le dio tiempo al conductor a parar cuando él abrió la puerta y saltó fuera del vehículo. Ahí dejó al lobo tomar el control de su cuerpo y llevarlo a donde le gritaba por dentro que tenía que ir. En cuanto abrió la puerta del bar y lo vio, el mundo se rompió a sus pies, el corazón se detuvo unos segundos y todo su cuerpo tembló de anticipación, de deseo, de furia, de pura alegría.

Era él.

Por fin. Tras cuarenta años de espera, de pura oscuridad y agonía al sentir la pesada losa de la soledad sobre su alma...

Donovan Murray, cerró los ojos e inhaló profundamente, excitándose ante el aroma varonil que desprendía el policía. No iba a lamentar la decisión del destino al imponerle un humano como compañero, no cuando era suyo para proteger, no cuando llevaba tanto tiempo anhelando tener a

alguien con quien compartir la dicha y las penurias de su cargo, con quien vivir, pues hasta que no lo conoció, hasta que no le tocó, su vida había sido vacía.

Y ahora que lo había encontrado lo atesoraría y se aseguraría de que no se alejara nunca de su lado. Entregaría gustoso su posición como *alpha* si con ello se asegurara de mantener a salvo a su compañero. Ahora su primera prioridad sería el hombre que estaba acariciando, que gemía en sueños ante sus caricias.

Gruñó al ver que el beta estaba demasiado cerca de ellos y sonrió cuando le vio trastabillar y tropezar con uno de los asientos que estaban cerca de la barra al alejarse de manera precipitada. Su lobo aullaba dentro de él de alegría, de deseo, rasgando su piel desde dentro con ganas de salir, de poder presentarse ante su compañero, ante el humano que había reconocido como suyo.

—¿Cómo se llama mi compañero? —preguntó con voz enronquecida, saboreando la palabra “compañero”. Aún no podía creer la suerte de haberlo encontrado, su otra mitad, quien lo complementaría, la luz en la oscuridad que era su existencia.

—Luke —farfulló con voz nerviosa el beta sin llegar a mirarle a los ojos cuando se le quedó mirando esperando una respuesta, manteniendo en todo momento una actitud sumisa.

—Luke —repitió Donovan, rompiendo la mirada con el otro *lycan* para posarla sobre el desmayado cuerpo del humano.

Se agachó hasta posicionarse sobre el cuello expuesto de su compañero. Le apartó la camisa y dejó expuesta la piel, palpitante, de una tonalidad como los rayos dorados del sol, y sin previo aviso le mordió, hundiendo los colmillos hasta hacerle sangrar.

El humano se removió y se quejó en sueños, pero no se apartó hasta que se aseguró de dejar la marca del reclamo en su piel. Se apartó unos centímetros y lamió la dolorida zona, sonriendo internamente al escuchar el gemido de placer que brotó de los labios de su compañero.

Con aquel gesto había sentenciado su destino y el de su compañero. Los había unido para toda la eternidad. El humano luciría para siempre su marca y se aseguraría de cubrirle cada día con su olor para que los cambiantes que se cruzaran con él supieran que le pertenecía, que era suyo, su compañero, el dueño absoluto de su destino y de su corazón.

No tardó en formalizar el marcaje, exclamando en alto con un tono de orgullo en su voz:

—Mío —murmuró con una alegría que hacía tiempo que no experimentaba—. Yo te reclamo ante miembros de mi especie, lucirás mi marca y todo aquel cambiante que la vea sabrá que me perteneces. Eres mi compañero, mi otra mitad, el pedazo de alma que me faltaba y me acompañarás en mi camino como *alpha* hasta que la muerte me reclame o te reclame —susurró sin dejar de acariciar los rubios cabellos del humano. Todo *Lycan* sabía que cuando un miembro de la pareja moría, el otro no tardaba en seguirle ya que eran incapaces de continuar sin su otra mitad.

CAPÍTULO 4



«Esto se lo tengo que contar a Kenneth, no se lo va a creer», se dijo para sus adentros Liam, con los ojos abiertos como platos, mirando de reojo para no ser atrapado.

Kenneth lo iba a matar cuando le contara como el *alpha* de las manadas del país marcó públicamente al borracho de Luke, para luego cargarlo al hombro y salir del local sin decir ni una palabra. Dejando a todos con la boca abierta sin saber muy bien qué coño había sucedido.

—Me va a matar —masculló cayendo de rodillas al suelo nada más ver como la puerta se cerraba tras la salida del *alpha* y de Luke.

Hasta ese momento ni siquiera se dio de cuenta de que el bar estuvo en un sepulcral silencio hasta que el ruido hizo presencia, con todas las voces de los presentes al mismo tiempo. Era un estruendo de gritos, sonidos de sillas arrastrándose por el suelo al levantarse muchos de ellos de golpe, incapaces de asimilar lo acontecido.

¿Acababan de presencia cómo el *alpha* de los *lycans* había reclamado a un humano policía y heterosexual en medio del bar?

Sí, lo acababan de ver y, aún así, eran incapaces de asimilarlo.

—Lo he grabado todo.

Liam se levantó del suelo y buscó al que había gritado eso. Lo localizó al fondo del bar, un felino que aparecía de vez en cuando en el local desde la boda de Kenneth con la gata. Si no recordaba mal era uno de los hermanos pequeños de la mujer de su primo.

—¿Todo? —repitió, preguntando en alto.

El felino asintió y mostró su móvil, uno de esos de última generación que lo tenía todo y que parecían pequeñas *tablets* de bolsillo.

—¿Se lo podrías pasar a Kenneth?

—Sí, no hay problema, tengo su teléfono desde la boda. Gabrielle nos obligó a tratarle aunque fuera un chucho, —gruñidos de protesta que ni alteraron al felino, quien continuó—, y ahora tenemos un grupo de WhatsApp para comentar la Liga de Béisbol. —Liam negó con la cabeza, lo que hacía Kenneth para caerle bien a la familia de su mujer, a los lobos el béisbol no les gustaba, les parecía un deporte lento y absurdo, de tira la pelota y ve a buscarla, preferían el hockey y muchos *lycans*, eran jugadores profesionales que arrasaban en las pistas en los mejores equipos.

—Ok, envíaselo ahora mismo y dile que ni se le ocurra hacer ninguna locura que el *alpha* no le hará daño a Luke.

—Ahora mismo se lo mando, ¿pero no sería mejor que le llamaras?

Liam negó mientras veía como el felino tecleaba en el móvil a una velocidad asombrosa.

—No, gracias, le tengo mucho aprecio a mis pelotas, desde hoy desaparezco del mapa, no quiero saber nada, así que ya sabéis, pagad la cuenta y largaos, el bar está cerrado... por una larga temporada.

Muchos protestaron pero, al final, hicieron lo que les dijo, sobre todo, porque querían regresar a sus casas y contar lo que habían visto, poder comentarlo por las redes sociales *lycans* y felinas.

“El famoso Tarzán reclamado por el *alpha* del país” un titular que iba a ser lo más buscado en la web de cambiantes.

—Joder, Luke, si estuvieras aquí te diría... “que la fuerza te acompañe” porque lo vas a necesitar cuando despiertes y veas lo que tienes encima —farfulló Liam cerrando el bar tras ver desfilar a todos, el felino fue el único que se detuvo unos minutos para hablar con él y, para asegurarle que sí, que era mejor que se largara de la ciudad una temporada pues Kenneth estaba a un paso de coger el coche e ir a por él tras visualizar el vídeo, según el policía tendría que haber defendido a muerte a Luke e impedir que el *alpha* se lo llevara.

Ya.

Qué fácil decirlo cuando no tenías unos colmillos descomunales a unos centímetros de tu cuello y tu lobo interior gritaba gimoteante ante la presencia del *alpha*. Pero seguiría el consejo del gato y se iría lejos, muy lejos por un tiempo.

¿Tal vez había llegado el momento de hacer el viaje a Hawái que por tanto tiempo aparcó?

Sí, lo más lejos posible de su querido y desquiciado primo.

CAPÍTULO 5



Al día siguiente

—¡Dios, la cabeza me va a reventar!

—Enseguida le traigo un ibuprofeno, señor.

—¿Señor? —repitió en voz baja Luke, abriendo los ojos enfrentándose a la mirada de un hombre trajeado que estaba a un palmo de distancia—. ¡Ahhh!—gritó asustado al ver al otro tan cerca. Se levantó de golpe de la cama con tal mala suerte que las sábanas y mantas se le enrollaron en las piernas y acabó de cabeza en el suelo.

“El mayordomo de la muerte”, como lo apodaría más tarde Luke, se acercó hasta él y le ayudó a levantarse, como si no pesara nada.

—¿Se encuentra bien, señor? ¿Quiere que le traiga ahora la medicación junto con su desayuno?

Ok, necesitaba ese ibuprofeno pero a la de ya, además de una hostia bien dada para que el mundo dejara de dar vueltas a su alrededor y su maldito estómago parara de bailar la salsa, además del dolor que sentía en la cara del golpe.

Se apartó del hombre y dio unos pasos hacia atrás, observando con cuidado la habitación. No la reconocía. Sencillamente, no tenía ni puta idea de dónde estaba. Lo que era evidente, era que aquella habitación sudaba dinero, era amplia, casi tan grande como todo su antiguo ex piso, con una gran cama en el centro del cuarto, grandes ventanales, cortinas de esas con pinta de caras, alfombras mullidas, muebles dorados y en plan barrocos...

—¿Dónde coño estoy? —le soltó a bocajarro, le dolía la cabeza, tenía una resaca de mil demonios y se había despertado en un lugar que no conocía, con un hombre de esos de película de terror de psicópatas en serie a un palmo de narices y con la extraña sensación en el pecho de que

había sucedido algo importante que era incapaz de recordar.

—En su hogar.

«Estoy ante un psicópata peligroso», pensó sin mostrar que estaba cagado de miedo por dentro. Era policía había sido entrenado para actuar en situaciones de estrés, para enfrentarse a la muerte cara a cara aunque sintiera ganas de hacerse una bola y esconderse del mundo, como cualquier otro ser humano. Pero no estaba en su mejor momento, ni tampoco estaba armado.

—Señor, le repito ¿dónde estoy? —Se palpó los bolsillos en busca de su cartera para poder enseñarle la placa de policía. No la encontró, estaban vacíos. Ok, perfecto, indocumentado en una habitación que destilaba poder y dinero ante un psicópata disfrazado de mayordomo de película de serie B de terror.

—Será mejor que le traiga el desayuno y venga el señor Murray a hablar con usted, ya debería haberle avisado que se ha despertado. —Esto último parecía que se lo dijo a sí mismo, como si temiera ser reprendido por algo que se olvidó.

No le dio tiempo a replicarle pues, cuando abrió la boca para responderle, el otro ya estaba saliendo del cuarto.

—Joder, joder, ¿dónde coño estoy? —susurró Luke, nervioso y asustado, a él nunca le pasó lo que sus compañeros de Comisaria alardeaban muchas veces, de emborracharse y despertar en una cama que no era la suya junto a una mujer que le devolvía la sonrisa en cuanto veía que estaban despiertos.

Toda su vida giró en torno a hacer lo que sus padres siempre quisieron o esperaron de él. Ser el mejor en los deportes, en los estudios, a rechazar las drogas que le ofrecían o a no beber más de lo que su cuerpo soportaba sin llegar a emborracharse... el hijo perfecto, el hermano perfecto, el policía perfecto, el novio perfecto...

¡Ja!

Para luego ver cómo toda su vida se iba al garete, cómo no le quedaba nada más que un vacío de derrota en su interior.

Si lo pensaba seriamente no amaba a Amanda, la idealizó al considerarla la mujer de su vida, la futura madre de sus tres hijos y la compañera infatigable hasta que la muerte los separara, pero... con los días, con el rencor que le ahogó, con las borracheras que enlazó, una tras otra, por el dolor de la pérdida, por la horrible sensación de derrota... Se percató que no era amor lo que sentía pues lo que más le jodía era la sensación de haber perdido el camino, el rumbo que marcará desde joven, el que debía seguir para mantener a todo el mundo contento.

Amor no era lamentar perder un ideal, un sueño en el que quiso creer pero que no era la realidad. Amar era entregarse sin reservas, confiar ciegamente, vivir con el orgullo de estar al

lado de tu media naranja, de sentirse agradecido por pasar cada día a su lado, de cabrearse y mandarla a la mierda sin dejar de pensar que es el amor de tu vida, amar... era...

Era algo que no experimentó junto a Amanda y, no solo porque ella le decepcionó, si lo pensaba fríamente cuando no estaba bajo los efectos del alcohol (y desde hoy se juraba no beber más que le dolía la cabeza como si le hubiera pateado un elefante varias veces), él no la amó a ella, si no a lo que representaba en su vida.

Y tenía que asumir, de una vez por todas, que ella le había abandonado... dejándole un regalo, bueno dos, una gata vieja que solo comía, dormía, hacía sus necesidades y vomitaba bolas de pelo por el suelo y el otro la prueba fehaciente de que la vida era más cruel de lo que pensaba y que nada estaba escrito.

—Debo buscar un móvil o un teléfono y decirle a Kenneth que me venga a buscar. —No tenía la cartera, ni el móvil y ni idea de dónde estaba, lo mejor era que su amigo le recogiera en coche y regresara a su rutina. Había llegado la hora de volver a trabajar aunque tuviera que convencer con unas buenas botellas de vino tinto a su jefe para que obviara el permiso de un mes que aún tenía vigente.

Le echó un vistazo rápido al cuarto. No vio un teléfono a mano, ni siquiera en las mesitas de noche que había a ambos lados de la gran cama, así que fue hacia la puerta, suspirando aliviado al ver que estaba abierta, que no le habían encerrado con llave.

—Debo dejar de ver películas de terror —se juró mientras giraba el pomo y abría la puerta, saliendo del cuarto para encontrarse cara a cara con un hombre que lo dejó boquiabierto y paralizado.

—¡Oh! Ya estás despierto, me alegro pues deseaba invitarte a desayunar conmigo y...

Luke no escuchó nada más. Se quedó mirando como un imbécil al hombre que seguía hablando delante de él. Le sacaba una cabeza, algo que le sorprendía pues no era bajo con sus cerca de metro ochenta y cinco de altura; iba vestido con un traje que tenía pinta de caro y que se le pegaba al cuerpo mostrando que era muy corpulento, pero de esos de películas de acción o fantasía o los que van al gimnasio a machacarse el cuerpo para tener cero grasa y unos músculos de acero. No tenía ni idea de por qué miraba embobado a ese hombre, porque el corazón le latía furiosamente contra el pecho o sentía un cosquilleo dentro de él que además de molesto le estaba asustando, pues estaba a un paso de jadear en alto con ganas de posar sus manos en el...

—¡No! —gritó asustado por el camino que estaba tomando sus pensamientos. Joder, que a él no le gustaban los hombres, ¡coño! Nunca se sintió atraído por ninguno y no iba a empezar ahora y menos con ese “Conan el bárbaro” trajeado.

Donovan parpadeó confuso ante la furiosa respuesta de su compañero. Solo le había pedido que lo

acompañara a la cafetería del hotel para desayunar juntos antes de contarle la conexión que compartían; que eran compañeros de almas y estaban unidos hasta la muerte. Reconocía que llevaba nervioso desde que lo trajo a la habitación del hotel la noche anterior, no pudo pegar ojo, estuvo contemplándolo maravillándose de la suerte que había tenido al encontrarle. Esperó a que amaneciera para salir del cuarto e ir a avisar al servicio para que estuvieran atentos por si el humano se despertaba, mientras... aprovechó para ducharse y elegir el mejor traje que poseía y con el que esperaba deslumbrar a su compañero.

Era más que evidente que no lo había conseguido.

—¿No quieres acompañarme a desayunar? ¿O es que no quieres ir a desayunar a la cafetería del hotel y prefieres que pida algo para que nos lo traigan al cuarto?

—¿De qué estás hablando? —preguntó a su vez Luke sin comprender a qué se refería. Él lo que no quería era sentir lo que estaba sintiendo y que lo estaba acojonando. No era gay, ni homosexual, ni nada parecido, ni siquiera tuvo pensamientos húmedos con otro de su sexo y ahora miraba embobado a uno. ¿Pero qué coño le pasaba?

—Te estaba invitando a desayunar conmigo.

—¿Desayunar? ¿Estoy en plena crisis existencial y me hablas de comida?

Ok. Stop. Ni una palabra más que ya estaba a un paso de convertirse en una loca histérica.

CAPÍTULO 6



Enfrentarse a una manada de lobos no era nada comparado a intentar descifrar las respuestas de su compañero. Donovan respiró hondo y contó hasta diez. Era el comienzo, ninguno de los dos se conocía y Luke debía de estar sufriendo una resaca terrible, así que, no le quedaba otra que respirar hondo y volver a intentarlo, por el bien de los dos. Era necesario que se conocieran y aceptaran lo que el destino les impuso, un enlace cambiante no podía ser roto, ni ignorado o los dos sufrirían.

—Debes de estar confundido, Luke. —Vio sorpresa en los ojos de él y continuó antes de que le respondiera con otra de sus indescifrables frases apoteósicas—. Me llamo Donovan Murray y soy el *alpha* de las manadas de *lycans* de este país, estás en mi cuarto del hotel Majestic, ayer acabaste en el suelo en el bar O'Donnell y te traje aquí para...

—Para ayudarme, ok, entendido, lo capto. Gracias por todo, pero ahora me gustaría que me dejaras un móvil para llamar a Kenneth para que venga a buscarme y...

El ronco gruñido que brotó de los labios entreabiertos del “Conan” o mejor dicho, del *alpha* Donovan le dejó paralizado, incapaz de apartar la mirada de los colmillos. Joder... ahora sí que comprendía el poder de un *alpha* porque, a pesar de que él que no era un chucho, estaba a un paso de ponerse de rodillas y suplicar por su vida.

—¡Si se acerca a ti otro lobo le destriparé con mis garras!

Luke saltó en el sitio, ahogándose en la contradicción que estaba sintiendo. ¿Cómo era posible que pudiera sentirse nervioso, asustado, excitado, asombrado y orgulloso de una amenaza

de muerte cuando era policía, hombre y heterosexual?

Único diagnóstico: era gilipollas.

—Valeee, zanjemos el tema aquí, ¿sabes que soy policía, no? Nada de amenazas de muerte a terceros, por favor, o tendré que detenerte.

Donovan lució una sonrisa confiada y sorprendida que le dejó sin aliento. Tenía los ojos de un color dorado muy parecido al oro fundido, eran... impresionantes. Un hombre que dejaba sin aliento no solo por su aspecto físico si no por la fuerza que desprendía en cada gesto, en cada mirada, en cada palabra.

—Ummm, no me des ideas, Luke, o el que acabará detenido y esposado, serás tú.

Este no pudo evitarlo, dio un paso hacia atrás chocando con el marco de la puerta que permanecía abierta y que conectaba el salón y el dormitorio de aquel espectacular cuarto del mejor hotel de la ciudad.

—¿Te me estás insinuando? ¿O es que aún sigo borracho y no me entero de lo que pasa?

—¿Insinuando? No. —Ufff, Luke soltó el aire hasta que “Conan el bárbaro” continuó, y dijo —. Eres mi compañero, la atracción sexual entre los dos se incrementará, sobre todo, teniendo la luna llena tan cerca. Entre compañeros no hay insinuaciones, solo...

—¿Compañeros? ¿Perdona? ¿He escuchado bien? —Se pellizcó el brazo varias veces maldiciendo en alto al notar el dolor. No estaba en medio de una pesadilla, estaba despierto ante un macho *alpha* que le aseguraba que era su compañero—. ¿De esos que se unen con el *uga uga* mágico de vuestra raza y que acaban follando como conejos en cada oportunidad que tienen por culpa de las hormonas o lo que fuera lo que os mueve cuando tenéis a vuestra pareja delante? ¿Ese tipo de compañeros?

Donovan rompió a reír, no podía evitarlo, era la primera vez que escuchaba resumir o describir el mágico momento de la unión entre compañeros de esa manera.

Luke perdió los nervios, verle reír. Sí, lo reconocía, le sacó de quicio y acabó pasando por su lado, golpeándole en el hombro al esquivarlo para ir hacia la salida del cuarto. No tenía ni tiempo, ni ganas, que perder en una discusión absurda. Le daba igual que fuera el “jefazo” de los chuchos, para él no era más que un hombre que se interponía en su camino y al que le enviaría una buena botella de vino por ayudarle la noche anterior al recogerle en el bar tras la borrachera del siglo, pero nada más. No aceptaba nada más de todo lo que le insinuó. ¡Él era humano! No un maldito lobo que se uniera para siempre a otra persona aunque no la conociera de nada. ¿Cómo podía ser posible? Siempre se lo preguntó pero nunca se atrevió a decirlo en alto. Estuvo tentado a preguntárselo a Kenneth pero, al final, al verle tan feliz junto a su gatita, obvió sus dudas y solo podía felicitarle por su buena suerte.

No llegó a la puerta; sintió cómo le agarraban del brazo y le daban la vuelta. Se quedó sin aire y estuvo a punto de desmayarse cuando le ocurrió lo que nunca esperó vivir en su vida.

Un beso.

¡Un hombre le estaba besando!

Y no un beso cualquiera, no. Le devoraba, literalmente, mordiéndole los labios magullados para que los entreabriera, asaltándole con su lengua, sin darle tregua a respirar, a reaccionar. Se quedó quieto, sin saber cómo reaccionar, en *shock* al notar cómo su cuerpo se dejó llevar, cómo su lengua fue al encuentro de la otra, luchando por el control, gimiendo al sentir cómo el otro le apretaba contra el pecho, le estrujaba con fuerza el brazo impidiéndole moverse.

No supo cuánto tiempo pasó desde que le asaltaran con el beso y su mente hizo *click*, reaccionando finalmente. De un empujón le apartó, para luego asestarle un puñetazo en la cara que le hizo experimentar una sensación agri dulce, entre placer y odio hacia sí mismo.

—Joder —siseó dolorido Donovan dando un paso hacia atrás y tapándose la nariz con las manos, notando el amargo sabor de su sangre. Ese puñetazo le había roto el tabique, seguro; por suerte, los cambiantes se curaban en apenas unos minutos.

—Por gilipollas, te mereces esto y mucho más —gritó Luke saliendo del cuarto sin mirar atrás, aunque por dentro se moría por hacerlo.

Quería pedirle disculpas, él no era un hombre agresivo y aunque le jodía admitirlo, también había participado activamente en el beso. No podía negarlo, se agarró al otro como si fuera su salvavidas en medio del mar, buscando sus labios y respondiendo a cada juego, a cada caricia, a cada mordisco.

Cuando salió del cuarto se topó con dos hombres con pintas de guardaespaldas. Intentó pasar pero estos al oler la sangre del *alpha* le detuvieron lanzándose encima de él, haciéndole una llave que lo dejó tirado en el suelo con un mastodonte apretándole la espalda con una de las rodillas y el otro muy cerca, atento a cada uno de sus movimientos.

—¡Suéltame, cabrón! No he hecho nada malo, solo quiero irme a mi casa.

—Quieto humano o acabaremos contigo, has agredido a nuestro *alpha* y esa acción se paga con la muerte.

Mierda, coño, joder, y todas las palabras malsonantes que podía enumerar en esos momentos. Ya no quería saber nada de Kenneth, de su maldito y alocado mundo de cambiantes, de chuchos, de gatos, de... vete tú a saber que razas más. En cuanto se alejara del hotel se iría muy lejos, de vacaciones, para olvidar... aunque primero tuviera que asegurarse un lugar donde dejar a la vieja de su gata pues no quería cargar con la culpa de haberla abandonado.

«¿Y no estarás huyendo por responder físicamente a un hombre? ¿Por ponerte palote con un simple beso? ¿Por experimentar un fuego que amenazaba con abrasarte? ¿No? ¿Sí? ¿Tal vez?».

Valeee, no quería responder. Se negaba a dar una respuesta a la traicionera voz de su

conciencia.

Por suerte para él, o por desgracia, según lo mirara, una voz interrumpió sus pensamientos y le devolvió de golpe a la realidad.

—¡Soltadle, ahora mismo! ¿Cómo os atrevéis a tocar a mi compañero?

Y daleee, que no era el compañero de nadie. Y joder, merecería ser golpeado y mucho más por emocionarse ante esas palabras, por sentir maripositas en el estómago como una maldita adolescente hormonal y enamoradiza a la que se le caían las bragas al ser defendida por el príncipe azul de sus sueños.

En este caso por el malvado lobo feroz que consiguió con su orden y unos cuantos gruñidos amenazantes que lo liberaran y le ayudaran a levantarse del suelo. Eso sí, su orgullo quedó tirado en aquella mullida alfombra que cubría el pasillo del hotel cuando todas las miradas de los presentes se posaron sobre él, o más bien, sobre una parte de su anatomía que había crecido sin permiso y sin importarle una mierda lo que pensara, marcando paquete.

¿Qué hacer cuándo estabas palote frente a tres hombres que te miraban fijamente? ¿Frente al maldito lobo que conseguía tirar por tierra toda tu vida con solo un beso, al escuchar su voz?

Cubrirse sus partes con las manos y fulminar con la mirada a los hombres, dispuesto a repartir hostias si se atrevían a comentar algo de ese “incidente”.

Los guardaespaldas se mostraron nerviosos, evitando mirarle a la cara.

«Eso cabrones, es vuestra culpa por no dejarme ir. Quiero alejarme de esta locura. Coño, necesito recuperar mi cordura, centrarme. No puedo estar... perdiendo la cabeza por otro hombre. ¿Qué me hizo para que me sienta así? ¿Atado a él? ¿Reaccionando a su voz, a su roce, a su beso?».

Respuesta: ese *uga uga* de los chuchos debía de ser real y le había golpeado de lleno.

«¿Y con qué cara aparezco ante mi familia si ellos querían que me casara con Amanda y formara una feliz y numerosa familia para continuar con la saga de los Johnson?».

Ya podía ver la escena en su mente...

«Papá, mamá, hermanita, cuñado del demonio, os presento a... ».

No. No. No.

¿Pero qué cojones le pasaba? Fuera pensamientos, tenía que dejar la mente en blanco. ¿Cómo podía estar ahora pensando en el día en que lo presentara ante su familia?

—No soy tu compañero —respondió de mala gana, más enfadado consigo mismo por la lucha interna que estaba experimentando, pero nunca lo iba a reconocer.

Donovan suspiró. Iba a ser más difícil de lo que creyó en un principio. No lamentaba que Luke no fuera cambiante, no podía; lo aceptaba tal y cómo era, pero de haberlo sido habría sido todo más

fácil, habría aceptado y experimentado el lazo que los unía desde el momento en que lo reclamó y lo marcó.

Miró a sus hombres y les dijo:

—Dejadnos solos. —Estos no tardaron en cumplir su orden, cerrando la puerta del cuarto con cuidado al entrar, abandonando el pasillo en el que se hizo un tenso silencio.

En cuanto se quedó a solas con su compañero dio un paso hacia delante acercándose a él pero se detuvo al ver cómo este retrocedía. No iba a presionarle. Poco a poco, Luke lo valía. Tenía todo el futuro para convencerle, para mostrarle que su amor era sincero, para descubrir lo que tenían en común y amarle por sus diferencias y defectos. Llevaba toda la vida esperándole, no iba a perderle por presionarle.

Alzó los brazos en son de paz mostrando las palmas de las manos y comenzó:

—Luke, se que puede ser difícil para un humano comprenderlo pero eres mi compañero. — Al ver que este iba a protestar de nuevo le interrumpió con un gesto y continuó—. No sabemos muy bien de donde vienen estos enlaces mágicos pero son venerados por mi raza. No todos los cambiantes tienen la fortuna de encontrar a su otra mitad y...

—Pues vaya fortuna, me ha tocado el premio gordo, ¡yuhu!—farfulló por lo bajo el otro, cruzándose de brazos.

Donovan suspiró hondo y soltó el aire con calma.

«Paciencia. Es tu compañero. Paciencia».

—Sí, es un regalo encontrar a tu otra mitad, a quien iluminará tu vida y...

—¿Acaso me crees un *gusiluz*? ¿Soy fosforito y ahora resulta que brillo en la oscuridad y no lo sabía?

«Paciencia es tú... ».

—Ya lo que me faltaba escuchar, que soy como una bombilla para los bichos y...

Al final explotó y se abalanzó sobre él, una vez más, acallándolo con un beso, apretándolo contra su cuerpo, luchando contra las terribles ganas de marcarle, de arrancarle la ropa en ese maldito pasillo y hundirse en su interior hasta que explotara y aceptara de una puta vez que era su compañero.

Esta vez Luke se resistió pero fue inútil, el otro hombre era más fuerte y lo que le provocaba ese beso era demasiado tentador, un fruto prohibido que estaba degustando lentamente y haciéndose adicto a él. Y si era sincero consigo mismo, tampoco era que se resistiera mucho, la verdad... era que le gustó, y si se removió era por su orgullo, porque no quería admitir que el destino le había dado una patada en los cojones al convertirle en el compañero de un lobo.

Este, mientras tanto, gruñía satisfecho al volver a probar el sabor de su compañero, ahogando la

voz de la razón que le gritaba Donovan para que se detuviera, que no era el momento de reclamar sexualmente a su compañero, no solo porque estaban en medio del pasillo del hotel y cualquiera podían interrumpirlos si no porque Luke era humano y nunca entendería la urgente necesidad que le poseía cuando estaba cerca de él.

Pero razonar cuando sentía el atlético cuerpo del policía restregándose contra él, evidenciando que estaba “más que dispuesto” a un asalto, no ayudaba nada. Joder, estaba a un paso de jadear como un cachorro y correrse en sus pantalones.

El beso se tornó más fogoso, más necesitado como si no fuera suficiente probar los labios del otro, jugar con su lengua, ahogar los gemidos y conducirlos a una espiral de pura agonía que amenazaba con consumirlos.

Donovan fue el primero en reaccionar cuando comenzó a estorbar la ropa. Le sorprendió ver que había rasgado la camisa de su compañero dejando al descubierto su marcado torso y este le acabó destrozando la cara chaqueta de lana merino y cachemira de su traje.

Estaban desnudándose en medio del pasillo sin pensar en nada más que en follar, olvidándose del mundo que los rodeaba.

—Debemos detenernos —manifestó pese a que era lo que menos deseaba hacer, su lobo gruñó y aulló dentro de él amenazando con rasgarle la carne y mostrarse. Le llevó unos segundos calmarle y evitar transformarse a la vista de cualquiera, pero, sobre todo, de un excitado y confuso humano.

Este parpadeó un par de veces antes de mirarle fijamente a los ojos.

—¿Qué es lo que me pasa? ¿Por qué no puedo alejarme de ti? ¿Por qué...? —«Deseo follar contigo», murmuró para sus adentros, odiándose. Estaba confuso, tenía miedo, no sabía lo que le estaba pasando, cómo podía sentirse atraído por un hombre cuando siempre le gustaron las mujeres, cuando solo tuvo parejas femeninas a lo largo de su vida. ¡Si nunca le interesaron las pollas! ¿Cómo era posible que ahora estuviera a un paso de gemir y suplicar...? ¿Qué iba a suplicar? ¡Argh! No quería saberlo. ¿Qué le estaba pasando?

Donovan inhaló profundamente intoxicándose del picante aroma a sexo y necesidad que los cubría a los dos, era adictivo y se le hacía la boca agua, pero no iba a dejarse llevar por la cruda necesidad que le aullaba el lobo muy dentro de él.

—Porque somos compañeros, porque pese a que no lo quieras reconocer eres la luz en mi oscuridad, mi otra mitad del alma, llevo toda la vida buscándote y, es una alegría que no puedo describir, el haberte encontrado.

Luke negó con cada palabra. No quería creerlo, no quería escucharlo.

—¿Por qué yo?

—¿Y por qué no? —declaró Donovan, devolviéndole la pregunta, devorándole con los ojos, ansiando que reconociera de una vez la mágica conexión que los uniría hasta la muerte.

—Porque soy hombre —susurró Luke mirando a su alrededor, sorprendiéndose y avergonzándose al ver que estaba medio desnudo.

Donovan se rio en alto, negando con la cabeza. Si era eso lo que le preocupaba se sentía aliviado, temía que odiara estar unido a un *lycan*, a un cambiante con la capacidad de transformarse en lobo.

—¡No te rías, joder! ¡No soy homosexual! ¡No me van los hombres!

El *alpha* dejó de reír y le respondió, con voz firme, mirando al otro directamente a los ojos:

—Yo tampoco he mantenido una relación con otro hombre, mis amantes hasta la fecha han sido mujeres, pero la unión entre compañeros nada tiene que ver con el sexo, es una unión de almas. Tanto mi lobo como yo nos sentimos completos al tenerte en nuestra vida, no tienes ni idea de la emoción que sentimos cuando te encontramos, cómo...

Luke se removió incómodo, cruzándose de brazos, buscando una protección que no sentía al estar tan cerca de un hombre que lo trastornaba, que le provocaba miles de sensaciones y sentimientos contradictorios que nunca antes experimentó.

—¿Así que solo te sientes atraído por mí por esa unión mágica? Perfecto. ¡Qué suerte la mía!

Donovan dio un paso hacia delante, invadiendo el espacio personal de su compañero. Le acarició la mejilla con suavidad, satisfecho al ver que este no se retiraba ni hacía movimiento alguno para apartarle la mano.

—¿Qué importa realmente cómo comienza una relación? ¿Acaso no has salido con una mujer porque te gustaba su culo? ¿O por sus tetas? En nuestro caso, sabrás que nunca podré abandonarte, que nunca desearé hacerlo, ni engañarte, viviré gracias a tu luz y agradeceré cada día al destino el haberme dado la oportunidad de conocerte. Porque, Luke, deseo conocerte y que me conozcas, tener la oportunidad de ver si esta unión entre nosotros puede ser el inicio de algo grande. ¿Realmente es tan importante que seamos los dos hombres cuando lo que importa es lo que escondes aquí? —Movié la mano desde la mejilla hasta posarla sobre el corazón, rozándole el pecho, percibiendo el furioso aleteo de sus palpitaciones al estar en contacto piel con piel. Tuvo que luchar contra el anhelo de continuar lo que allí comenzaron, pero era necesario que su compañero entendiera lo que le ofrecía, que sin él... Moriría. Si lo rechazaba... no podría soportarlo. Se convertiría en un muerto en vida, atormentado por los recuerdos y por la dolorosa verdad: el rechazo del hombre que el destino le puso en su camino.

Mientras Donovan luchaba contra sus sentimientos, Luke no sabía qué responderle, estaba confuso. Toda su vida se quebraba ante él, lo que le inculcaron sus padres, lo que aprendió en el instituto, en la Academia de policía... todo se rompía a causa de un lobo que no iba a permitirle un

minuto de respiro, que lucharía a muerte contra el destino si fuera necesario para mantenerlo a su lado.

—Yo... —Negó con la cabeza, no podía responderle, no ahora, no cuando toda su existencia se estaba evaporando ante sus ojos. No solo por ser parte de ese *uga uga* mágico de los lobos que le resultaba tan extraño al ser humano, era... todo. ¡Un hombre! Su familia... no lo iba a aceptar. Lo sabía.

—No hace falta que me respondas en este momento, Luke, tenemos toda la vida para conocernos, para ver si estamos realmente destinados a estar juntos. —Él no iba a dejar de luchar por el amor de su compañero, moriría antes que dejarle marchar. Pero sí que le iba a dar tiempo, lo necesitaba, ambos lo necesitaban y como dice el refrán: lo bueno se hace esperar, sobre todo, si venía de la mano de un ardiente policía que le volvía loco.

Luke se removió incómodo al notar cómo reaccionaba “positivamente” ante las suaves caricias que le estaba prodigando el lobo en el pecho.

¿Qué pasó con el Luke que se negaba a dejarse a abrazar por Kenneth? ¿Con el que se alejaba enfadado cuando le echaban en cara la “extraña” relación de Spock y Jim Kirk, sus ídolos de Star Trek? ¿Qué gritaba que no era homosexual cuando sus primos se burlaban de él cuando le obligaban a vestir el traje de Luke Skywalker y realizar la escena de “Luke, Luke, soy tu padre...” asegurándole que le quedaba muuy bien las mallas negras?

No lo sabía. No tenía ni puta idea de dónde estaba ese Luke, pues el actual temía las reacciones de su cuerpo, a la cruda realidad de que era incapaz de negarle nada al lobo que le devoraba con los ojos, que le trataba como si fuera lo más valioso de su vida.

Hacía apenas un mes que su ex novia le dijera que no, que no se casaba con él, echándole del piso que compartían y dejándole de regalo una maleta de recuerdos y rencores junto a una gata vieja.

Un mes de alcohol, con una baja médica que le impedía regresar a la rutina de su trabajo como policía y amargándose cada vez que veía la felicidad conyugal de su amigo Kenneth. Le jodió que el que iba a ser el padrino de su boda al final fue el que se casó con la gata que conoció una tarde de patrulla. Le jodía, lo reconocía, le carcomían por dentro los celos como un veneno que se metía muy dentro de él sumergiéndole más en el rencor y el deseo autodestructivo de mandar a la mierda al mundo. Pero también se alegraba por él, era un buen amigo y un gran policía que merecía ser feliz y, por tanto, le apoyó en todo, en la precipitada boda, ayudándole con las invitaciones, con el coñazo de elegir el menú... convirtiéndose en el famoso Tarzán por las redes sociales cambiantes al pillar la primera cogorza de su vida.

Y ahora... tenía a sus espaldas un mes que deseaba olvidar y un futuro incierto que se presentaba ante él de la mano de un hombre al que no conocía pero, el cual, le juraba amor eterno

Envidiaba a Kenneth, siempre deseó lo que él compartía con su gata y creyó encontrar con

Amanda, pero la vida le mostró que no era la mujer de su destino... ¿tal vez porque le tenía deparado un lobo feroz?

Quién sabe.

La pregunta a la que aún no tenía respuesta por temor era: ¿se atrevería a abrazar lo que la vida le ofrecía? ¿La oportunidad que le tendía el lobo?

Estaba nervioso, con el corazón palpitando a un paso del infarto, pero tenía que dejar las cosas claras, por su bien, por el bien de los dos.

—No lo sé, no tengo ni idea si aceptaré algún día esto que dices que nos une, yo... me cuesta visualizar mi futuro al lado de un hombre, yo...

Donovan negó con la cabeza, estirando un brazo y robándole otra caricia. Su lobo no podía evitar desear más contacto, intoxicarse de la presencia del otro.

—De un hombre, no, de tu compañero, quien aprenderá a cuidarte, a valorarte, a quererte, si es necesario te regalaré rosas cada día hasta que aceptes tener conmigo una cita, o...

Luke se rio ante la visión de aquello. ¿Rosas? ¿De verdad? Y lo próximo, ¿qué sería? ¿Mariachis al pie de la ventana del motel cutre en el que él se hospedaba?

—Mejor que no porque soy alérgico a las rosas, en primavera no paro de estornudar y tengo que tomar medicación.

Donovan compartió su sonrisa, disfrutando del momento. Adoraba verle sonreír, reír de aquella manera sin la pesada carga que se percibía en sus atormentados pero hermosos ojos. Su compañero era como un libro abierto en el que podía leer el desamor, las dudas, el anhelo, la necesidad de un amor que rompiera el tiempo, que venciera a la muerte con la promesa de reencontrarse en la otra vida.

—Tomo nota, Luke, nada de rosas, ¿entonces qué te gustaría que te regalara en cada una de nuestras citas?

El humano se carcajeó y negó con la cabeza, al menos no le dijo que no iban a tener ni una cita. Le notaba cada vez más abierto, más receptivo a la unión mágica que enlazó sus almas y esperaba que cuando la luna llena brillara en lo alto del cielo estrellado dentro de dos semanas aproximadamente pudieran compartir... algo más que una charla, o se vería obligado a encerrarse en uno de los calabozos de castigo de su mansión para evitar que el lobo acudiera junto a su compañero y lo reclamara.

—Ummm, eso tendrás que averiguarlo por ti mismo, no te voy a poner las cosas fáciles, ¿sabes?

—Deduzco que me darás una oportunidad, que nos darás una oportunidad, ¿no?

Luke asintió con la cabeza, mostrándose avergonzado, a su edad y avergonzarse como una colegiala... ver para creer.

—Perfecto. —La deslumbrante sonrisa de Donovan provocó otro vuelo de mariposas en el

estómago de Luke—. Te mostraré tu cuarto y...

—¿Mi cuarto? —preguntó Luke siguiendo de cerca al lobo que se dirigía a pasos rápidos hacia la puerta de al lado, la que estaba a unos metros de la que había salido precipitadamente dispuesto a partirle la cara a quien se le cruzara en su camino—. ¿Pero si tengo alquilado uno en...?

—En un motel que no es apto para el compañero del *alpha*, así que he decidido...

—¿Decidido? —repitió Luke sin poder creérselo, siendo testigo de cómo el lobo abría la puerta tecleando un código en el comando de seguridad, haciéndole un gesto para que entrara antes que él.

—Sí, decidido, eres mi compañero y, como tal, tendrás siempre lo mejor y eso es...

—¡Joder, qué nivel! —bramó Luke silbando al ver el lujo que se veía en la alcoba. Se parecía a la que abandonó tras despertar y encontrarse cara a cara con el mayordomo del infierno, pero en lugar de tonos dorados esta era más sobria con tonalidades grises y blancas. Estuvo a punto de tener otro infarto; si, era el día de los infartos por lo que se veía, al ver unas cajas que reconoció—. ¡Coño! ¿Esas no son mis cosas? ¡Me has robado! —Se acercó a la primera y la abrió comprobando que era su ropa de deporte junto a las mancuernas que compró para entrenar en casa—. ¿Qué has hecho con mi gata?

Donovan se encogió de hombros.

—No te he robado nada, es mi deber como tu compañero asegurarme que tengas lo mejor y tu gata está en el veterinario en estos momentos para una revisión, te la devolverán esta tarde. Pero ahora... ¿Qué te parece si desayunamos? Estoy... ummm. —Miró a Luke de arriba abajo sonriendo con picardía, antes de continuar—... Hambriento.

Luke tragó con dificultad y asintió con un gesto, sin poder articular palabra.

—Perfecto, nuestra primera cita será un desayuno...

Ok, momento para violines y pétalos de... no, rosas mejor no que era alérgico... el romance se percibía en el ambiente, ¿no veis cuánto azúcar hay en el aire?, pero sin duda sería un momento que recordaría el resto de su vida.

CAPÍTULO 7



Días después

En la suite principal del hotel Majestic

—¿Estás bien?

Luke agarró el móvil y caminó hacia el sofá. Se sentó, recostándose sobre los grandes cojines y soltó el aire que no tenía ni idea de que estaba conteniendo.

—Sí, estoy bien.

—Lo dices en serio ¿o necesitas que te vaya a rescatar?

—¡Cómo si pudieras! —se burló Luke, resoplando—. Donovan no te lo permitiría.

Se hizo un silencio que duró apenas unos segundos y cuando su amigo volvió a hablar, le sorprendió al decir:

—¡Oh! Ahora es Donovan, ¡eh! Veo que lo estás aceptando finalmente. Recuerdo la primera vez que me llamaste, no dejaste de criticar al *alpha*. Estuviste dos horas despotricando contra él.

Luke se pasó la mano por los cabellos, revolviéndolos, un gesto que hacía cuando estaba nervioso. Observó la habitación, reconociendo que había llegado el momento de recoger sus cosas, sobre todo los comics y los libros que se veían desperdigados por las sillas y la mesa del salón de la *suite*. En cada rincón de aquella gran estancia encontraba algo que le pertenecía y le hacía sentir... como en casa, pero no estaba preparado para confesarlo en alto. Respiró hondo antes de responder al hombre que permanecía al teléfono:

—Bueno, sí, tienes razón. Ese no fue uno de mis mejores días. Pero es que Donovan no deja de darme órdenes. Haz esto, haz aquello... ¡No soy un maldito muñeco! Y por más que insista no pienso hacerle caso si creo que no lleva razón.

Kenneth acabó carcajeándose de su amigo. Este llevaba quince días junto a su inesperado

compañero, algo que... personalmente aún le costaba asimilar, pero no podía negar que Luke había cambiado en ese tiempo. Y un cambio para bien. Tras todos esos días junto a su compañero ya no quedaba nada del amargado hombre que se refugiaba en el alcohol y no dejaba de maldecir a su ex por haberle dejado. Volvía a ser... el Luke de siempre, el hombre alegre, de gran corazón que se convirtió en su mejor amigo en la Academia y en su hermano pese a no compartir sangre cuando lo aceptó pese a ser un lobo.

Conocía bien la fuerza del enlace mágico entre cambiantes y le sorprendió que pudiera suceder entre un *lycan* y un humano. No conocía ningún otro caso parecido y eso que preguntó a todos sus conocidos. Pero Luke le había demostrado que era más que posible y el pobre... seguía cada día contra las emociones y sensaciones que le hacía sentir aquella unión. Por más que le indicó que era imposible no dejarse llevar por las emociones que confería el enlace... el humano seguía luchando en vano, perdiendo en cada batalla contra sus sentimientos.

Estaba feliz por él pero... también preocupado. No quería que sufriera.

Kenneth acabó respondiendo tras unos segundos sumergidos en sus pensamientos:

—Es un *alpha*, está en su sangre lanzar órdenes. Está acostumbrado a...

—¡Ya, lo que quieras! Pero no soy uno de sus lobos y no pienso arrodillarme ante él y...

Kenneth se sorprendió ante el silencio que se formó tras esas palabras, pero se contuvo de preguntar por mucho que se muriera de la curiosidad. Luke estaba muy susceptible desde que vivía con su compañero y no quería presionarle. Le conocía bien y sabía que cuando se sentía acorralado tendía a huir del problema, además... no podía hacer nada. En su mundo nadie se enfrentaba al líder a menos que quisieras luchar por el control de las manadas.

Y él... ni deseaba ser *alpha*, ni tenía los cojones para luchar contra Donovan Murray, todo el mundo conocía la peligrosidad de ese lobo.

Luke era su amigo, estaba dispuesto a ayudarlo en lo que pudiera y escucharle cuando necesitara hablar; pero ni loco, iba a interponerse entre su compañero y él. ¡No estaba trastornado! Todo *lycan* sabía que Luke era lo más preciado para el *alpha*, ya que este lo dejó muy claro en cada una de las reuniones que tuviera estos últimos quince días. Donovan protegía a su compañero con ferocidad, de cada comentario malintencionado, cada mirada, cada amenaza de muerte que llegaba. Sus enemigos no perdieron tiempo y dibujaron una diana sobre la cabeza del humano desde el minuto en que se corrió la voz de que el temido Murray había encontrado a su compañero.

Nada de esto se lo contó a Luke, ¿para qué preocuparle? Bastante tenía encima con sus problemas emocionales, no quería alertarlo con las tensiones internas en el mundo cambiante y que estaba seguro de que Donovan podría solventarlas sin problema. Es más, le constaba que ya habían caído dos de los lobos que se atrevieron a amenazar de muerte a Luke. Sus muertes no fueron rápidas ni piadosas, sus cuerpos fueron encontrados en el interior del bosque, destrozados

a mordiscos. Las malas lenguas decían que fue el propio Donovan quien los cazó en su forma animal y los mató como un mensaje muy claro: nadie amenaza a mi compañero.

—¿Sigues ahí?

Se escuchó un carraspeo antes de que le respondieran:

—Sí, Kenneth, sigo aquí. No puedo seguir hablando contigo, yo... te llamo mañana, ¿ok?

—De acuerdo, no hay problema. Cuídate mucho.

—Igual, mándale saludos a tu mujer de mi parte.

Y sin decir nada más le cortó la llamada. No podía seguir hablando con Kenneth.

Luke cerró los ojos y se echó hacia atrás, notando cómo el corazón le latía furioso en el pecho.

«No pienso arrodillarme ante él, no pienso...», una y otra vez escuchó sus palabras en su mente, notando cómo su cuerpo reaccionaba ante los recuerdos que le llegaron de golpe mientras conversaba con Kenneth.

Recordó lo que sucedió hacía dos noches... como... acabó de rodillas... atendiendo a Donovan.

Sí, ese día, definitivamente, se volvió loco y todo por culpa de ese lobo que no dejaba de obsequiarle regalos, que le miraba de una manera que sentía que le acariciaba sin necesidad de tocarle, que cada vez que lo besaba le hacía sentir un fuego interior que lo consumía y amenazaba con lanzarlo al abismo, que...

Día a día, con mucha paciencia estaba metiéndose bajo su piel, alcanzando su corazón y poblando sus sueños.

No podía negarlo por mucho que quisiera hacerlo pero... ya no podía alejarse de él, no era capaz de imaginarse una vida alejado de... su *alpha*.

Donovan había conseguido que se olvidara de sus prejuicios, que admitiera lo que su cuerpo le estaba indicando, el deseo que explotaba en su interior, el calor que emanaba de cada una de sus caricias, de cada alabo, de cada sonrisa, de cada mirada...

Ese maldito lobo había batallado y ganado la guerra contra su desconfianza y su miedo; pero no estaba... dispuesto a reconocerlo, aún no.

Pero hacía dos días... acabó lamiéndole, acariciándole, primero de una manera muy tímida, dudando de lo que le estaba haciendo, ya que siempre se lo hicieron a él pero nunca en su vida pensó en tener una polla en sus manos y menos en su boca.

Cuando se arrodilló ante el lobo y le bajó la cremallera, liberándole, creía que le iba a dar asco o sentiría rechazo pero fue contemplar su gran erección y sentir una urgente necesidad de chuparle, lamerle y ser el causante de que ese gran lobo perdiera el control sobre su cuerpo.

Lo consiguió. ¡Claro que lo consiguió!

Donovan luchó contra las ganas de moverse, se mantuvo quieto, mirándole como si no creyera lo que estaba viviendo. Pudo ver adoración en sus ojos junto a un amor tan grande que lo consumía todo, sobre todo, el miedo.

En el momento en que lo acogió en su boca, se olvidó del mundo, solo estaban Donovan y él y, en esos momentos, su lobo merecía recibir el mayor regalo que podría darle en esos instantes.

Chupó, lamió, le raspó con los dientes, le acarició como a él le gustaba acariciarse a sí mismo comprobando que al otro hombre le volvía loco que fuera lento... y luego aumentara el ritmo para volver a detenerse dejándole ante el abismo pero sin permitirle que se lanzara al vacío. Sonrió internamente al escuchar sus gemidos roncós, al ver cómo luchaba contra su propio cuerpo para soportar aquella deliciosa tortura, cómo cerraba los ojos y apretaba los puños para no sujetarle de la cabeza.

No pudo aguantar mucho tiempo.

Se corrió en su boca, aullando de placer.

Luke sonrió al recordar cómo después de beber su semilla, el lobo se apartó y se arrodilló ante él para darle un beso que le dejó sin aliento, antes de devolverle el favor provocándole el mejor orgasmo que sintió en su vida.

Abrió los ojos y miró a su alrededor. Aún permanecía en el hotel, un lugar al que había comenzado a llamar suyo, en el que se acostumbró pese a que apenas salía de allí ante el temor de Donovan de que sus enemigos le atacaran.

No le importaba. En algún momento tendría que volver a su vida, recuperar su trabajo y hablar con su familia pero... mientras, quería disfrutar de aquella burbuja de felicidad en la que solo estaban su lobo, él y... su gata.

Sí, esa vieja gata que adoraba hasta el suelo que pisaba el *alpha*.

Los perros y los gatos se llevan mal. ¡Falso! Su gata así lo desmentía. Amaba con pasión a Donovan y...

«Reconócelo, hasta sientes celos cada vez que él la acaricia», reconoció, sintiendo vergüenza de ese sentimiento.

Pero no podía evitarlo. Al lado de ese hombre estaba descubriendo lo que era el amor y no quería que nada ni nadie se interpusieran.

—Luke, ¿dónde estás?

Este se levantó al escuchar la voz del dueño de sus pensamientos. Se puso más nervioso de lo que ya estaba y notó cómo su cuerpo reaccionaba a esa voz, a los recuerdos que le inundaron la mente, al anhelo de volver a verle, de...

Negó con la cabeza y se cruzó de brazos, luchando por alejar la ardiente necesidad de volver a sentir a aquel lobo... piel con piel. Intentó que no se le notara que estaba deseando verlo, que le añoraba cuando estaban lejos, que sentía la necesidad de estar a su lado, protegiéndole, asegurándose que no le pasara nada.

No quería que el lobo supiera... que comenzaba a amarlo... que...

Le amaba, ¡coño!

Pero no se lo iba a confesar. Aún no...

Quería que luchara un poquito más por él.

Sonrió cuando le vio entrar en el salón y avanzó a su encuentro, olvidándose la intención de que no se le notara que estaba deseando verlo, que le añoraba tanto que le dolía.

«No tengo ni puta idea de lo que nos deparará el futuro pero... quiero vivir el resto de mi vida a tu lado», murmuró en su mente antes de ser devorado por el lobo, quien le besó con una intensidad que provocó que el tiempo se detuviera y el mundo dejara de importar mientras estuviera en brazos de ese hombre.

En brazos de Donovan Murray el temido *alpha*, el único dueño de su corazón.

CAPÍTULO 8



Un mes después

—**J**oder, si no lo veo no lo creo.

—¿Qué sucede Kenneth?

Este se giró y le señaló una pareja que se veía a lo lejos a su acompañante. Gabrielle se atragantó con el refresco que estaba tomando y comenzó a toser, escupiendo el burbujeante líquido.

—¿Ese no es...?

—Sí, es Luke con el *alpha* de las manadas *lycans*.

Gabrielle abrió muchísimo los ojos sin poder dar crédito a lo que estaba presenciando. ¿Esa pareja cogida de la mano era el amigo humano de su compañero junto a un *lycan*?

—¿Desde cuándo Luke toma drogas alucinógenas? Nunca lo he visto tan feliz.

Kenneth rompió a reír negando con la cabeza, abrazando a su mujer, una cambiante pantera que era el amor de su vida.

—Desde que cayó en las redes del amor con Donovan, o como él lo llama “mi lobo”. Pero no me lo creía, cuando me hablaba de él... —Negó con la cabeza, buscando en sus recuerdos todo lo que pasó, desde el vídeo que le envió su cuñado del marcaje en el bar, a la extraña llamada de Luke indicándole que se había trasladado a vivir al mejor hotel de la ciudad y que le había pasado algo que le iba a hacer “alucinar”, hasta la visualización de un vídeo que le pasó por WhatsApp su primo Liam que aún le provocaba pesadillas la sola mención del mismo por el alto contenido erótico—. Creí que era algo más...

—Vamos que no creías que llegara el día en que tu amigo hetero se pusiera a cuatro patas y

dejara que le montara un lobo, ¿no?

Esta vez el que estuvo a punto de morir atragantado de la conmoción era él ante las rudas palabras de su esposa.

—Dios, necesito lejía para mis ojos o nunca podré mirar a la cara a Luke. Avísame otra vez cuando quieras quedarte viuda, porque casi me provocas un infarto.

Gabrielle se rio disfrutando al ver a su marido avergonzado y ruborizado. Por esa imagen bien merecía el humano uno de esos juguetes de “coleccionista” de regalo de la saga de ficción que tanto le gustaba, aunque para ella eran trastos que compraban los frikis que se quedaron anclados en una edad mental de unos seis años.

—¡No! ¡Eso no debía estar permitido! —exclamó Kenneth mirando fijamente de nuevo a la pareja que estaba esperando en la fila de la Convención que se iba a llevar a cabo a unos metros de ellos.

—¿El qué? Si solo es un beso.

Kenneth miró a su vez a su mujer y a su amigo, alternando las miradas mostrando lo estupefacto que estaba.

—¿Solo un beso? Pero si están a un paso de arrancarse la ropa y... y...

—¿Tener sexo como conejos mientras esperan disfrazados de Spock y el capitán Kirk en la fila de los frikis que van a acudir a la Convención?

Kenneth negó con la cabeza, observando a su gatita con los ojos desorbitados.

—¿Desde cuándo eres fan de la serie Star Trek?

Gabrielle se encogió de hombros y respondió finalmente, confesando uno de sus secretos, que llevaba unas semanas ocultándolo a su marido

—Pues desde que Donovan, o el *alpha* como tú le llamas, telefoneó a casa para hablar contigo, pero como no estabas aproveché para interrogarle, porque y, aunque no lo parezca, considero a Luke mi amigo y no se lo iba a poner fácil a quien lo reclamara como pareja; así que, tras días hablando con ese hombre, le aconsejé que le regalara libros y cómics de la saga Star Trek, y míralos... Parece que funcionó. ¿Habrá hecho lo del tatuaje...? —murmuró esto último para sí misma sin ser consciente de que su marido la escuchó.

—¿Y cuándo me lo ibas a decir? ¿Y de qué tatuaje? ¿A qué te refieres?

—Te lo iba a decir en el mismo instante en que tú me enseñaras ese vídeo porno que grabaron los guardaespaldas de Donovan en el hotel y que se escucha como jadean y gritan los dos mientras tienen sexo. Te sugiero que se lo cuentes de una vez a Luke, que vuelve a ser famoso en la web cambiante o cuando se entere te cortará los huevos. Y lo del tatuaje es algo que le comenté a Donovan, que Luke al ser fan de Star Trek lo decía mucho, ¿cómo era la palabra? ¡Ah, sí! *Thy'la*.

—Ok, lo capto. No más secretos. —Gabrielle asintió conforme y le devolvió el abrazo, rozándole picantemente el culo con las manos antes de echarse a reír por lo vergonzoso que era su

lobo—. No intentes distraerme con tus trucos de mujer. ¿Qué es eso de tila?

Ella se echó a reír ante la extraña imitación que hizo de la pronunciación de *T'hy'la* y por lo nervioso que se mostró y solo porque ella le metió mano en público.

—¿Trucos de mujer? —repitió riéndose de él, antes de contarle la anécdota del tatuaje—. Tila de infusión, no. *T'hy'la*, la palabra vulcana para referirse a la unión que tienen Spock y Jim Kirk, que significa hermano, amigo y amante. Donovan me comentó que se lo iba a tatuar como muestra de su amor y...

—No más llamadas a mi *alpha*, no vuelvas a hablar con ese lobo —le gruñó Kenneth, mostrándole unos intensos ojos amarillos que la pusieron caliente.

—Solo si ahora nos largamos de aquí y regresamos a casa para follar. —Sabía que a su marido le gustaba que hablara sucio y lo aprovechaba.

Kenneth miró por última vez a Luke y negó con la cabeza, sonriendo internamente al verle tan feliz.

—Eso sí es amor —susurró al ver como el líder de las manadas hacía el saludo vulcano ante un enamorado Luke, quien le dio un beso que hizo enrojecer a más de uno,... y provocó que muchos de los que esperaban en la cola para la Convención de Star Trek, sacaran sus móviles para fotografiarles.

Después de todo, no todos los días se veía al comandante Spock devorando al capitán Kirk, sin miedo a exponer al mundo sus sentimientos.

El amor era lo que tenía. Hacía auténticos milagros. Y Luke sin duda os diría que el mayor de todos fue aparecer en medio del camino ante el gran lobo feroz.

EPÍLOGO



Dos horas después, en medio de la Convención

—No puedo aguantar más —masculló Donovan con voz enronquecida al ver como Luke posó para un grupo de frikis... perdón, *trekkies* que le sacaron varias fotografías. No era el único que admiraba lo bien que le quedaba el uniforme de capitán de la Flota Estelar. El amarillo conseguía que los ojos azules de su compañero destacaran muchísimo, como dos gemas preciosas capaces de deslumbrar.

Por el bien de la relación mantenía a su lobo a raya en los momentos en que los celos le cegaban, porque a su compañero le disgustaba ser tratado como si fuera algo frágil que pudiera romperse nada más rozarlo. Pero... ¿por qué debía aceptar las miradas lascivas de los asistentes a la Convención? ¿Sus insinuaciones que por suerte su despistado amante no se enteraba de ellas?

Al ver a otro grupo de humanos acercándose a su compañero con los móviles en la mano, Donovan tomó una decisión.

No más sonrisas falsas ni aguantar a esos lascivos imbéciles que lo único que merecían era que los destripase con sus garras por atreverse a mirar a su amante.

—¿Qué puedo hacer por...?

Luke no pudo terminar la frase al ser arrastrado por un decidido y cabreado lobo que lo apartó del grupo de jóvenes agarrándole del brazo y caminando con pasos rápidos en dirección contraria.

—¿Qué pasa? ¿A dónde vamos?

No obtuvo respuesta. Luke lo miró con curiosidad y sorpresa grabadas en el rostro. ¿Ahora qué sucedía? Creía que se lo estaba pasando bien, ya que quien ideó esa escapada fue el propio Donovan, quien le sorprendió al comunicarle que había conseguido dos entradas para la Convención más importante para los *trekkies*. Llevaba un mes con él y no había un solo día en que no le sorprendiera, tanto con los regalos que siempre le entregaba cuando quedaban como por lo que había conseguido: enamorarlo completamente.

Quien le iba a decir que caería en las garras del amor de un lobo, sin importarle que su familia le dejara de hablar, que su hermana Leia le gritara y le insultara por teléfono llamándolo degenerado y enfermo.

Era feliz. Gracias a su lobo sentía que el amor era algo real, que lo hacía sentir especial, que conseguía que fuera mejor con tal de ver el orgullo brillar en los ojos de su compañero.

Muchos decían que la familia te la imponía la vida y a los amigos los elegías, esto era verdad.

Él perdió a su familia al entregarse por completo al hombre de su vida, pero consiguió, a cambio, un amor que nada ni nadie quebraría y una gran manada que moriría por él.

Las primeras veces que le acompañó a las reuniones de la manada se murió de vergüenza, pero al final el policía que llevaba dentro hizo acto de presencia participando activamente en las discusiones, sobre todo, cuando tocaban temas que bordeaban lo legal.

Sí, definitivamente era feliz.

Y en esos momentos era un tonto al que se le iba los ojos por lo bien que le quedaba el pantalón negro a su Spock y lamentaba no estar cerca del hotel donde se hospedaban para cumplir una de sus mayores fantasías: liarse con el mejor comandante y oficial científico de la Flota Estelar.

—Entra.

La voz de Donovan le devolvió al presente y se sorprendió al ver donde estaban.

Miró a su alrededor. La Convención reunía a miles de *trekkies* que vivían con pasión los valores y aventuras de la mejor saga de ciencia ficción de la historia y a esas horas de la tarde el pabellón estaba a rebosar. Sabía que era un peligro para el *alpha* estar entre tantas personas, supuestamente, desprotegido porque no le iban a engañar ya que había identificado a varios *Klingons* como los guardaespaldas que siempre le acompañaban a todos lados; pero una vez más su pareja le había sorprendido al aceptar llevarle a ese lugar para que se divirtiera un rato y pudiera conocer a los actores de la serie.

—¿Has visto que estamos en peligro?

Donovan negó con la cabeza y simplemente le repitió, señalando con un gesto que obedeciera de una vez:

—Entra.

Ok, estaba en modo “lobo feroz, yo ordeno, tú obedeces”, así que lo mejor era hacerle caso o no habría quien lo soportara luego.

—Bien, como digas, pero ya me puedes explicar porqué es de urgencia entrar en los baños y...

Un beso acalló sus palabras y jadeó al sentir cómo le empujaba contra la puerta del baño.

—¿Pero qué te pasa? —consiguió mascullar entre beso y beso, mientras contenía los gemidos de placer al sentir las rudas caricias por encima de la ropa que le prodigaba su lobo sin dejar de devorarle la boca.

—Follar.

Una única palabra, y el mundo se rompía a sus pies.

Una única palabra y su pequeño amiguito crecía deseando atenciones.

Una única palabra y esta vez fue él quien empujó a su Spock hasta uno de los servicios, cerrando la puerta con llave para no ser interrumpidos, para que nadie más le pudiesen ver. Odiaba ser celoso pero no soportaba la idea de que otros hombres o mujeres vieran a su compañero desnudo, ya tenía bastante que soportar cuando Donovan salía cada luna llena a correr con la manada en los bosques. Odiaba saber que se desnudaba frente a sus hombres de confianza para no destrozar la ropa al transformarse.

Donovan era suyo y nada más tenía el derecho de ver el espléndido cuerpo de su lobo.

Los besos se tornaron necesitados, cargados de pasión, de puro fuego que ansiaba consumirlos.

Lo quería todo y lo quería ya, que se desnudara, que siguiera acariciándole como él solo sabía hacer, que...

—Date la vuelta.

¡Oh, sí!

Eso también.

Que le tomara como el lobo que era.

Donovan entrecerró los ojos al ver que no le obedecía y sin perder ni un segundo más, pues estaba a un paso de estallar, le empujó contra la puerta, dándole unas palmadas en las piernas para que las abriera.

Luke se mordió los labios para no gemir en alto. Con Donovan descubrió que era de los que gritaban... y mucho, y no quería pasar la vergüenza de ser descubiertos manteniendo sexo en medio de los baños de la Convención.

Cerró los ojos y apoyó la frente contra la fría madera de la puerta, jadeando entrecortadamente al sentir cómo le abría el pantalón y atrapaba su polla, comenzando a acariciarle como sabía que le gustaba, apretando ligeramente cuando llegaba a la base e intercalar

movimientos rápidos con lentos cuando cubría toda la longitud.

—Más rápido, más... —jadeó, moviendo la cadera buscando más contacto, que le acariciara con más fuerza.

Donovan sonrió y se recostó contra la espalda de Luke sin dejar de bombear la polla de este, era delicioso ver como perdía el control de su cuerpo cuando se sometía a él, cómo acallaba los gemidos para que nadie los escuchara.

—Déjame oír tu voz, Capitán, es ilógico que acalles tu placer.

Luke abrió los ojos ante esas palabras, le produjeron un ramalazo de puro gozo que estuvo a punto de conducirlo al cielo.

—Joder, Donovan yo...

Este dejó de tocarle y le dio una palmada fuerte en la nalga.

—¿Pero qué...?

—Silencio, Capitán, recuerda que me llamo Spock o Comandante.

Luke le miró por encima del hombro con los ojos oscurecidos por el deseo.

Joder. Su lobo era puro fuego capaz de ponerlo a mil con solo una mirada y ahora... caracterizado como Spock, hablando como él con esa candencia y monotonía en la voz, tocándole de una manera precisa y puramente brillante...

¡Era el mejor regalo de cumpleaños de su vida!

¿Qué más podía pedir?

¡Ah, sí!

Sonrió de lado antes de mover el culo hacia atrás buscando restregarse contra el paquete del que lo mantenía preso contra la puerta y susurró con voz enronquecida:

—Fóllame duro, señor Spock, ansío que me muestres esa fuerza... vulcana de la que alardeas en cada misión.

Donovan luchó por mostrar el rostro imperturbable y para ello dejó de mirarle a esos tentadores ojos, y esa boca que pedía a gritos que le diera algo que lamer... pero eso mejor lo dejaba para otro día en que no estuviera tan al borde del abismo pues quería disfrutar del momento en que Luke le chupara por primera vez; y apoyó una mano contra la espalda de su amante para que se agachara al tiempo que abría los botones de su pantalón negro y liberaba su polla.

Luke gimió al ver que ya estaba listo para tomarle.

—Ummm, señor Spock, que callado se lo tenía lo bien dotado que está la raza vulcana.

Donovan estuvo a punto de echarse a reír y arruinar la fantasía ante las pícaras palabras del otro, pero sí que era cierto que no era la primera vez que le decía antes de mantener relaciones que su polla era “un arma de destrucción masiva y que debía estar prohibido por ley tenerla tan grande”.

—Me complace ver que mi Capitán está satisfecho con mi anatomía.

Luke se lamió los labios, mirándole con deseo.

—Sí... ummm muy complacido —se apoyó seductoramente contra la puerta, sabedor que estaba medio desvestido, con la camisa amarilla levantada mostrando parte del torso y los pantalones entreabiertos sin nada más que lo apresara—. Y más lo estaré Comandante si me follas ahora mismo. No me hagas rogarte Spock porque no respondo cuando llegemos a casa.

—Estoy tentado a esperar a lo que me tienes preparado para cuando llegemos a casa —se burló, esperando la respuesta de su compañero, la cual no le sorprendió nada. Luke era un volcán dormido que entrada en erupción cuando sus sentimientos se desbordaban, bien por la lujuria, su afán por protegerle al ver los peligros a los que se enfrentaba día a día al ser *alpha*, por el amor que le mostraba cada día, la rabia, el enfado...

—¡No me jodas Donovan que no estoy para tus juegos psicológicos! ¡O me follas ahora o...!

—¿O me voy a dormir en el sofá? —le soltó repitiendo una frase que decía mucho el lobo casado con la gatita. Kenneth era un grano en el culo pero no le quedaba más remedio que soportarlo al ser amigo de su pareja, una pena... porque si fuera por él lo enviaba al extranjero una larga temporada.

Verle cabreado le puso a mil. Luke era hermoso pero cuando se enfurecía los ojos le brillaban, la mueca que ponía era graciosa e intentaba mostrarse más alto de lo que era estirando bien la espalda y cruzando los brazos sobre el pecho.

—¡Eres un hijo de...!

No le permitió continuar, ya había jugado suficiente con él, había llegado el momento de que los dos se quemaran por el fuego de la pasión hasta reducir el anhelo a puras cenizas.

Le besó, mordiéndole los labios, luchando por el control, al tiempo que le bajaba un poco más los pantalones. Cuando cortó el beso y antes de que Luke comenzara a protestar como siempre hacía, le dio la vuelta y no tuvo miramientos con él. Se posicionó a su espalda, cubriéndole por completo apoyando una mano a la altura de su cara en la madera y la otra agarrando firmemente la polla de su compañero.

—¡Joder, Donovan, aún estoy algo sensible de esta mañana así que vete despacio y...!

—Mi amor, mi lobo está a un paso de rasgarme por dentro para salir, te permitiré unos segundos para que te acostumbres pero no voy a poder ir despacio. Esta vez, no.

Luke le miró por encima del hombro jadeando ante las rudas y candentes caricias que le estaba prodigando su compañero. Sabía cómo tocarle, lo que le gustaba, lo que estaba dispuesto a hacer y lo que no, Donovan le descubrió un mundo que ni en sus más locos sueños pensó que existiera.

—¿Qué no vas a poder controlarte? Coño, Donovan, tengo el culo escocido y...

Le penetró de una sola estocada, sacándole todo el aire de los pulmones, dejándole

sorprendido, dolorido y jadeante.

—¡Joder! —gritó Luke, cerrando los ojos y respirando profundamente. Sentirle tan dentro, estirándole por completo era un deleite, lo que no restaba el dolor por la brusca penetración y lo sensible que estaba al haber follado dos veces esa misma mañana.

Cierto que a él le gustaba un poco de “picante” en las relaciones sexuales, lo reconocía, pero...

—¡Eres un hijo de puta, Donovan! Un día de estos me voy a vengar y serás tú quien te pongas a cuatro patas y aúlles de placer.

Donovan se rio mientras se retiraba sin llegar a salir de él, para luego embestirle, comenzando a follarlo lenta y profundamente, sin olvidar masturbarle.

—Soy tu hijo de puta, Luke, no lo olvides nunca. Y bien sabes que esto te gusta. —Le penetró con más fuerza, empotrándolo contra la puerta. Estaba abierto ante él, con la cara enrojecida, los ojos cerrados y se estaba mordiendo el labio inferior para no gemir. Apoyado contra la puerta, con las piernas entreabiertas, ofreciéndole el cuello al estar doblado hacia la madera, era... Era... simplemente “puro sexo”. Se agachó hasta quedar a la altura de su cuello y le mordió en la vieja marca de su marcaje.

—¡Oh, Dios! —gimió en alto Luke, retorciéndose buscando acariciarle a su vez, necesitado por tocarle.

—Las manos en la puerta, mi amor, no quiero que te raspes la cara al apoyarte contra la madera.

Este abrió los ojos y le miró de reojo, jadeando entrecortadamente, temblando con cada profunda embestida.

—Eres un puto mandón, ¿lo sabías?

Donovan se levantó tras lamer la herida y le sonrió, incrementando la potencia de las penetraciones, sabedor de lo cerca que se encontraba su compañero. Podía notarlo, cómo le apretaba cada vez que entraba en él, cómo temblaba bajo su toque, cómo todo su cuerpo se rendía ante su posesión.

Era suyo.

Suyo hasta que la puta de la muerte se lo arrebatara o le reclamara a él antes. Le amaría en esta vida y en la siguiente.

—Soy un *alpha*, Luke, en mis genes está impreso dominar, aunque ante ti me doblegaría, me arrastraría al mundo con tal de tenerte, de mantenerte a mi lado, de cuidarte y amarte como mereces.

Este cerró los ojos y giró la cabeza, ocultándola de su vista, arqueando un poco más la espalda para acomodarse a las brascas sacudidas.

—Si me amas como dices, lobo, asegúrate de cuidarte, de permanecer a mi lado, siempre.

Si te sucede algo te aseguro que me enfureceré y te castigaré.

Le costaba hablar, estaba a un paso de romperse, de alcanzar ese punto de no retorno en el que todo su cuerpo se sentía como un llamarada feroz que lo consumía hasta las cenizas. Le sintió moverse. Un suave beso en la base de su cuello donde lucía con orgullo la marca de su lobo, su *alpha*, el hombre que le había robado el corazón y lo atesoraba con una ferocidad que caldeaba su alma.

Donovan cerró los ojos y permitió al lobo salir a la superficie. Los dos amaban al humano con toda su alma y el lobo muchas veces lloraba al no ser capaz de marcarlo en su forma animal. Siempre fue un *lycan* que tenía al lobo muy cerca de la superficie, algo que a muchos le atemorizaban y otros tantos admiraban por el control que poseía de su parte más salvaje.

«Mío», escuchó dentro de su mente.

«Nuestro», le respondió al lobo.

«Sí, nuestro», concedió el animal, instándole a que acelerara las embestidas, a que llegara de una puta vez porque necesitaba sentir de nuevo la sensación de ser parte de ese ritual de marcaje. No siempre Donovan le dejaba estar tan presente y no quería desaprovechar ni un minuto de esos valiosos momentos con su compañero.

Así lo hizo. No más palabras. No más juegos, solo sentir el calor de su compañero, disfrutar de la candente sensación de cómo le aprisionaba y se movía bajo él, buscando mayor contacto, mayor ángulo de penetración.

Durante unos minutos no hubo nada más que dos cuerpos moviéndose al unísono, arqueándose, cubriendo, marcando con los dientes, lamiendo, gimiendo...

Hasta que los temblores y el grito de puro placer de Luke rompió los jadeos, corriéndose con fuerza a un paso de quedar de rodillas ante el brutal orgasmo.

Spock, unos baños públicos, que los pudieran descubrir, dolor y gozo ardiendo muy dentro de él, un lobo al que amaba con locura y...

¡El mejor orgasmo del día!

Donovan dejó de acariciarle y le agarró la cadera con las dos manos, embistiéndole un par de veces antes de ser él quien explotara, inundándole con su semilla, marcándole de nuevo con su esencia, con su olor.

«Nuestro».

«Sí, nuestro compañero. Para siempre, en esta vida y en la próxima».

Luke jadeó cuando le sintió salir de su cuerpo y sonrió al notar cómo le limpió, acariciándole suavemente. Donovan era un lobo que siempre le sorprendía y le gustaba ver que solo le mostraba a él su lado más dulce, más cariñoso.

—Definitivamente, esto lo tenemos que repetir más a menudo —sonrió, enderezándose y recomponiendo su aspecto, recolocando su camisa dorada y abrochándose los pantalones.

—Tantas veces cómo lo desees, mi amor.

Luke sonrió y se echó a reír devorando con los ojos a su lobo.

—Me encanta cuando me llamas así. —Le abrazó, dándole un tierno beso en los labios, apenas una caricia que mostraba todo el amor que tenía por él.

—Lo sé. —Le devolvió la sonrisa Donovan, abrazándole a su vez, disfrutando de esos minutos a solas. El sexo era bestial con su compañero y necesitaba unos minutos para recuperarse, para calmar a la fiera de su interior que aullaba deseando un nuevo asalto.

Luke apoyó la frente en el cuello de su compañero, y suspiró abrazándole fuerte.

—No quiero salir... Es absurdo, ¿no?

—No, no lo es, pero había llegado el momento de regresar a la Convención y... —Detuvo las caricias que le estaba prodigando a lo largo de toda la espalda, para separarle antes de ordenarle con voz enronquecida—. Ni una foto más, Luke, no quiero a ninguno de esos humanos cerca de ti o no respondo.

—¿Y qué me harás?— preguntó disfrutando de los celos que leía en los ojos del lobo.

Sabía que era un *lycan* celoso por naturaleza, que se volvía loco cuando olía a otros en su piel, que deseaba marcarle y follarle cuando temía perderle, que moriría si se alejaba de él, al igual que entregaría su vida para salvarle, de ser necesario.

Y aún así, le amaba, con toda su alma, agradeciendo cada día el haberlo conocido.

Donovan se acercó y le susurró algo al oído que le puso colorado.

¡Oh, sí! Eso también lo quería.

—¿Cuándo nos vamos a casa?

—¿Pero no querías tomarte una foto con el capitán Kirk? ¿No se acercaba hoy el actor que lo interpreta en la serie y...?

Luke asintió, dando un paso hacia atrás, abriendo la puerta del servicio y acercándose hasta los lavabos para lavarse las manos.

—Sí, ¿y?

Donovan le miró desde el lavabo de al lado donde se lavaba a su vez las manos.

—¿No querías sacarte una foto con él y conseguir su autógrafo?

Luke negó con la cabeza, secándose las manos en el pantalón.

—¿Y? Eso lo puedo conseguir otro día, y si no me da igual, ahora lo que quiero es que me muestres... “tu anatomía vulcana, señor Spock en cuanto llegemos a la nave” —soltó antes de echarse a reír.

Al otro lado de la puerta de los servicios

—¿Cuánto tiempo estarán ahí?

Roberts se encogió de hombros, sin dejar de observar con atención a su alrededor. Eran los guardaespaldas de Donovan y como tal su misión era protegerle. Por desgracia, estar en medio de un local inmenso rodeados de locos que se disfrazaban de extraterrestres por amor a una serie vieja de televisión, no ayudaba a su tarea.

—¿Qué más da lo que tarden? Al menos si están ahí sabemos que están a salvo.

Cornell entrecerró los ojos y masculló por lo bajo.

—Mierda, esto ya es el colmo de nuestras responsabilidades, disfrazados de... cringlods...

—Es *Klingons*.

Roberts ignoró la mirada fulminante del otro y siguió en su labor de control de la masa que les rodeaba. Ya habían tenido que gruñirles a varios humanos que intentaron entrar en los servicios, por suerte no poseían valor suficiente para hacerles frente y se largaron con el rabo entre las piernas...

—¿De verdad? ¡Qué coño importa cómo se llama el puto disfraz! No me alisté en la guardia del *alpha* para esto.

—Deja tu puesto a otro lobo entonces, Cornell.

—Debería hacer eso —farfulló, cruzándose de brazos, mirando enfurecido a los humanos que pululaban por el lugar. Todos locos, trastornados.

—Eso sí, recuerda lo que nos dijo el *alpha*.

De golpe Cornell perdió todo color y se puso tenso.

—Joder, el vídeo...—susurró apenas con un hilo de voz, pero Roberts le escuchó.

—¡Oh, sí el vídeo, amigo mío! Recuerda lo que nos dijo, nos perdonaba la vida por haberlo subido a la web si nos asegurábamos de ser la sombra de su compañero, protegiéndolo con nuestras vidas y si fallábamos....

—Nos destrozaría.

La puerta en esos momentos se abrió y apareció un Luke despeinado, enrojecido y oliendo a sexo, quien preguntó:

—¿A quién vais a destrozar?

Tanto Cornell como Roberts se pusieron firmes y se movieron para dejar pasar al compañero de su *alpha*.

—A nadie, señor.

Luke pasó por delante de ellos y sonrió a Donovan, susurrándole como si no supiera que los lobos eran capaces de escucharle:

—Tienes unos guardaespaldas que están medio locos, ¿lo sabías?

Donovan miró fijamente a sus hombres. Estos tragaron con dificultad ante la expresión que mostró el *alpha*, se leía “peligro” en su mirada y acabaron bajando la cabeza en un gesto de sumisión. Admiraban a su líder pero eran conscientes del peligro que suponía llevarle la contraria, enfrentarse a ese hombre o... poner en riesgo a su compañero. Se quedaron sin palabra cuando contemplaron el cambio que sufrió Donovan cuando este se giró para hablar con el humano. Pasó de ser un feroz lobo salvaje a un cachorrito que se derretía por el amor de su “amo”, porque todo el mundo en la comunidad *lycan* sabía que quien tenía la correa en esa relación era Luke. El ex policía era quien tenía el destino de las manadas en sus manos y, el muy maldito, parecía que no se percataba de este hecho.

—No sabes cuánto, mi amor.

Las carcajadas de Luke provocaron que Donovan le volviera a besar en medio del local, atrayendo la atención de todos, pero a la pareja parecía no importarle.

—Mierda de vida —mascullaron a la vez Roberts y Cornell, maldiciendo la hora en que se les ocurrió espiar a esos dos y grabar un inocente, bueno, no tan inocente vídeo antes de compartirlo por las redes sociales *lycans*. Esa fue su sentencia de muerte.

Ahora Donovan los tenía pillados por los cojones y como decían los viejos cuentos...

Nunca hagas enfadar al lobo feroz, pues este no tendrá escrúpulos en quitarte la paga extra, el plus de peligrosidad y reducir a cero las vacaciones como castigo por subir el vídeo a la web de cambiantes.

Maldito *alpha*.

Maldito Luke.

Y maldita serie vieja de televisión.

El día no podía ir peor, ¿o tal vez sí? Con esos dos acaramelados nunca se sabía y, por desgracia, aún quedaba un largo camino hasta el hotel, donde respirarían tranquilos al perderles de vista.

Si alguien les dijera que ser guardaespaldas del *alpha* era un chollo de profesión. ¡Ja! Se iban a reír en su cara. Que conocieran a esos dos... y ya dirían. El amor entre compañeros era hermoso, cierto, pero para ellos era un dolor en el culo y una patada en los huevos.

Fin de la historia.

Y quien le dijera lo contrario recibiría una buena hostia.

El Halloween que cambió mi vida



«Hoy no debí levantarme», pensó Alice Johnson, mientras buscaba una postura en la que estuviera más cómoda y no sintiera como un rayo le estaba partiendo en dos desde la base de la columna hasta el cuello.

¿Cómo pudo pasar de estar celebrando que entró en el maldito disfraz de Halloween que le obligó su jefe ponerse a gimotear como una niña pequeña en un box de la sala de urgencias del hospital?

Muy sencillo. El destino la odiaba y sí, es deporte de riesgo pisar un suelo recién fregado, sobre todo si ese suelo parecía una piscina agonizante porque la muy vaga de su compañera de trabajo no quería escurrir la fregona.

«—¡Oh! Es que se me puede romper una uña si realizo esfuerzos. No ves que soy una princesita que se viste como una puta y que sigue soñando con encontrar al príncipe azul forrado de pasta que la saque de ese horrible trabajo...», ironizó Alice por dentro ideando nuevos y variopintos insultos para la pija de su compañera.

El dolor que le atravesó al moverse para acomodarse hacia la derecha cambiando de postura la alejó del recuerdo del “accidente” laboral que sufrió en medio del comedor de la cafetería. En cuestión de segundos acabó tumbada en el suelo, con las piernas abiertas, cara de sorpresa y rodeada de flashes de los móviles de los clientes que aún permanecían a esas horas en el local. Los muy imbéciles en lugar de ayudarla se pusieron a sacarle fotos o a grabarla en vídeo, partiéndose el culo de risa a su costa.

Bueno... realmente quien se partió el culo fue ella o eso le dijo el médico que la estaba atendiendo en urgencias.

—Señorita Johnson.

La voz de la enfermera la devolvió a la realidad.

Se enfocó en ella intentando no gemir y protestar por lo que estaba padeciendo pues ya le

había echado la bronca antes. Palabras textuales: no debía ser tan quejica ya que le habían puesto un calmante en vena.

Un calmante que aún no le había hecho efecto, por cierto.

—¿Sí? —acabó respondiéndole sin importarle que su voz sonara como una rana afónica, a causa de los gritos que pegó mientras esperaba a los paramédicos tirada en el suelo del comedor.

—Ya están los resultados.

Silencio. Alice esperó a que continuara pero al ver que la enfermera permanecía callada, intervino:

—¿Y? ¿Tengo algo roto sí o no?

—No le puedo decir, ha de esperar al doctor Thompson. Él le informará de los resultados.

«¿Y por qué coño me dices que están si no puedes informarme? ¡Imbécil!», estuvo tentada a gritarle pero optó por pensarlo comprendiendo en esos momentos a su mejor amiga quien escribía y publicaba novelas de terror para publicarlas en Amazon, porque así se desfogaba matando a quienes le hacían daño en la vida real. Te cae mal tu vecina, te la cargabas en la novela. Te hacía una perrería tu jefe, eaaa muerte atroz a manos de un *zombie* en su última novela. La verdad, es que pensándolo fríamente, era una buena terapia contra los problemas.

Si tuviera el don de la escritura... la enfermera habría sido devorada lentamente por un calamar *zombie* en esa sala de urgencias, despacito, con esa boca tan... argh, no le gustaban nada los calamares, le daban pavor desde niña y todo por culpa de una película de terror en la que un calamar gigante atacaba los barcos que se cruzaban en su camino. Ver cómo masticaba los barcos con ese pico mientras los estrujaba entre sus tentáculos... le produjo muchas noches de pesadillas.

—¿Cuánto más debo esperar para saber si tengo algo roto?

La enfermera mostró una mueca de disgusto que intentó disimular pero que no pudo porque cuando abrió la boca para responderle quedó más que claro que le “jodió” su pregunta.

—Lo que haga falta. Debe entender que su estado no es grave, por tanto, será atendida cuando el doctor Thompson despache a sus otros pacientes.

Ok. Su respuesta sonaba a: jódete. Puede que tengas el hueso del culo roto pero como no te estás desangrando como un cerdo no estás grave y, que conste, que te duela como mil demonios, me importa una mierda.

Si no fuera por el dolor hasta habría aceptado esperar pero cada vez que se movía le recorría un escalofrío de abajo arriba como si le estuvieran desgarrando por dentro.

¿Podía gritar: ¡quiero la epidural o ponedme más calmante!?! Viendo la cara de vinagre de la enfermera... temía que no. Que lo mejor que podía hacer era no protestar, intentar aparentar ser una estatua de piedra y cargarse interiormente en su compañera de trabajo, en el destino, en la mala suerte y en la tardanza del médico.

«¿Por qué a mí?», se quejó interiormente sin esperar respuesta... aunque juraría que

escuchó una voz que le dijo:

«Porque te lo mereces».

Dos horas después

Estaba a punto de quemar el hospital hasta las cenizas. Era eso o atacar a la enfermera que no dejaba de pasar por su box cada media hora para informarle que el doctor Thompson aún estaba atendiendo a sus otros pacientes y que no podía informarle de su estado ni del tratamiento que le iba a prescribir.

¿Pero es que era una maldita sádica o qué? ¿Por qué tenía que molestarla cada media hora para decirle esa mierda?

No lo comprendía.

En varias ocasiones quiso gritar llamando al médico o intentar levantarse para poder buscarle ella misma, pero era incapaz de incorporarse. Y tras intentarlo dos veces sin éxito la sola idea de sentarse en la camilla para tomar impulso para bajarse de ella le hacía ver estrellitas y se ponía a sudar.

¿Cómo podía doler tanto romperse el hueso del culo?

Para que luego dijeran de los dolores del parto. Rómpete el hueso del culo y luego me cuentas.

Intentó dormir mientras esperaba al doctor pero fue incapaz, no podía obviar lo que sentía. Así que se dedicó a observar a su alrededor agradecida que la última vez que pasó la enfermera por su box le dejó las cortinas entreabiertas. Le asombró comprobar que las urgencias de ese hospital no se parecían en nada a lo que salía en las series de televisión. Ni doctores macizos, ni personas corriendo para intentar salvar la vida de un paciente, ni sangre por los suelos... nada.

Fue decepcionante y muy aburrido porque solo veía el ir y el venir del personal sanitario que se reían y hablaban entre ellos como si estar rodeado de enfermedades, accidentes y personas al borde de la muerte fuera lo más normal del mundo.

—Vaya mierda de Halloween —susurró, cerrando los ojos unos segundos suspirando con desagrado. Ese día lo iba a marcar en el calendario para no olvidarlo jamás.

No supo si fue la mala hostia que tenía encima, que el calmante que le metieron le hizo efecto o que el agotamiento hizo mella en su cuerpo... porque se quedó dormida. Y lo supo porque algo la despertó o más bien alguien.

Con un sobresalto, Alice abrió los ojos de golpe y jadeó de puro terror al ver a un hombre tumbado sobre ella tapándole la boca para que no hiciera ningún sonido. Intentó sacárselo de encima pero no pudo ni levantar los brazos como si algo la tuviera atada a la camilla con correas invisibles.

«¡Oh, Dios mío! Esto no puede ser verdad», gritó horrorizada ante lo que estaba pasando. ¿Cómo era posible que nadie viera entrar a ese hombre en su box? ¿Qué quería? ¿Quién era? ¿Era un enfermo mental que iba a abusar de ella?

Tantas preguntas y la única respuesta que tenía era que estaba aprisionada contra la camilla por un extraño que jadeaba sobre ella.

«¡Lucha, Alice, lucha por tu vida!», se alentó con desesperación, ahogándose por culpa del miedo que estaba experimentando al ver que su cuerpo no reaccionaba, que era incapaz de mover los brazos o las piernas para intentar quitárselo de encima.

Solo podía parpadear furiosamente y respirar con agitación mientras el retumbar de los latidos de su corazón se escuchaba con claridad en aquel silencio.

No supo cuánto tiempo pasó antes de que la ronca y grave voz del hombre rompiera la tensa calma del box.

—Tantos siglos buscándote... Ya te encontré...

¡Definitivamente era un trastornado que se había escapado de su camilla y la tenía presa para vete tú a saber para qué! No quería acordarse del episodio en Urgencias en el que el esquizofrénico acabó apuñalando a Carter y a la otra médica rubia de la que no se acordaba su nombre. No quería acordarse... pero lo hizo, alterándose todavía más por culpa del terror que invadió todo su ser.

Lo observó con atención. Lo tenía encima de ella, cubriéndola con su pesado cuerpo, el aroma que desprendía le recordaba a un campo lleno de flores, por lo poco que podía ver vestía de negro y su rostro... Se quedó congelada.

Ese hombre era... hermoso pero con un toque salvaje. Con unos ojos oscuros magnéticos, cejas pobladas, nariz prominente, labios finos y sonrosados, mandíbula cuadrada y todo enmarcado por una melena oscura de cabellos que parecían satén negro.

Intentó gritar. Abrió la boca y se encontró rozando con la punta de la lengua la palma que le cubría. Ese contacto la alteró. Y no fue a la única por la reacción que experimentó el hombre pues gimió y entreabrió los labios mientras la miraba fijamente a los ojos.

Quedó prendada de esa mirada sin casi poder respirar. Era... ¿Cómo explicar la electricidad que recorría su cuerpo que se entremezclaba con el miedo y la dejaba al borde del infarto? ¿Cómo explicar que su cuerpo comenzó a reaccionar al hombre cuando este bajó la cabeza y depositó un suave beso en la base de su cuello a la altura de la yugular? ¿Cómo podía explicar que se arqueó contra él cuando notó como su mano libre comenzaba a acariciarla

lentamente hasta detenerse a la altura de su muslo derecho?

¡Las drogas! Era la única explicación posible. Las drogas eran las causantes de que estuviera reaccionando sexualmente contra un maldito trastornado que la tenía aprisionada contra la camilla.

—Tan hermosa... Y toda mía... Llevo tanto tiempo esperándote que no puedo alargar por más tiempo mi tormento. Te necesito.

«¡Pues vete a buscar a alguna prostituta en la calle si necesitas que te rasquen el comezón, hijo de puta!», chilló Alice mientras rompía la extraña magia que la envolvió y que provocó que se humedeciera y ansiara más contacto con el hombre.

Se quedó impactada al escucharle reír y esbozar una amplia sonrisa que la descolocó del todo. Sus ojos... brillaron, de verdad que lo hicieron... como si disfrutara del desafío que tenía ante él. Como si...

«Supiera lo que estoy pensando», acabó en su mente al no poder hablar aún, al tener la mano del otro sobre sus labios.

Él se acercó hasta quedar muy cerca de ella, hasta que pudo notar su aliento sobre su rostro.

—Lo estoy, mi dulce y créeme cuando te digo que disfrutaré al tener a una guerrera como compañera.

«¿Compañera? ¿Puede leer mi mente? ¿Qué coño está pasando?», resonó con fuerza en su cabeza volviendo a ahogarse con el miedo. Vaya noche que estaba pasando, primero se rompe el hueso del culo, aunque esto último no se lo confirmó el maldito médico y, ahora, un loco salido de la nada que parecía una mezcla entre un gótico, Severus Snape y un modelo de ropa interior le decía que era su compañera y que iba a disfrutar de ella.

Ella sí que iba a disfrutar en cuanto pudiera moverse, porque le iba a clavar lo primero que encontrara que fuera afilado en sus mismísimos cojones por...

Sus carcajadas la enfurecieron. Alice entrecerró los ojos y luchó con todas sus fuerzas para quitárselo de encima, peleando contra esa fuerza invisible que la mantenía presa.

«Eso, ríete cabrón que el que ríe último ríe...».

—No es así el refrán, mi dulce, pero comprendo tu punto. También querría atacar a quien me tenga preso, pero no puedo permitirte que alertes a los demás y sé que es lo que harás en cuanto te libere. Primero debo mostrarte qué es lo que tendrás cuando seas mía, cuando aceptes caminar a mi lado por toda la eternidad...

Alice bufó y rodó los ojos.

«Ya, resulta que eres un esbirro del ratoncito Pérez y quieres que yo sea tu Cleopatra», ironizó buscando al mismo tiempo insultar y probar si él realmente podía leerle la mente.

Comprobar que era cierto esto último... la sorprendió, molestó y la asustó.

—Ni soy el ratoncito Pérez, ni quiero que tú seas Cleopatra. Créeme, la conocí y no es

como la describen en los libros de historia, si realmente la gente supiera como era... —Negó con la cabeza sin dejar de sonreír, sin dejar de mostrar unos ojos que brillaban como dos faros en la oscuridad de la noche, como las estrellas a las que pedías un deseo y ansiabas que este se te cumpliera—. Solo deseo que nos des una oportunidad, que aceptes el regalo que es encontrar a tu compañero eterno.

«Ya, regalo... Un loco que casi me está asfixiando y que habla como salido de una película de terror de serie B. ¿Se puede devolver? Quiero un reembolso».

Sus carcajadas resonaron en el box mientras su cuerpo se ajustaba contra el suyo.

Uno. ¿Por qué nadie se acercó a mirar o es que era normal que un imbécil se colara en el box de un paciente, lo asaltara y aún por encima hablara solo y se riese como salido de un manicomio?

Dos. ¿Por qué coño el subnormal se excitaba ante lo que ella estaba diciendo? Porque esa cosa dura... grande y dura para más señas, definitivamente era una parte de su cuerpo que cobró vida con el enfrentamiento.

Y lo que era más importante...

Tres. ¿Por qué cojones ella se ponía cachonda también? ¿Por qué sentía un cosquilleo entre sus muslos, una pura agonía en su pecho, una expectación que se mostraba con latidos agitados, respiración jadeante y...?

¡Joder! Puta mierda de noche.

—Que afortunado soy al encontrarte finalmente, mi dulce.

«Afortunado eres porque estoy atada con cuerdas invisibles y no puedo golpearte en los cojones reventándotelos y...».

Esta vez el hombre no se rio de ella, le quitó la mano de la boca y antes de que ella pudiera reaccionar y ponerse a gritar pidiendo ayuda, poseyó sus labios dándole un pedazo de beso, de esos que solo leías en las novelas románticas o veías en esas películas de amor que te hacían suspirar y soñar.

La acarició con su lengua mientras sus manos libres comenzaron a pasearse por su cuerpo, deteniéndose en sus pechos masajeándolos por encima de la ropa.

Jugueteó con ella marcando un ritmo que dejaba muy claro que era él quien tenía el control sobre lo que estaba pasando. Pellizcó uno de sus pezones, provocando que ella jadeara en alto.

Siguió devorándola, mandándola directamente al borde de la locura. Cuando cortó el beso, Alice solo pudo respirar con agitación manteniendo los ojos cerrados sin ser capaz de reconocer lo que había experimentado.

El mejor beso de su vida.

Un beso de esos que te dejaba la braguita mojada, el corazón latiendo furiosamente contra el pecho y las tremendas ganas de lanzarse contra el hombre, arrancarle la ropa aunque fuera con los

dientes para poder sentir su piel, para poder sentir como la poseía con fuertes embestidas.

—Tan hermosa... Juro que te haré feliz cada día de tu vida.

Alice abrió los ojos para ser testigo de lo que en su vida creyó ver. Ese hombre... ese loco que besaba como un maldito dios del sexo se lanzó sobre su cuello, mordiéndoselo.

El mordisco le dolió pero fue un dolor que pasó velozmente por su cuerpo aún paralizado por la extraña magia que la envolvía y que se convirtió en apenas unos segundos en el mejor orgasmo de su vida.

«Me rompo el hueso del culo, me “ataca” un loco que besa como un dios y ahora... se dedica a beber mi sangre haciendo ruidos extraños como si fuera pura delicia cada sorbo que daba. Definitivamente... La loca soy yo», murmuró antes de perder el conocimiento cayendo directa a los brazos de la inconsciencia.

Sesenta años después

—¿Y qué sucedió?

Alice se rio y depositó el último plato de helado de sangre en la mesa. Ese día les visitaba sus nietos, unos jóvenes que eran el terror de la familia por las trastadas que hacían y que eran el dolor de cabeza de sus padres.

—Pues vuestro abuelo tuvo que luchar por convencerme que era su compañera y que estábamos destinados a estar juntos. Como ya sabéis, no le creí cuando me lo dijo y...

Uno de los pequeños saltó alegre dejando la cuchara de lado unos segundos para poder preguntar:

—¿Atacaste al abuelo? ¿Eres una guerrera? Yo creía que los humanos se portan como gallinas si le enseñas los colmillos y les dices que les vas a chupar la sangre, es lo que hacen en las películas.

Kellan negó con la cabeza y revolvió los cabellos de su curioso nieto, ese pequeño Jymes era capaz de quitarles unas décadas a sus padres con cada trastada que ideaba, pues él era quien planeaba todo y sus primos más mayores le seguían en sus alocadas aventuras en el mundo humano aprovechando que la grieta entre el mundo inmortal y el mortal permanecía abierto cuando se acercaba Halloween.

—No son así, Jymes, las películas son solo... películas, ficción, no es real lo que muestran. Los humanos pueden llegar a ser peligrosos por eso solo ingresamos en su mundo para encontrar a nuestras compañeras. —Era una maldición para los inmortales pues de una unión entre un inmortal y una humana solo generaba machos, las hembras inmortales no nacían, solo se creaban tras unirse

en cuerpo, alma y sangre. Muchos creían que era una maldición que pesaba sobre su raza, pues únicamente encontraban al amor de sus vidas, a la mujer que los acompañaría en la eternidad cuando ingresaban en el mundo humano, buscándola a lo largo de los siglos.

—Así conociste a la abuela —intervino el mayor de los nietos. Kyland era un guerrero o al menos era lo que deseaba ser cuando fuera adulto. Quería luchar al lado de su abuelo y de su padre quienes protegían las fronteras de su mundo y mantenía la paz entre los clanes inmortales. Era un honor ser un guerrero, un protector y muy pocos finalizaban con éxito el adiestramiento. Él sería uno de ellos, lucharía con todas sus fuerzas para convertirse en el mejor guerrero de los tiempos.

—Sí, así encontré a vuestra abuela y, de igual modo, vuestros padres a sus compañeras y en un futuro...

—¿Y si no quiero una compañera y quiero...?

Kellan se giró y buscó con la mirada al mediano de sus nietos, el más silencioso de los tres, el orgullo de sus padres y quien poseía un poder que lo convertiría en un miembro de la Corte Real, la élite de los guerreros quienes se encargaban de mantener a la familia real a salvo y a eliminar a los enemigos que pusieran en peligro el orden y la paz del Mundo inmortal.

—¿A qué te refieres, Eydollan?

Este levantó la cabeza del plato donde apenas había rastros de lo que fue una bola de helado de sangre casera, un postre que siempre realizaba Alice cuando sabía que sus tres hijos y tres nietos iban a visitarla junto a sus compañeras.

Alice fue la que intervino acercándose hasta Eydollan, abrazándolo desde atrás, agachándose para abarcar al pequeño.

—Cuando seas adulto y notes la llamada de tu pareja, acudirás al mundo mortal y cuando regreses a casa... abriremos los brazos para recibirnos a los dos. Te queremos, Eydollan, nunca lo olvides.

No hizo falta que nadie dijera nada. O más bien... en ese momento aparecieron por el salón el resto de la familia, los tres vampiros fruto de la unión de Alice y Kellan, junto a sus compañeras.

Las mujeres se miraron entre ellas, las cuatro habían pasado por lo mismo, el mismo *shock* al descubrir que los vampiros existían, la misma incredulidad, enfado, rechazo... hasta caer finalmente en brazos de los hombres que el destino creó para ellas. Algunas de ellas les llevó más de un año asumir lo que su compañero le ofrecía, una de ellas... la propia Alice.

Kellan tuvo que esforzarse para que ella dejara de llamar a la policía cada vez que acudía a su casa, o que dejara de gritar o golpearle cuando la perseguía por la calle. No era un acosador, era un inmortal que llevaba siglos ansiando a su compañera y cuando la conoció... fue incapaz de alejarse de ella.

—¿Le estáis otra vez contando cómo tuviste que pasar más de un año en el mundo mortal para convencer a mamá que eras real y que erais compañeros? —preguntó con voz jocosa el padre de Eydollan, mientras abrazaba con cariño a su mujer, una joven de piel como el chocolate con leche fundido que localizó en Brasil y que iluminó su existencia desde el minuto uno... pese a que se le resistió pues lo primero que hizo cuando él se le declaró fue golpearle la cabeza con una sartén. Ahora, tras décadas juntos, lucía la marca que le quedó tras ese golpe con orgullo.

—Al menos, mamá no le atropelló como lo hizo mi pequeña diablesa —se burló el mayor de los hermanos quien recibió un golpe en el hombro de parte de su compañera, una escocesa de salvajes cabellos rojizos que parecían que brillaban como el fuego. Una joven que poseía un carácter feroz sobre todo si alguien ponía en peligro a su familia.

Al ver que sus hijos iban a comenzar a intervenir con recuerdos del pasado, Kellan alzó la voz y los acalló a todo:

—Vuestra madre se me resistió más de un año... pero valió la pena la espera. —Tomó de la mano a su amada y le besó los nudillos con suavidad—. Recordadlo, pequeños, no importa si os atropellan, os rompen la cabeza con una sartén o quieran entrevistaros para saber la verdad tras la revelación de que nuestro mundo existe —expuso lo que les sucedió a sus tres hijos—. Vuestras compañeras lo merecen.

Alice sintió que su corazón se derretía por su esposo, el padre de sus hijos, el vampiro que le concedió la inmortalidad compartiendo su sangre, el...

—Y pensar que creí que eras un loco que te habías escapado de otro box...

Kellan rompió a reír y se giró quedando cara a cara con su amada compañera.

—Oh, amor, sigo siendo ese loco... ¿Quieres rememorar lo que ocurrió esa noche? —Alzó las cejas en un gesto exagerado que hizo reír a todos.

Alice negó con la cabeza sin dejar de sonreír. Desde que aceptó que lo que él decía era verdad y escuchó lo que su corazón le dictaba: que era el hombre de su vida; no dejó de sonreír. Sí, también tenían sus días malos pero los buenos compensaba la elección que hizo hacía tanto tiempo.

—No, gracias, no quiero volver a romperme el hueso del culo.

Los gritos de los pequeños de la familia no se hicieron esperar. Ellos no sabían esa parte de la historia y querían conocer cada humillante detalle, después de todo...

Un Halloween cambió la vida de Alice y lo haría al resto de su familia pues esa noche mágica era la única en la que podían traspasar las barreras que mantenían separados los dos mundos para encontrar a las dueñas... o dueños de sus corazones.

AMAR DESDE LAS SOMBRAS



Desde las sombras Abbie suspiró con pesar al ver que aquel baile iba a ser como los otros a los que había acudido, tedioso y un golpe a su autoestima, pues a pesar de esforzarse por lucir hermosa se quedaba toda la noche sentada en un rincón viendo pasar las parejas de baile. Era duro observarlas desde lejos, anhelando ser admirada como lo eran muchas de las jóvenes del salón, rodeadas de atentos pretendientes que se desvivían por ellas. Deseaba fervientemente poder ser como una de esas principiantes que llenaban sus tarjetas de baile con los nombres de los hombres que las pretendían, soñaba con llegar una noche a una fiesta y poder sentir las miradas apreciativas de los presentes sobre ella, poder ver el orgullo en los ojos de su padre y la envidia en los de las demás jóvenes casaderas.

Pero los sueños eran solo eso, sueños, apenas espejismos que aparecían de noche y se rompían cuando se veían los primeros rayos del sol despuntando el horizonte. La realidad era dura y con cada baile, con cada noche en la que quedaba relegada en un rincón, sola, viendo pasar a los hombres que ni se dignaban a dirigirle una segunda mirada, se sentía sola y desesperada. Y cada año que pasaba le pesaba sobre el alma, sobre el corazón como losas que la hundían en la desesperanza, quebrando definitivamente sus deseos.

Odiaba sentirse así, desprotegida, frágil, incapaz de levantar la mirada del suelo, deseando que este se abriera en dos y la tragara para alejarla de aquel lugar, de aquel salón en el que estaba

siendo humillada públicamente al ser ignorada por todos los presentes.

Apretó con fuerza la tarjeta de baile y luchó contra las lágrimas que pugnaban por brotar de sus oscuros ojos. Era consciente de que no tenía la belleza clásica que imperaba en Londres, no era ni alta ni esbelta, ni poseía una hermosa melena rubia que brillaba con vida propia ante unos impactantes ojos azules, la ascendencia hispana de su madre se evidenciaba en su físico. Era una mujer con curvas, con larga melena rizada negra y ojos como el carbón, intensos, llenos de vida que se apagaban cuando su padre le gritaba al llegar a casa que no se esforzaba lo suficiente para encontrar un buen pretendiente con el que desposarse.

Por supuesto que quería casarse, formar una familia que con tanta añoranza deseaba, pero le hacía daño mostrarse como un trozo de carne embutido en un prieto vestido lavanda, el color de la temporada, a la espera de que un hombre se fijara en ella y deseara cortejarla. La hacía sentir una mujer inferior que no merecía nada de lo que poseía, que su padre debía mantener y el cual no se mordía la lengua cuando le echaba en cara lo que pensaba de ella, de su falta de éxito en su segunda temporada en Londres.

Dejó a un lado la tarjeta y decidió salir de aquel sofocante lugar, eso sí, antes de atreverse a dirigirse hacia los jardines miró hacia donde estaba su progenitor, encontrándolo al fondo del salón bebiendo y charlando animadamente con unos hombres que reconoció como sus socios en algunos de los negocios que tenían.

Perfecto. Estaba entretenido y dudaba mucho que se percatara que se ausentaba un rato del baile. Era penoso comprobar que ni su padre se interesaba por ella, que siempre hacía lo mismo, llegaba a la fiesta, la dejaba en aquel rincón y se alejaba sin mirar atrás, sin preocuparse por ella. Debería de estar acostumbrada a sus desaires, pero no podía dejar de sentirse dolida, al fin y al cabo, era la única familia que le quedaba en el mundo.

Con un suspiro pasó las manos por el regazo alisando una inexistente arruga y se dirigió hacia una de las puertas que daban acceso a los jardines, en cuanto llegó, respiró hondo agradecida por el frío de la noche. No miró hacia atrás cuando se internó en la noche y buscó refugio en medio del jardín, avanzando entre los hermosos rosales que desprendían una fragancia dulce que le hizo sonreír con pesar. Con cada paso que daba alejándola de la mansión se adentraba en la desesperanza, asumiendo la realidad de su vida. Se sentía prisionera en su casa, sin posibilidad de hallar una salida, pues o aceptaba las limosnas de su padre o acabaría en la calle sin saber qué hacer o a dónde acudir.

Se sentó en uno de los bancos de piedra que había bajo un gran árbol y cerró los ojos. Quería llorar, desahogarse en aquel rincón, derramar las amargas lágrimas que se agolpaban cada día en sus ojos, que la ahogaban cuando veía la decepción y el desprecio en la mirada de su padre, cuando veía que el tiempo pasaba y ella continuaba sola, siendo una espectadora en las sombras.

Ansiaba ser amada, formar su propia familia a la que cuidar, respetar y amar por encima de todo, pero parecía que el destino estaba en su contra y su deseo estaba cada día más lejos de hacerse realidad. Los años pasaban y los hombres se fijaban en las nuevas debutantes, convirtiéndola en una solterona que en cada baile miraba con anhelo la pista, aguantándose las ganas de llorar.

«¿Era tan difícil encontrar un buen hombre con el que desposarse y ser feliz?», pensó Abbie, mientras dirigía sus ojos al cielo, contemplando las estrellas durante unos segundos, antes de responderse a sí misma para sus adentros: «sí que lo era».

Cuando se iniciaba la temporada en Londres era una testigo silenciosa de lo que movía el mundo: el dinero y la posición social. Lo había comprobado muchas veces, como muchos acababan desposándose con las herederas más ricas del salón, como las perseguían como moscones revoloteando a su alrededor. Les movían el dinero, la posición social o...

«La belleza», se recordó para sus adentros, apretando las manos entre sí notando como le temblaban. Si una mujer era hermosa la disputarían con ferocidad, beberían los vientos por ella, la cortejarían con todas las armas de las que dispusieran sus pretendientes. La cortejarían, sin importarles nada más que su belleza, sin importarles si no tuviera conversación o solo supiera llevar una casa. Les daba igual. No les interesaba eso, ni tampoco lo buscaban cuando seleccionaban a la mejor candidata para desposarse, muchos de esos hombres que bailaban en el salón de la mansión querían a una hermosa muñeca a su lado con la que procrear y presumir; y si tuvieran una buena dote con la que llenar sus arcas, mejor que mejor. No buscaban mucho más, la inteligencia en la mujer estaba mal vista. No se aceptaba que la mujer pudiera responderte con coherencia y entablar una discusión razonable de economía o política pero sí que fuera capaz de pintar, tocar el piano y cantar como un ángel. «¿Cómo si sirviera para mucho hacer eso?», ironizó abriendo los ojos y alzando el rostro hacia el oscuro firmamento, con pesar.

Estuvo contemplando el cielo un rato antes de ver como una estrella fugaz atravesó el firmamento, agrandó los ojos recordando lo que decía su difunta madre, que el deseo que le pidieras a una estrella fugaz de corazón se cumplía. Era infantil sentir el irrefrenable anhelo de que aquel mágico cuento que le contaba su madre fuera verdad, pero no quería perder la inocencia de la infancia, caer en la melancolía pese a que la vida te mostrara lo más amargo. No quería levantarse un día y percatarse de que no deseaba nada, que había aceptado finalmente que su destino estaba ya marcado y que no podría luchar contra él, por mucho que le costara asimilar esto.

Esperó con paciencia a ver otra estrella fugaz, para murmurar su deseo en alto. No tardó en aparecer y cuando cruzó el firmamento velozmente, susurró:

—Deseo encontrar un hombre del que me sienta atraída, el cual se sienta orgulloso de tenerme como su mujer, que sea además mi amigo y confidente, que me ame sin restricciones y,

ante todo, me sea leal y fiel. Deseo que el amor pueda ser real, algo que se pueda tocar, avivar, respetar, con el que se pueda soñar, suspirar y añorar. Deseo...—. «Deseo encontrar un hombre al que amar y que me ame, con el que formar una familia», pensó esto último.

Era consciente de que pedía demasiado y que viendo cómo transcurría cada fiesta a la que acudía iba a ser imposible que se cumpliera, pero cerró los ojos y rezó en silencio ansiando que por una vez en su vida tuviera suerte y pudiera encontrar un buen hombre que la liberara de la prisión en que se había convertido su existencia.

El regreso a casa siempre era doloroso, su padre no dejaba de increparle en el estrecho carruaje lo decepcionado que estaba de ella, llegando incluso a burlarse de su persona por la falta de interés que mostraban los hombres. En cuanto llegaron a las puertas de su casa, Abbie intentó huir a su alcoba para meterse en la cama e intentar olvidar todo lo que la atormentaba, pero las palabras de él la dejaron paralizada y con el corazón latiéndole furiosamente en el pecho.

—Ante tu falta de entusiasmo por encontrar un buen pretendiente voy a considerar la proposición que me ha ofrecido el barón Rodelstein, es inexcusable que a tu edad aún no hayas conseguido desposarte.

«¿El barón Rodelstein?», pensó Abbie con auténtico terror. Ese hombre era anciano y se comentaba en los cotilleos de sociedad que sus dos anteriores esposas murieron a manos de él por los golpes que les propinó.

—Pero, padre, no quiero casarme con el barón, aún no terminó la temporada y...

—Se terminará sin que tengas a varios hombres golpeando la puerta de mi casa pidiéndome tu mano, lo asumí hace tiempo, Abigail. Eres una decepción como hija y sé bien que no iba a conseguir una buena unión con un Lord a través de los lazos del matrimonio. Si te ordeno que te cases con el barón Rodelstein lo harás, además no precisa dote, podrás pagarme todos estos años que he tenido que mantenerte.

Fue inútil que intentara protestar, hacerle ver que de aceptar la petición de ese hombre iba a condenarla en vida, su padre ya había decidido entregarla en matrimonio a un monstruo con tal de perderla de vista.

Le suplicó, lloró, gritó y hasta quedó de rodillas ante él, pero no sirvió de nada, su padre la despachó a su cuarto recriminándole que se estaba portando como una trastornada al rechazar una buena oferta de matrimonio, que dejara de soñar y se enfrentara a la realidad: que era una decepción como hija y que su única posibilidad de desposarse era con el barón. Según él tenía que estar muy agradecida al ser aceptada por el Lord, pues a su edad ningún otro hombre la querría a su lado.

Aquella noche, Abbie no durmió, enterrando el rostro en la mullida almohada y ahogando

los sollozos y las lágrimas que brotaban de sus enrojecidos ojos sin control. Estaba desesperada ante un oscuro futuro al lado de un hombre horrendo al que iba a ser ofrecida por su propio progenitor.

Levantarse al día siguiente fue muy duro, le dolía la cabeza, el corazón y estaba tan agotada física y mentalmente que apenas tocó el desayuno. A lo largo del día actuó como una autómatas, moviéndose por la casa sin ser consciente de lo que la rodeaba, sin prestar atención, sin dejar de pensar una y otra vez en lo mismo: en un futuro al lado del barón, compartiendo cada día y... cada noche.

No fue hasta la hora del té que tuvo un respiro cuando su padre decidió acudir al club en el cual era socio, momento en que aprovechó para retirarse a su alcoba e intentar descansar un rato. Apenas una hora después un suave golpe en la puerta la despertó.

—Señorita Abigail, lamento molestarla. —La puerta se abrió y apareció la vieja criada de la familia, una agradable mujer que la trataba como a una hija protegiéndola en lo que podía y dándole el cariño que su propia familia no le daba—. Acaba de llegarle una carta.

Sintió un nudo en el estómago ante la posibilidad de que fuera una invitación del hombre al que su padre quería atarla de por vida. Con temor tomó la misiva. Sus manos temblaron cuando rozó el amarillento sobre.

Apenas tardó unos segundos en abrirla y cuando leyó las primeras líneas... la dejó a un lado. Miró a la mujer que esperaba paciente a los pies de su cama y le susurró:

—¿Podrías dejarme sola, Sarah?

Ella asintió y abandonó el cuarto en silencio, momento en que Abbie se levantó de la cama y corrió hacia la ventana para poder leer la carta con más atención.

—Verle a la luz de la luna y no poder acercarme fue una tortura...—comenzó a susurrar las hermosas palabras del misterioso mensaje... que me acompañó a lo largo de la noche. Su hermoso rostro y su dulce voz invadieron mis sueños y sus sentidas palabras derribaron las barreras de mi corazón. Soy consciente de mi impertinencia al haber escuchado sin revelar mi presencia cuando creía estar sola, pero su imagen me cautivó y me sentí atado y tentado a acercarme a usted, tomarla entre mis brazos...

Detuvo la lectura y posó una mano sobre su corazón, el cual latía enloquecido en su pecho. Tuvo que releer una vez más el pequeño párrafo porque no creía lo que había leído, asombrándose de las palabras allí escritas. Podía ser una ilusa pero se sentía exultante al saber que un hombre se interesó de tal manera por ella por primera vez en su vida. Cerró los ojos unos segundos para disfrutar de la emoción que sentía en esos momentos, antes de continuar leyendo.

—Y probar el sabor de sus hermosos labios. Espero que mi atrevimiento no la incomode y

acepte responder mi misiva. A la espera de sus noticias. Su admirador secreto.

Dobló con cuidado la carta y cerró los ojos recordando cada palabra. El corazón le latía con nerviosismo y la emoción que sentía se agolpaba en el centro de su pecho. Aquella misiva había conseguido acallar durante unos momentos la angustia de convertirse en la mujer de un hombre que bien podía ser su abuelo y del que se decía que poseía un alma que disfrutaba al dañar a los demás.

«¿Debería responderle?», se preguntó a sí misma, mirando el remitente. La dirección correspondía a un barrio a las afueras de la ciudad en la que los nuevos ricos se asentaron levantando imponentes viviendas que mostraban el nivel adquisitivo que tenían gracias a sus crecientes negocios.

¿Y qué podía perder si lo hacía? Bien era cierto que su padre podía repudiarla o adelantar la boda que estaba planeando, pero el riesgo de saber más del misterioso hombre bien valía la pena. Quería conocerle, saber más del que había conseguido emocionarla con sus palabras, quien la había hecho sentir, por primera vez en su vida, hermosa y deseada.

Se tumbó en la cama y cerró los ojos con la carta apretada contra el pecho. Escribirle o no escribirle. ¿Qué podía hacer? ¿Sería sensato? ¿O aquello no era más que una broma de mal gusto? Las dudas la carcomían por dentro, pero la curiosidad pudo más y, al final, optó por responderle.

Cada carta que recibía era un regalo que atesoraba con emoción bajo el colchón de su cama, leyéndolas todas de noche a la tenue luz de las velas. Se las sabía de memoria, cada palabra de esas hermosas misivas en las que el misterioso admirador le contaba su viaje por el mundo, cómo acabó en Londres y cómo se enamoró de ella esa noche en que la vio en los jardines susurrando un deseo a las estrellas hacía ya casi dos semanas.

La ilusión que sentía al saber que un hombre la adoraba desde las sombras era lo único que acallaba la amargura al ver que su padre había aceptado finalmente el compromiso con el viejo Lord, el barón Rodelstein.

A lo largo de esas dos semanas, escribió una carta a diario obteniendo la respuesta al día siguiente, emocionándose y enamorándose poco a poco del misterioso hombre con cada una de las sus palabras.

“Fue el destino que me empujó a acudir a esa tediosa fiesta esa noche para conocerte.”

“Adoro la pasión con la que describes los recuerdos de tu madre, me habría gustado conocerla y agradecerle, pues gracias a ella eres la mujer apasionada de ahora.”

“Ruego cada día que en el momento en que nos veamos no dudes de mis sentimientos, me des una oportunidad para mostrarte que eres la dueña de mi corazón, para poder depositar el mundo a tus pies y colmarte cada día de felicidad”

“Eres la mujer que me acompaña cada día mientras atiendo a mis negocios, maldiciendo al saberte tan cerca pero a la vez tan lejos. Amor mío, espero que me perdones mi atrevimiento al confesarte que sueño contigo, que eres la absoluta dueña de mis sueños. Sueños cálidos, dulces y ardientes, pero no quiero asustarte con la pasión que siento al recordar tu hermoso rostro, tus brillantes ojos y tu perfecto cuerpo.”

“... Me despierto en la noche deseando retirar las horquillas de tus cabellos, ver caer tu melena por tu espalda y poder pasar mis dedos por las sedosas hebras...”

“... Deseo besar cada rincón de tu cuerpo, venerarte cada noche, enamorarme cada día, agradecerle al destino el haberte conocido...”

Y a lo largo de ese tiempo, nunca se atrevió a confesarle a su admirador que su padre iba a desposarla con otro hombre, que su futuro estaba atado a un anciano del que circulaban oscuros rumores de maltratos, abusos y de prácticas de alcoba aberrantes que hacían acallar y mirar hacia otro lado a las criadas que se cruzaban en su camino y que cuchicheaban a sus espaldas como si ella no fuera capaz de oírlos.

Pero ya no podía ocultarlo por más tiempo, al día siguiente iba a salir publicada en el periódico una crónica de su futuro enlace. Con pesar escribió la última carta, pues estaba segura de que iba a ignorarla nada más enterarse que ya estaba comprometida a otro hombre.

Mientras la escribía las lágrimas se deslizaban silenciosas por sus mejillas empapando el perfumado papel. Le confesó todo, desde el temor inicial que sintió al recibir la primera carta, a que se decidió a escribirle sabiendo que no había un futuro para ellos y aunque fuera a causarle problemas si se descubría que se carteaba con un extraño, deseaba sentir al menos una vez en su vida estar enamorada.

Dobló con cuidado la carta cuando la terminó, antes de cerrarla con cera y marcándola con su sello personal, para a continuación entregársela a Sarah, despidiéndose en silencio del misterioso admirador que consiguió enamorarla con sus dulces palabras.

—No pierda la fe, señorita —la rasposa voz de la criada la devolvió a la realidad. Esta estaba cerca de la puerta aferrando la misiva entre sus viejas manos, desde el primer día fue su cómplice, su confidente, quien la animaba a continuar con aquella locura cuando la cordura la

hacía tambalear en su decisión de si escribirle o no. Su mirada le transmitía el amor maternal que sentía por ella. Era la niña que nunca tuvo, la pequeña a la que quería proteger de todo mal, aunque este tuviese su misma sangre.

Abbie se limpió las lágrimas con una mano y respondió:

—¿Cómo voy a tener fe, Sarah, si en una semana voy a estar casada con ese... hombre? Mi padre ha sido muy claro, no me quiere en casa, me entregará a ese monstruo por dinero.

Sarah apretó la carta contra su pecho y asintió:

—Su padre no es consciente de la suerte que tiene al tenerla como hija, cuando la pierda se dará cuenta de lo equivocado que está al haberla despreciado así. Pero, mi niña, no pierda la esperanza, este hombre—levantó la misiva que iba a entregar al mozo que esperaba cada noche en las puertas de entrada a las cocinas, por donde entraban y salían los criados de la casa y quien se suponía que se la entregaría al misterioso admirador—, la salvará del destino que le espera.

Abbie soltó una carcajada apenada, llena de tristeza. Hacía días que la esperanza se esfumó de su vida. Ya aceptaba que su destino estaba sentenciado con un matrimonio del que no quería pensar, pues temía ahogarse con la pena.

—Tu fe en el amor es de admirar, Sarah, pero la realidad es que dejará de escribir, de interesarse por mí, tirará las cartas y seguirá su viaje. Creo que fui una tonta al responderle la primera misiva, no he sido más que un juguete con el que divertirse mientras está en la ciudad, si estuviese interesado realmente por mí habría solicitado una audiencia con mi padre, o al menos me habría dicho de vernos, aunque fuera una vez.

La anciana negó con la cabeza, mirándola con pesar.

—Sus motivos tendría, pequeña. Eres una mujer de buen corazón, mi niña, Dios la ayudará.

Abbie se giró y se tumbó en la cama, abrazando el almohadón, mientras escuchó como su querida Sarah la dejó sola, cerrando la puerta con suavidad.

No la creía, no podía sentir esperanza cuando su destino ya estaba sellado, se haría más daño. Aquellas cartas que escondía bajo su cama se convertirían en su refugio cuando no pudiera soportarlo más, pero no iba a vivir en un continuo sueño porque cuando le tocara el momento de despertar la angustia la abrumaría y acabaría con ella.

Prefería quedarse con el recuerdo de las cartas aunque a veces sospechara que no fue más que un engaño, que seguir atormentándose.

No fue consciente que se quedó dormida hasta que escuchó unos ruidos provenientes del balcón de su alcoba. Abbie se sentó en la cama y miró hacia la cristalera de la terraza. La luz de la luna penetraba con delicadeza a través de las suaves y aterciopeladas cortinas, iluminando levemente el cuarto. El susurro de los árboles rompía el silencio de la noche.

—Quizás solo fue un sueño —murmuró, volviéndose a recostar.

Debería levantarse y mirar, pero para eso tendría que ponerse la bata de seda pero estaba agotada, se sentía a punto de desfallecer a causa de la presión que estaba soportando dentro de su corazón. Apenas faltaban unas horas para que todo Londres supiera de su destino y no deseaba levantarse de la cama, ojalá pudiera acostarse y dormir para siempre, o despertarse y ver que todo fue una terrible pesadilla.

Cerró los ojos e intentó alejarse de todo sumergiéndose en el mundo de los sueños, pues allí era libre, pero de nuevo un ruido la alertó. Esta vez sí que lo había escuchado con claridad, era un ruido seco, como un golpe y provino de nuevo de la terraza. Con el corazón bombeando con fuerza por el miedo se levantó de la cama y se acercó a la cristalera con pasos dubitativos, olvidando el decoro y la bata encima de la silla cercana a su cama.

Estuvo tentada a preguntar en alto si había alguien fuera, pero desechó enseguida esa posibilidad, sería absurdo. Miraría a través del cristal y, de haber alguien, saldría corriendo en busca de ayuda. Rozó con los dedos la suave cortina y la apartó, en ese momento el mundo se detuvo y supo que había perdido el corazón para siempre.

Delante de ella mirándola con una pasión arrolladora estaba el hombre que la visitaba en sus sueños desde hacía unos días, no lo pudo reconocer hasta ese momento pues en sus sueños no podía vislumbrar bien su rostro, pero ahora que lo veía sabía que era él.

Estuvo a punto de caer al suelo de la impresión, así que se apoyó hacia delante en el cristal memorizando cada detalle de él. Era alto, le sacaba dos cabezas, de porte elegante pero a la vez salvaje, con largos cabellos azabaches que se movían peligrosamente danzando con el viento, azotándole el rostro. Sus ojos del color del carbón fueron los que la paralizaron, los que le robaron el aliento y el corazón, con su fuerza, su brillo peligroso, el magnetismo de su mirada. Su rostro era masculino, con una nariz aguileña que le daba un porte aristocrático, suaves cejas que enmarcaban sus misteriosos y candentes ojos, finos labios rojizos que se curvaban en una sonrisa sincera con la que mostraba sus blancos dientes y un mentón cuadrado en el que se veía un hoyuelo que daban ganas de acariciar y besar.

—¿Quién eres? —preguntó finalmente con voz temblorosa una vez que se sintió capaz de hablar.

El hombre sonrió y abrió la puerta de la terraza, sorprendiéndola al atraparla entre sus brazos.

—Soy tu destino —le murmuró con voz enronquecida y grave, acariciándole la espalda y envolviéndola con su calor—. Eres mía, Abigail, desde esa noche en que te encontré en los jardines, me perteneces. Tu olor me llevó a ti y cuando te vi bajo la luz de la luna me atrapaste, me convertiste en tu esclavo.

Abbie se separó un poco para mirarle a los ojos.

—¿Mi olor? —preguntó con curiosidad, intentando asimilar todo lo demás, desde que creía que le pertenecía, que lo había esclavizado y que se sentía en sus brazos como en casa, como si fuera su destino estar con él.

Marcus Byron se rio en alto antes de besarla con pasión, devorando sus labios, probando finalmente su sabor antes de responderle:

—Mi dulce, he de confesarte que no soy un hombre corriente, que no soy como los otros, o... —Negó con la cabeza como si no encontrara las palabras con las que expresarse. Llevaba dos semanas luchando contra sí mismo para no acudir a la mansión de su amada y raptarla sin importarle nada. Pero su familia le retuvo recordándole que debía de ser paciente, que no podía cometer esa locura cuando estaba cerrando unos negocios importantes para el clan en la ciudad, que esperara unas semanas antes de hacerla suya... para siempre. Retomó su discurso tras mirarla fijamente a los ojos mostrándole duda, temor, pasión... —. No encuentro las palabras con las que contarte qué soy, la maldición que pesa sobre mí y...

—Sabes que no me importa si no tienes dinero, o posición social, me enamoré de tus palabras, de la pasión con la que describías la vida que íbamos a tener si te concedía el honor de aceptarte y...

Él la acalló con otro beso, una cálida caricia que apenas duró unos segundos, pues no podía soportarla tenerla tan cerca de él sin poseerla, sin hacerla suya en cuerpo y alma y antes de caer en la tentación se obligó a separarse de ella, para continuar abriendo su corazón:

—Eres tan pura, con un gran corazón y una belleza extraordinaria, me quedo sin palabras cuando te tengo delante, deseo explicarte tanto pero apenas tenemos tiempo. Temo que descubran los habitantes de esta casa que no estás sola y me des la espalda, que renuncies conocerme cuando sepas la verdad, que... —Negó con la cabeza, pasando una mano por sus cabellos, se veía afectado, pero sus ojos estaban decididos. Ella era suya, su mujer, la única que había logrado capturar su corazón, quien tenía el poder en sus manos de convertirlo en el hombre más afortunado del mundo si le seguía, si aceptaba ser suya para siempre, pues para él no habría otra, nunca más. Podría conocer a otras mujeres, pero ninguna de ellas sería la única, su compañera—. Te amo, es así de simple, te amé desde la primera vez que te vi, en ese instante supe que tenías que ser mía, que yo era tuyo para siempre, hasta que la muerte me reclamara y cuando eso ocurriera te seguiría amando desde el cielo. Eres la luz que iluminó mi existencia, quien consiguió que los años de soledad se esfumaran de mis recuerdos, que agradeciera el destino por no haberme empujado a una vida de oscuridad si hubiera aceptado la mano de otras mujeres que... —Al ver como ella entrecerraba los ojos, supo que debía de cambiar de tema, no podía informarle aún que al ser el *alpha* de su clan los Ancianos llevaban años presionándole para que tomara una compañera con la que procrear. Esbozó una sonrisa que duró unos segundos al ver los celos brillar en los ojos de ella, le gustaba que fuera celosa, que mostrara que él era suyo y que así lo consideraba, pues él se

sentía igual con ella. La amaba con locura, con todo su ser, con pasión y devoción y le rompería la cara al hombre que se atreviera a sonreírle a su mujer, a coquetear con ella—. Solo espero que me des una oportunidad para mostrarte que soy sincero, que tienes mi vida y mi corazón en tus manos y que pese a lo que te pueda parecer, moriré si me rechazas.

Abbie alzó un brazo para tocarle el rostro, deseando tranquilizarlo. No le importaba que no tuviera dinero, o una posición social privilegiada, ella valoraba más el amor que le mostró a través de sus cartas que todo el oro de mundo.

Lo que no se esperaba fueron sus palabras, la terrible confesión que le susurró mirándola a los ojos, esperando su reacción.

—Mi amor, soy un hombre lobo.

Ahí estaba lo que fallaba, su misterioso admirador se creía una criatura mítica que salían en las leyendas y en los cuentos infantiles.

Intentó apartarse, mirando esta vez el suelo, no quería que viera la decepción y la desilusión brillar en sus ojos.

—No me crees —la voz de él hizo que le mirara a la cara de nuevo.

—¿Cómo puedo hacerlo? Me estás diciendo que eres un ser que sale en los cuentos, no puedo creerte. Yo... —Estaba a punto de llorar. Ya le había entregado su corazón con las palabras que le escribió y su alma en cuanto le miró a sus ojos, por ese motivo, le dolía ver que...

No. Negó con la cabeza. No podía ser verdad. Estaba enamorada de él, perdidamente enamorada de un hombre que decía ser el malo de los cuentos que se contaban a los niños para entretenerles antes de irse a dormir.

Además, no quería creerle, pues de hacerlo, de aceptar que era uno de esos monstruos que siempre perseguían a los niños en los cuentos, no podría soportar temerle, no cuando sus ojos le hacían sentir la mujer más deseada y hermosa de mundo.

—Puedo demostrártelo, mi dulce. —Dio un paso hacia atrás alejándose de ella y ante los asombrados ojos de Abbie el color de sus pupilas cambiaron, sus uñas se alargaron convirtiéndose en garras, su cuerpo se volvió más fuerte, atemorizante y sus dientes asomaron por sus finos labios—. Soy un hombre lobo y tú eres mi compañera, desde esta noche te entrego mi alma, mi cuerpo y mi corazón. —Dio otro paso hacia delante y le cogió las manos con suavidad, acariciándola agradecido al no sentir temor por parte de ella, solo percibió curiosidad y sorpresa—. Me llamo Marcus Byron, Rey de los hombres lobo de Europa y con mi sangre juro mis palabras. —Se hizo un corte con sus garras en la muñeca, manchó con su sangre sus dedos y dibujó una pulsera sobre la muñeca derecha de ella—. Seré el hombre más afortunado si aceptas mi juramento y me acompañas como mi compañera hasta que la muerte nos separe.

El temor ante la sola idea de que fuera verdad sus palabras, se esfumó cuando le miró a los ojos, cuando comprobó la sinceridad de sus palabras, la entrega absoluta en sus gestos.

No podía temerle. Aquel hombre al que apenas conocía tras un tiempo compartiendo hermosas misivas cargadas de sentimientos, le había robado el corazón. Además, no era tan atemorizante cuando se transformó, apenas se percibía rasgos animales en su rostro y en su cuerpo. No era el lobo sanguinario que describían los cuentos, si no el hombre que la enamoró con sus palabras y al que entregó su corazón cuando la tomó entre sus brazos, besándola con pasión.

El futuro incierto se evaporó delante de ella en cuestión de segundos. Si permanecía en aquella casa sería desgraciada al lado de un padre que no la amaba y solo esperaba desposarla para asegurarse un lugar en la sociedad.

Si se iba con Marcus... si aceptaba su juramento. No tenía ni idea de qué futuro le deparaba, pero...

No lo dudó ni un segundo. Se iría con él. Su destino estaba a su lado. No podía imaginarse una vida sin él. Poco importaba que no supiera a dónde la llevaría, o qué sería de ella, deseaba acompañarle el resto de la vida, ser su compañera como él la llamó, caminar a su lado aunque el mundo se disolviera a sus pies.

Se arriesgaría, pues amar era arriesgarlo todo, era lanzarse al vacío sin saber las consecuencias, era confiar ciegamente, entregándole a tu ser amado el mayor de los poderes: tu corazón.

Abbie lloró de pura dicha antes de responder con voz rota, asintiendo a su vez con la cabeza, enfatizando cada palabra:

—Sí, sí, quiero, te acompañaré allá donde vayas. Me enamoraste con tus cartas y esta noche me entrego a ti como tu esposa. —Durante un segundo la duda regresó con fuerza, pues se iría lejos del único hogar que conoció, pero luego se dijo que era mejor enfrentarse a un destino incierto al lado del hombre que le robó el aliento y el corazón, que quedarse y desposarse con el barón.

Marcus la tomó en brazos y la besó, demorándose unos minutos, saboreándola a fondo, memorizando su sabor, sus pequeños temblores, sus gemidos acallados con sus labios.

—Mi amor, me haces el hombre más feliz del mundo. Lamento mucho tener que pedirte esto pero es apremiante que salgamos esta noche, ¿vendrás conmigo?

Abbie se puso de puntillas y le besó en la mejilla con dulzura antes de responderle:

—Por supuesto que sí, no podemos esperar, mi padre anunciará mañana mi compromiso con el barón Rodelstein y...

Un gruñido la asustó y la acalló, Marcus mostraba los dientes y sus pupilas se habían agrandado dándole un aspecto más salvaje.

—Ese barón está muerto si se atreve a acercarse a ti, eres mi compañera.

—No me tocará pues esta noche nuestras almas se han unido. Eres mío, al igual que yo soy tuya y nada ni nadie nos va a separar.

Marcus la atrapó en sus brazos, alzándola del suelo, apretándola contra su pecho.

—Mañana te presentaré a mi familia, seré el hombre más envidiado del clan y el más afortunado al tenerte a mi lado. Pero ahora agárrate bien, mi dulce, el viaje será movido, tengo el carruaje cerca de aquí y nos iremos al puerto donde nos espera el barco de mi familia que nos llevará hasta tu nuevo hogar en...

Abbie le calló con un beso suave en sus labios sin importar dejar todos sus recuerdos atrás. No necesita nada, ni ropas, ni joyas, ni siquiera las cartas que con tanto amor escondió bajo el colchón. Prefería que las encontrara su padre y supiera que había huido por amor, que le había deshonrado porque había entregado su corazón a un hombre que firmaba como tu eterno admirador, sin indicar posición o las riquezas familiares que poseyese, algo de lo que no dejaba de hablar el avaricioso de su progenitor:

—Mi hogar estará donde tú estés.

La única persona que pasó por su mente mientras su amado saltaba desde el balcón para aterrizar de pie en los jardines que rodeaban la mansión fue su querida Sarah. Sonrió con pesar para sus adentros, estaba segura que la anciana estaría dichosa al ver que lo que ella con tanto cariño le aseguró, se había cumplido.

Marcus había acudido a ella para salvarla de su destino.

35 años después, Islas Skye

—Y así niños, fue como “secuestré” a vuestra abuela y la convertí en mi esposa.

Los pequeños sonrieron y aplaudieron desde el suelo donde estaban sentados escuchando absortos a su abuelo. Habían escuchado esa misma historia cientos de veces, pero cada vez les gustaba más, podían ver el amor que le tenía el abuelo a la abuela a quien llamaba mi dulce o mi amor y abrazaba con cariño cuando la tenía cerca.

Habían formado una familia numerosa con seis hijos y tres hijas, quienes a su vez se habían desposado y llenado la casa de niños, los cuales disfrutaban los días del verano en la casa de campo de los abuelos.

—Que no os mienta este viejo lobo, pero él no me secuestró, me salvó y le estaré eternamente agradecida por haberlo hecho —escucharon la dulce voz de la abuela, quien en esos momentos entró en el gran salón portando una bandeja con dulces que olían maravillosamente bien —. Vuestro abuelo me salvó de una vida desgraciada.

—¿Por qué tu papá te quería casar sin tu consentimiento?—preguntó una de las niñas.

—Porque era un imbécil que no vio el verdadero valor que tenía tu abuela, pequeña—

respondió Marcus sabedor de que a su dulce mujer aún le dolía el haber sido rechazada por su padre.

Los años no consiguieron borrar el haber sido vendida por su padre a otro hombre, la frialdad de su progenitor para con ella. Era algo que la marcó y la hizo volcarse en sus hijos e hijas con cálido empeño. Quería que sus hijos e hijas sintieran, cada día, que eran sus pequeños milagros, el mayor de los regalos que le concedió la vida.

—¿Puedes volver a contarla de nuevo abuelo? —rogó otro de los pequeños.

—Sí, por favor y cuando la salvaste del vampiro que la quería para él cuando estuvisteis en París de luna de miel. Me gustó mucho la parte en que luchaste junto al clan contra los vampiros en el cementerio de la ciudad —dijo otro de los niños mirando con expectación a Marcus, a quien todos consideraban su héroe pues fue un gran Rey entre los hombres lobo y a pesar de que cedió el cargo a su hija mayor, seguía siendo respetado y amado por los suyos.

—O cuando la secuestraron los del clan de los colmillos para chantajearte y...

—No, no, que cuente la boda, como cubrió el suelo de pétalos de rosas para que la abuela pasara por encima y...

—Niños, niños, calmaos, no atosiguéis al abuelo, ya os contará todas esas historias otro día, ahora toca merendar. —Dejó la bandeja en la mesa y le tendió la mano a su amado esposo con el que vivió grandes aventuras.

Hubo peleas, por supuesto, ¿qué matrimonio no peleaba?, pero cada día a su lado le confirmaba que su elección fue la correcta, pues se había entregado en cuerpo y alma a ese hombre y había sido correspondida con total devoción.

—Haced caso a vuestra abuela, pequeños diablillos —dijo Marcus antes de salir del salón de la mano de su esposa, dejando atrás a los pequeños que devoraban las galletas recién horneadas.

—¿Ya te he dicho hoy lo hermosa que estás y cuanto me vuelves loco, mi dulce?

Abbie sonrió y se rio en alto, abrazando a su esposo. Los años habían pasado para los dos pero para ella seguía siendo el hombre imponente que la rescató, alejándola de Londres para siempre.

—Creo que hoy solo me lo has dicho dos veces, mi lobo.

—Pues tendré que remediarlo, mi dulce. Te amo, amor mío, siempre lo haré, en esta vida y en la siguiente seré tuyo.

—Y yo seré tuya, ya lo sabes.

Y con un beso acallaron las palabras que brotaban de sus corazones, pues no les hacía falta decirse más, se tenían el uno al otro. Habían vivido una vida llena de felicidad, con muchas sorpresas, con pasión, siendo bendecidos con una gran familia unida que se apoyaban y se protegían con ferocidad. Eran dichosos, acostándose cada noche en la cama y abrazándose en la

oscuridad, agradeciendo cada día la oportunidad de haberse conocido.

El amor era el motor que movía su mundo, que les dio fuerzas para enfrentarse a las dificultades que se presentaron en sus vidas a lo largo de los años, que acallaba el cansancio para disfrutar del cuerpo del otro cuando la noche les daba la oportunidad de encerrarse en su alcoba durante horas hasta que la pasión los consumía y los saciaba.

Amor fue lo que inculcaron a sus hijos y que ahora defendían con entusiasmo sus nietos.

Cierto era que la vida pasaba en un suspiro en el que se luchaba cada día por ser feliz y ellos, definitivamente, lo consiguieron y lo seguirían siendo hasta que la muerte les reclamase.

UNA NOCHE ENCANTADA



Londres, 1892

—No deseo casarme, padre.

Edgar Forrester, acaudalado hombre de negocios, miró a su única hija quien permanecía al lado de la puerta. Debía de haberlo esperado, Marietta nunca veía con buenos ojos sus planes y, esta vez, cuando la principal moneda de cambio para obtener al fin un título nobiliario, era su única hija, la joven no estaba dispuesta a ceder. Pero no se lo iba a permitir, ella vivía en su casa, gastando el dinero que con tanto esfuerzo ganó, le tenía que devolver el favor casándose con el hombre que eligió para ella.

Soltando un largo suspiro de irritación, Edgar contestó con irritación en el tono de su voz:

—El compromiso fue firmado y publicado en la Gazette, dentro de dos meses te desposarás con el vizconde de Cork, no hay más que hablar.

Marietta mostró temor durante un segundo opacándose el brillo de sus celestes ojos. ¿Ya se había hecho públicos los esponsales? ¿Por qué era la última en enterarse? Ella no quería casarse y menos con el hombre que eligió su padre. Sintió un escalofrío al imaginarse yacer en el lecho del viejo hombre.

«¡No!», negó por dentro. No podía ser su esposa, lucharía contra todos, se negaba a unir su vida a la de él.

—No accederé a desposarme con ese viejo decrepito —le aseguró con voz firme a su padre, mirándole directamente a los ojos. No tenía muchos recursos pero si era necesario se iría del hogar en el que creció refugiándose en el norte, viviendo del estipendio que le dejó su fallecida madre. Era poco dinero pero ya encontraría trabajo como institutriz para poder subsistir.

Edgar se levantó del sillón donde estaba saboreando un *whisky* de treinta años con un

agradable sabor a roble y con el ímpetu de su gesto, la copa se estrelló en el suelo a los pies del enfurecido hombre.

—¡Malagradecida! Te di todo lo que me pedías, te crié tras la muerte de tu madre y ahora... —Dio un paso hacia delante asustándola por la vehemencia de sus palabras y la furia presente en su rostro—. Me devolverás el dinero que invertí en ti, casándote con el vizconde, no vas a hacerme perder más dinero, no te lo voy a permitir.

Con los ojos enrojecidos y brillantes por las lágrimas no derramadas, Marietta corrió hacia su alcoba ignorando las miradas curiosas de los criados que se encontró por el camino.

El corazón le latía furiosamente, golpeándole el pecho con amarga impaciencia. No podía quedarse en aquella casa, por mucho que le doliera abandonar al único pariente vivo que le quedaba, su padre la había despreciado y condenado a un futuro que no deseaba conocer.

Tuvo que esperar a la noche para aventurarse a abandonar la mansión, recorriendo con nerviosismo las empedradas calles de Londres. La niebla proveniente del Támesis cubría cada rincón de la ciudad, abrazándola con su fantasmal presencia.

Marietta sujetaba con fuerza la pequeña bolsa de viaje que portaba, apretándola contra el pecho, su figura se confundía con la niebla gracias a la oscura capa que vestía por encima del grueso vestido de algodón. La ropa que eligió era cómoda, carente de atributos que atrajera la atención de maleantes o ladrones. Optó por escoger un vestido que la alejara del frío y que fuera cómodo para soportar las incidencias en el viaje.

No supo durante cuánto tiempo corrió, pero cuando se detuvo estaba agotada, con la respiración acelerada, encontrándose ante las puertas de un club.

—La dama de la noche —susurró leyendo el cartel sobre el marco de la puerta de entrada.

Reconoció aquel nombre. La dama de la noche era el mejor club de Londres donde los caballeros se disputaban el honor de pertenecer a la selecta clientela del lugar. Un club que era la comidilla de las damas en los salones de té, donde murmuraban con evidente envidia la belleza de las mujeres que allí trabajaban y que por mucho que lo negaran, seducían a sus hombres.

Sumergida en sus pensamientos, no los escuchó llegar, siendo sorprendida al ser sujeta por el brazo y zarandeada con fuerza de un lado a otro.

—Pero mirad lo que tenemos aquí. —El hombre que la sujetaba la miró apreciativamente deteniéndose en su rostro—. Una zorrilla asustada que nos alegrará la noche.

Intentó liberarse, pero a causa de la fuerza con la que el hombre le apretaba el brazo, le fue imposible.

—¡Suélteme, señor! No soy una prostituta. —Conocía la palabra de los chismorreos a la hora del té, las damas hablaban despectivamente de esas mujeres, volcando toda la furia que

sentían por ellas, por las causantes del dolor y la humillación que experimentaban cuando sus maridos regresaban a casa oliendo a alcohol y a sexo—. Mi esposo me está esperando.

—¿Aquí, en el club? —Su risa provocó que sus dos compañeros de juerga rompieran el silencio con jocosos comentarios—. ¿Quién es tú marido, palomita?

Una voz grave, los sorprendió a todos:

—Su esposo soy yo. ¡Suéltala o te destrozaré!

El hombre la soltó al instante, dando un paso hacia atrás sin dejar de mirar hacia la puerta, escapando a continuación, dejándola sola ante el imponente extraño que la salvó. Estuvo a punto de gemir cuando lo tuvo frente a ella y tentada a cerrar la capa, pero desistió al sentir como su cuerpo reaccionaba ante la penetrante mirada del hombre, surgiendo de su interior un fuego, que hasta entonces desconocía.

—¿Quién eres? —le preguntó con voz temblorosa.

—¿No deberías darme las gracias por salvarte, pequeña? —respondió a su vez esbozando una sonrisa que la atrapó por completo. Era hermoso, como un ángel caído del cielo para salvarla, para atraparla en sus brazos y muy dentro de ella, esperando que fuera para siempre.

Marietta enrojeció por el rumbo que iban tomando sus pensamientos. Se estaba portando como una desvergonzada, teniendo pensamientos pecaminosos con un hombre al que acababa de conocer.

—Muchas gracias por salvarme, señor. —Dio media vuelta y murmuró para sí misma sin ser consciente de haberlo hecho en alto—. Debo irme, aún puede encontrarme.

Michael Decraut, dueño del local, la detuvo apoyando una mano en su tembloroso hombro.

—No se vaya, quédese esta noche en mi local. Le aseguro que aquí estará a salvo, se lo juro por mi honor.

Dudó unos minutos, una parte de ella le gritaba que debía alejarse de ese lugar, salir corriendo sin mirar atrás, pero solo encontraría en su camino soledad, peligro y frío, un futuro incierto al que la calidez y el magnetismo que transmitían los hermosos ojos del hombre la perseguirían siempre.

Que la llamaran loca pero sabía que podía confiar en él, sus ojos eran sinceros y estaban llenos de calidez. Seguiría su instinto y si se equivocaba no lo iba a lamentar después, pues era peor la amarga carga que portaría en su interior si no se arriesgaba a quedarse junto a ese ángel caído.

En cuanto aceptó, él se giró y le indicó que le siguiera al interior de la bulliciosa mansión.

Marietta no podía dejar de mirar a su alrededor, fascinada con lo que veía, con el ir y venir de mujeres con escasa ropa y mucho maquillaje en la cara que resaltaban sus atributos, con caballeros muchos de ellos sin chaquetas y evidentemente ebrios luciendo sonrisas petulantes y satisfechas y, ante todo, por el lujo que se veía y se podía palpar en cada detalle del lugar.

Michael sonreía feliz, sintiendo una felicidad que nunca creyó experimentar. La había encontrado, no cabía duda, cuando la miró a los ojos lo supo.

Era ella. La mujer que le acompañaría eternamente.

Su compañera.

Después de mil años vagando por el mundo, maldiciendo su destino al haber sido convertido a la fuerza en vampiro, había encontrado a su destinada, la única que le mostraría la luz del amor y la esperanza.

Gruñendo interiormente al ver la mirada apreciativa que le dirigían los hombres a su compañera cuando pasaban por su lado, aceleró los pasos asegurándose en todo momento que le seguía para poder llevarla cuanto antes a su alcoba.

Era consciente de que no podía devorarla como deseaba hacer, lamer su cuerpo hasta que gritara de puro placer, ella no le conocía, era mortal y apenas una joven temerosa que no dejaba de ruborizarse por las muestras de sensualidad y erotismo que se percibía en cada rincón del club.

Tuvo que hacer acopio a su fuerza de voluntad para mantener a raya el deseo que corría por sus venas, que se acumulaba en su vientre y asomaba vertiginosamente entre sus pantalones. No iba a asustarla dando un paso en falso, debía moverse despacio, mostrarle que a su lado iba a ser la mujer más afortunada de Londres, que tenían toda una eternidad para conocerse, amarse, para aprender del otro, para anhelarle cuando estuviese lejos, para soñar con el otro aún a pesar de estar cerca.

La condujo hasta el tercer piso, llevándola a su dormitorio, luchando en todo momento contra las intensas ganas de golpear a los malditos hombres que la devoraban con sus miradas lascivas, para no atraparla entre sus brazos delante de todos y devorarle los labios, marcándola como suya.

—Aquí podrá descansar. Esta alcoba tiene cerradura por dentro para que pueda encerrarse —le aseguró frente a la puerta de su alcoba, antes de abrirla mostrándole el interior. Esa noche iría a dormir en el salón, no podía permanecer con ella en su lecho, pero al menos imaginársela tumbada desnuda en su cama le hacía ser parte de su vida, de ella.

—Muchas gracias, señor —murmuró Marietta con los ojos fijos en la gran cama que se veía en medio del cuarto.

Su cuerpo se caldeó. Aquel hombre la atraía. Tenía algo por el que era incapaz de negarle nada, le deseaba, y no quería ni podía negarlo. Nunca en su vida se sintió así, a un paso de caer por el abismo si él la tocaba. Su cuerpo ansiaba su toque, sentirle sobre ella, dentro de ella, acariciándola, mostrándole aquello que le fue negado y que guardó para su futuro esposo.

No tenía ni idea de cuál iba a ser su futuro a partir de esa noche, no podía regresar a su casa ni quería hacerlo, solo le quedaba viajar lo más lejos posible, gastando lo menos que pudiese y encontrar un buen trabajo como institutriz en Escocia. Y lo tenía claro, su cuerpo le gritaba que se

dejara llevar, que no lo dudara, que aquel hombre le iba a mostrar el cielo en sus brazos. Si su futuro era incierto ansiaba pasar una noche entre sus brazos.

Al menos una noche en su vida sería egoísta y se dejaría llevar por los sentimientos que la asfixiaban por dentro.

Michael olisqueó el aire y percibió el deseo que rezumaba la mujer. Apretó los dientes para no sucumbir y tomarla en ese mismo momento, contra la puerta, tumbados en la alfombra persa que cubría el suelo, o alcanzar la cama y saborearla hasta que perdiese el sentido por el placer. Pero no... no podía hacerlo, sería jugar a su favor, traicionarla. Antes de haberle confesado su verdadera naturaleza.

—Descanse, si necesita algo, no dude en llamarme. Estaré en aquella habitación. —Le señaló un punto al final del pasillo, antes de girarse y comenzar a alejarse de ella por mucho que le pesara en el alma.

Marietta dudó unos segundos, pero cuando lo vio alejarse de ella, cuando vio su espalda hacerse cada vez más pequeña por el largo pasillo, no lo dudó. No podía perderlo, la sola idea de volver a estar sola le producía dolor dentro del pecho. No podía afirmar que fuese amor, nunca estuvo enamorada, pero si el amor era lo que los libros con tanta floritura describían, sin duda lo que ella estaba sintiendo se acercaba bastante. Le detuvo al gritar:

—No me deje, no esta noche —«ni ninguna noche a partir de esta», pensó para sí misma, mirándole con ansiedad, con miedo. Era una locura pero no podía evitarlo, le deseaba. Ese hombre... tenía algo que la atraía, provocando que no pudiera pensar con claridad o actuar cómo lo habría hecho en otras circunstancias.

Michael dio media vuelta, la miró en silencio antes de avanzar con rapidez hasta quedar frente a ella. Le rozó la mejilla con devoción, percibiendo los acalorados latidos del corazón de la humana.

—Nunca la dejaré, se lo juro por mi honor, por mi vida. Tras vivir siglos en la oscuridad la encontré. Mi luz, mi compañera. En sus manos está convertirme en el hombre más afortunado del mundo o el más infeliz, si se queda a mi lado para siempre, suyo será mi corazón, mis sueños, mis días y las noches, cada minuto de mi felicidad.

Michael atrapó sus labios y la besó, sofocando sus gemidos con su exigente lengua. Las caricias que le prodigó se tornaron peligrosas, sucumbiendo ambos a las llamas de la pasión. Sellando de este modo el destino que compartirían a partir de esa noche.

El único que los maldijo al leer sus esponsales en el periódico tres días después fue Edgar Forrester, quien desheredó y despreció públicamente a su hija.

Marietta sintió pena por él, pero nunca lamentó la elección que hizo la noche en la que escapó del hogar que la vio nacer y crecer, sin saber qué iba a depararle el futuro.

Nunca había sido más feliz en su vida y todo gracias a un vampiro que la salvó y le mostró

la belleza del mundo. La belleza de la eterna oscuridad.

Un vampiro que cumplió con creces su juramento, convirtiéndola en la mujer más afortunada del mundo, en una vampiresa que le acompañaría en la oscuridad de la noche, en la aventura que era amar y ser amado.